

EDELWEISS

novela

por

Aurora Bertrana

Eran las siete de la mañana de un hermoso día de Julio, en el Oberland suizo, a mil setecientos metros de altitud.

En el vestíbulo del Hotel Kurthaus, un grupo de excursionistas se preparaba a salir hacia Jungfrauoch. Reinaba un ajeteo desacostumbrado: abrir y cerrar de puertas, chirridos de botas claveteadas, órdenes y contraórdenes en diferentes lenguas, alguna que otra interjección de duda o de impaciencia y también alegres gritos y risas.

Un hombre joven, quieto y silencioso, permanecía apartado del grupo. Vestía sencillamente pantalón de flanela gris y jersey de gruesa lana blanca que contrastaba con el indumento abigarrado de los incipientes ^{alpi-} ~~alpi-~~ ~~ristas~~ ~~ristas~~.

Esteban Aledo, observaba con cierto enojo ese ir y venir ruidoso y alocado que discrepaba, según su opinión, con la majestad de los Alpes. Subir a uno de esos picos enhiestos cubiertos de nieves eternas, aunque fuera en funicular, constituía un acto serio de la vida. No se debía ir allí en cuadrillas alborotadas y menos en parejas. Hollar las cumbres alpinas era como penetrar en un templo. Debía caminar en silencio y con el alma trémula ante el misterio de lo desconocido. Observaba a los excursionistas con una mezcla de desden y de envidia. Desden porque ninguno de ellos sentía la menor devoción por la montaña que iban inconscientemente a profanar; envidia, porque a pesar de todo, sus pies se posarían sobre las purísimas nieves, sus ojos verían de cerca los mares helados con transparencias de cristal, sus pulmones respirarían el aire ligero y puro de las grandes altitudes.

El joven encendía un cigarrillo, le daba dos o tres chupadas

y lo tiraba. Un momento después encendía otro y lo tiraba también, mientras con los sentidos bien despiertos, observaba cada gesto, cada palabra de esos atolondrados jóvenes, huéspedes, como él, del Kurthaus. Las hembras daban voces de ave exótica, los varones parecían imitar a los moscardones o a los batracios. Ellas se preocupaban con exceso de los detalles indumentarios, ellos mostraban, sobre todo, un gran anhelo de complacerlas y agradarlas.

Los cordones de las botas montañosas femeninas se aflojaban antes de haber principiado a caminar y la galantería masculina obligaba a los hombres a hincar la rodilla y doblar la cerviz para estirar, apretar, anudar y enlazar aquellos atadijos rebeldes. Calzado y vestido de comediantes, pensaba Esteban, bueno para representar una escena de exploradores de alta montaña en un teatro de aficionados.

Lo que más le repugnaba era ver que antes de partir, las muchachas se retocaban la pintura de los labios, se empolvaban las mejillas y la punta de la nariz ante un espejillo de mano que metían en seguida en el bolso.

Era en esos momentos cuando Aledo tiraba el cigarrillo que acababa de encender. Los labios se le ponían tensos en una crispación de cólera.

De pronto una de las muchachas del grupo se acercó a él, amable y sonriente.

- Buenos días, Esteban.

Y fijándose en el indumento del joven exclamó:

-¿Cómo, no vienes a Jungfraujoeh?

El español levantó y bajó los hombros. No contestó. Contem

plaba a Yvonne Le Sentier con admiración. Tenía la joven un cutis como de porcelana de calidad, los ojos azul-gris de iris y córnea limpiísimos, pestañas y cejas castaño claro. Cuando sonreía, los dientes brillantes y húmedos entre los labios acarminados, parecían piedras preciosas engarzadas.

-¿Por qué? - repetía Yvonne sin que la impaciencia o el enojo alteraran su risueño semblante.

- No lo sé.

-¿No te han invitado particularmente?

Hablaba con un tono ligeramente burlón y voz algo ronca que contrastaban con la perfección de su particular hermosura.

-¿No viste el anuncio en el vestíbulo del Hotel?

El seguía callado y mirándola. Yvonne comenzó a impacientarse.

-¿Te fastidia venir porque no conoces a nadie?

- No es eso - dijo por fin Esteban - no me gustan las excursiones colectivas.

La muchacha dejó de sonreír, perdió su boca la preciosa calidad de joyel. Y de pronto volvieron a brillarle los dientes.

-¿Con quien quieres pues ir, con tu pareja?

- No tengo pareja.

- Y Mademoiselle Lan...

- No continúes, por favor.

- Como quieras. Pero déjame decirte que eres un bobo. Esta excursión es clásica. Nadie puede venir a Mürren y no subir hasta Jungfrau-Jeh. Dicen que la vista desde allí es incomparable y lujosa... (acentuó la sonrisa) nuestra compañía...

De saber que tu ibas me habría apuntado - mintió Esteban.

Yvonne alzó los hombros incrédula.

- Puedes venir aún - dijo de pronto - nadie está a punto.

!Anda, ve a prepararte!

Esteban meneó la cabeza mientras seguía mirando a la muchacha con admiración. Parecía escapada del escaparate de un modisto parisiense. Ensemble dernier chic pour la montagne. El jersey, de color amarillo claro combinaba a la perfección con los pantalones verde-petroleo y con el gorrito, los guantes y la bufanda, tejidos con lana de Angora, jaspeada. Los borceguíes, de finísima piel de becerro, con cordones también amarillos, parecían un par de objetos de vitrina. Es preciosa, decía Esteban mientras la joven seguía charlando para tratar de convencerlo. Pero, ¿por qué la habrán sacado del escaparate? ¿Para que la llevarán a Jungfrauoch? Esta criatura de bolsillo, este objeto precioso y delicado quedará absurdo y ridículo ante el coloso de las nieves perpetuas.

Un muchacho ataviado de alpinista se acercó a la pareja.

-Yvonne, deja en paz a los hombres honrados.

- Ocúpate de tí, por favor, Pierre.

- ¿Eso de honrado es por mí? - preguntó riendo Esteban.

- !Vaya!

Y señalando a la muñequita añadió:

- Es una sirena peligrosa.

Yvonne le dió un golpecito en la mejilla con el guante. Y volviéndose a Esteban Alédo arqueó las cejas con ~~una~~ gran comicidad.

- Y él, el tritón de los glaciares. ¿No lo sabías?

Pierre explicó a Esteban:

- Una cristura así no debería salir de excursión, es un peligro público.

- Y personal - observó Aledo - el sol, la lluvia, el cierzo pueden deteriorar su hermosura.

-!Nadie contemplará el paisaje - continuó Pierre con tono declamatorio - nadie se fijará en la Jungfrau, sólo en Yvonne!

El rostro de la muchacha se contrajo con un gracioso mohín de fastidio.

- Así, ¿no vienes, Esteban?

- No, Yvonne, aunque muy agradecido a tu invitación.

- Lástima - exclamó Pierre, es una excursión preciosa.

- Sobre todo con Yvonne - observó Esteban malicioso.

- Al contrario, señor, ella no dejará a nadie en paz, se timará hasta con los glaciares.

- Aledo se echó a reír.

- No padarán ustedes por ellos.

- ¿Como que no? ¡Ya lo creo! Vamos a encaramarnos hasta la cúspide de la Virgen Blanca.

- En funicular - especificó Yvonne Le Sentier.

Pierre se sintió ofendido al propio tiempo que embargado por la duda. Interpeló a un joven que andaba también esperando.

- Oye, René, ¿vamos a subir en funi?

-!Yo que sé! - contestó el otro.- Ves a consultárselo al guía.

Esteban exclamó con sorna.

- Diablo, guía y todo, es una expedición en serio.

-¿Dónde está Doris? - preguntó René inquieto.

- Allí viene - contestó Pierre.

Yvonne de había apartado del grupo.

- No acabaremos nunca - dijo alguien.

Aledo comentó.

- A esos sitios se va sin mujeres.

- Sin mujeres no se va a ninguna parte, señor mío - replicó Pierre.

-¿Vamos?

-!Hala! !Hala!

-!René!

-!Jeannette!

-!Vamos!

Yvonne pasó junto a Esteban.

- Adios, señor misántropo.

El le gritó con afectuosa ironía.

-!Cuidado con las grietas y los aludes!

Por fin se fueron.

Aledo les seguía con la mirada, una mirada a la vez desdeñosa y melancólica. ¿Por qué no podía ser como ellos despreocupado y alegre? Dejó de mirar el grupo de excursionistas porque vió aparecer en el vestíbulo a su mejor compañera de veraneo, una señora de Ginebra todavía joven, discreta y distinguida.

-!Se fueron ya! - le dijo casi con pena.

-¿Por qué no iba usted con ellos?

- Estoy comprometido con usted para un paseo matinal. ¿No lo recuerda?

- Así lo convinimos ayer, pero eso no era obstáculo para que se uniera al grupo. Al Valle de los Melechos podemos ir cualquier día,

Después del desayuno se pusieron en camino. Iban comentando la inconsciencia y la frivolidad de la mayoría de los excursionistas.

- Escaladores de asfalto - dijo con desdén Madame Reymond.

- Yo no soy tampoco alpinista - manifestó Aledo - pero siento por la montaña un amor casi supersticioso.

- Es extraño, siendo levantino parece que debería usted preferir el mar.

- El que es capaz de apreciar el mar lo es también de apreciar la montaña. La elección depende a veces de la casualidad. El místico vacila quizás al escoger el objeto de su fervor pero una vez determinado se consagra a él en cuerpo y alma hasta la muerte. He ~~conocido~~ conocido a hombres que entran en la marina como un religioso en el convento. Para ellos no hay más ley ni más finalidad que el mar libre, cuanto más lejos de las costas, mejor.

- Lo mismo sucede con ciertos alpinistas, la única atmósfera ^{que las parece} respirable es la que empieza a partir de dos mil o dos mil quinientos metros de altitud.

- Esos marinos a que me refiero - continuó Esteban con voz vibrante - si no mueren en un naufragio o a bordo, aunque sea de enfermedad, se consideran fracasados. Envejecen solitarios y tristes obsesionados por los recuerdos y la nostalgia. Los verá usted día tras día acucillados en la playa con la mirada fija y turbia pegada al horizonte.

- Igual que los guía retirados - declaró Monique, - que fuman la pipa sentados a la puerta de su humilde chalet sin apartar la vista de las cumbres nevadas.

Caminaron unos pasos en silencio mientras aspiraban el per-

fume del heno y dejaban resbalar la mirada por las pendientes verdeantes.

- Si usted tuviera el fervor y la posibilidad de dedicarse a una de esas dos divinidades - preguntó Monique - ¿a cual de ellas se consagraría, al mar o a la montaña?

- A la montaña, por eso estoy aquí. Pero - añadió después de una corta pausa - yo no seré nunca un buen escalador, me falta empuje, disciplina. ¡Se necesita mucho valor para enfrentarse con la alta montaña!

- Se necesita sólo práctica y prudencia.

- Habla usted como hija de país montañoso, segura del terreno que pisa.

- Modestia aparte, los suizos somos los mejores escaladores del mundo. Los habrá más arriesgados, más audaces, pero mejores técnicos y prácticos del alpinismo, no los hay.

- Sin embargo - replicó Esteban - no pasa día sin que se lea en los periódicos uno o dos y a veces tres o cuatro accidentes de montaña en los Alpes.

- Pero fíjese usted, las víctimas son raramente suizos, aunque también los hay bastante imprudentes.

- Los más atrevidos son los ingleses - observó Aledo.

- Cierto y parece mentira, tan cautos que son en otros terrenos. Yo creo que para ellos la alta montaña constituye una borrachera.

- Sí, la montaña embriaga - aceptó Aledo después de un momento de reflexión. - Es también como el mar, una divinidad feroz insaciable de víctimas.

- Y los hombres unos locos que creen poder jugar con ella.

?Recuerda usted la semana pasada esos cuatro franceses que decidieron escalar el Eiger y se estrellaron.

- Vaya si lo recuerdo. Salieron precisamente de Mürren.
?Se han hallado ya los cuerpos?

- Solo tres: dos por la primera columna de socorro, de aquí, el tercero tres días más tarde por unos guías de Allmendhubel, al cuarto ya no lo suelta la montaña. Permanecerá en conserva en cualquier grieta del glaciar hasta que unos años o unos siglos más tarde se produzca un deshielo excepcional y aparezca.

Y de pronto, mirando de soslayo a Esteban, Monique insinuó:

- Lo que no comprendo es que amando tanto la montaña no se decida usted a escalar uno de esos picos.

- No dejo de pensar en ello, pero la ocasión no se presenta. La ginebrina se puso a reír con picardía.

- Lo que sucede es que la montaña tiene ahora una rival.

Aledo se paró un momento, miró a Monique y continuó caminando sin contestar. Iban por una vereda entre el césped. El cielo seguía azul y deslumbrante aunque entre el Schreck y el Eiger flotaba una pequeña nube blanca. El aire estaba quieto como dormido, cada vez más cargado de fragancia de heno, tan densa que al entrar por la boca dejaba en ella como un sabor de miel. El silencio del valle zumbaba en los oídos como el eco de una campana inconmensurable. De cuando en cuando, lo quebraba el tintineo triste y lejano de un cencerro. Pasaba por la dormida atmósfera tan destacado y claro que parecía casi visible. Pero no dejaba ningún eco y el gran silencio volvía a zumbear en ondas amplias y calmosas. Hasta que de lo abto de una loma se desprendía la melodía de un cara-

millo de pastor. Navegaba temblorosa por el espacio, se quebraba de pronto para unirse más tarde y alejarse en tres o cuatro notas prolongadas.

La serranía levantaba sus tremendos picos de un blancor deslumbrante. Los glaciares del Finsteraar, azules, transparentes, luminosos, despedían destellos cegadores. Las estribaciones montañosas orientadas de este a sur, aparecían bañadas de sol. El más brillante de los ocres dorados pulía sus relieves mientras las hondanadas se empapaban de sombra cárdena y azul.

Veíase a lo lejos los poblados esparcidos por las laderas, entre bosques de abetos y verdeantes prados, grupos de casas de madera con techumbre inclinada y la flecha del campanario parroquial: Griesalp, Wengernalp, Trümmelbach, Allmendhubel... Al fondo, una parte de Lauterbrunnen y ^{de}Wengen.

Los dos paseantes continuaron caminando: De pronto oyeron un gran estruendo, la inmensa cuenca se llenó de repercusiones.

Detuviéronse bruscamente, volvieron la cabeza, vieron como de la cumbre de un monte se desprendían torrentes y cascadas de nieve.

-¡Un alud! - exclamó Esteban - es el primero que veo en mi vida. ¡Que impresionante!

Aun resonaban en los peñascos y derrocaderos el eco del derrumbe cuando los ríos de nieve detuvieron su carrera. Todo quedó de nuevo quieto y el zumbido del silencio volvió a señorear en el valle. Las florecillas de mil colores y formas brillaban en el césped. Las mariposas, tan matizadas y brillantes como las flores, revoloteaban ligeras mientras el compacto perfume del heno seguía

flotando en la atmósfera.

Monique y Esteban habían llegado al Valle de los Helechos. Estas gigantescas y abundantísimas plantas, formaban una verdadera maraña por la que se debía caminar inclinado hacia delante y apartando las hojas con los brazos, en una claridad verde y tamizada y un gran rumor de vendaval.

Cuando cansados de rondar por aquel mundo fantástico salieron al campo libre, el tiempo había cambiado. La niebla espesa y gris, flotaba lenta y silenciosa por el valle. Invadió primero la hondanada donde se perdía Lauterbrunnen, el poblado de Wengen, las vertientes boscosas, la línea del funicular de Mürren y en seguida Trümelbach, Griesalp, Wegernalp, Allmendhubel... Como un monstruo insaciable y testarudo iba devorándolo todo: pueblos, arboledas, praderas y caminos. Pronto envolvió también a Monique y a Esteban. Cabellos y vestidos quedaron empapados de miles de gotitas pegajosas mientras el olor dulzón y fastidioso de la niebla meom les entraba por las narices.

La vereda que iba desde el Valle de los Helechos hasta el Kurthaus cruzaba con múltiples caminitos, era fácil extraviarse. Esteban caminaba con mil precauciones, llevaba la cabeza gacha y las pupilas dilatadas tratando de no confundirse en un cruce. Se le ocurrió de pronto emplear la pila eléctrica de bolsillo pero los rayos luminosos no lograban atravesar los espesos vapores, se detenían en la masa acuosa como en una pared.

- A este paso - decía Esteban - lo mismo podemos llegar a Mürren que a Lauterbrunnen.

- No, si tenemos cuidado - replicó Monique con perfecta

tranquilidad.- Desconfíe de las veredas que bajen o suban, la nuestra debe ir casi horizontal.

- Lo malo es - observó Aledo - que la visibilidad es muy escasa. Casi no se puede saber si estamos subiendo o bajando.

- No es con la vista que hay que notarlo, es con las piernas. Aledo se paró, algo amoscado.

- Vaya usted delante - dijo a Monique - sabe usted de montaña más que yo.

Ella se echó a reír.

-!De ninguna manera! Prefiero extraviarme cien veces que verle a usted sufrir en su amor propio de hombre y de español.

Entre vacilaciones, polémicas amistosas, rectificaciones y alguna que otra carcajada de la ginebrina, llegaron por fin al Kurthaus. Eran casi las doce. Los veraneantes habían abandonado el campo de criquet, la pista de tenis, los balcones y las terrazas para refugiarse al interior del edificio. Las ventanas estaban herméticamente cerradas para evitar que entrara la niebla. Ardía un buen fuego en la chimenea del salón, todas las luces estaban encendidas y los hombres jugaban a cartas o al ajedrez. Las señoras hacían crochet, tejían jerseys y hojeaban revistas.

Uno o dos solitarios, permanecían con la nariz pegada al cristal viendo aquella masa compacta, húmeda y gris que pasaba alrededor del hotel como el mar por los costados de un submarino.

La puertecilla metálica del tenis se cerró con un chasquido breve y un hombre, el vencedor del torneo individual masculino, salió enjugándose el rostro. Un grupo de admiradores acudió a felicitarlo. Mientras le estrechaban la mano y comentaban sus magistrales jugadas, Sikou Siu sonreía y daba las gracias sin dejar de enjugarse el sudor. Sus ojos ~~mmh~~ oblicuos, muy negros y brillantes, buscaban a alguien entre el público. Bajo el acento circumflejo del bigotillo, su sonrisa daba la sensación de una mueca estereotipada capaz de reproducirse una y mil veces siempre igual, siempre amable, siempre enigmática. Pero de pronto, la mirada se le iluminó, aquellas pupilas de azabache brillaron con un destello inesperado. Alzóse unos centímetros sobre la punta de los pies, levantó el brazo, correspondió al saludo de alguien que se acercaba. Al instante el grupo de admiradores abrió paso a una muchacha alta y rubia. Vestía enteramente de blanco y un chal rojo geranio ponía una mancha viva sobre el vaporoso traje.

- La enhorabuena, Siu.

- Gracias, Clarisse.

Se inclinó ante la joven, luego levantó la cabeza y continuó sonriendo. Como por encanto, el grupo de admiradores, en el cual dominaban las mujeres, se disolvió no sin renovadas y efusivas felicitaciones en francés, alemán e inglés.

Clarisse y Siu quedaron solos. Los ojos de la muchacha permanecían como presos en la mirada del japonés. Este había cesado al fin de sonreír y la contemplaba intensa y fijamente. La joven desvió la vista, cruzóse el chal con coquetería y se puso a mirar a lo lejos hacia los bosques de abetos, mancha de verde oscuro que

se extendía por la falda de los montes. Pero no veía ni los árboles ni los agudos picos de la sierra, se veía a sí misma a través de Siu. La certeza de su hermosura y elegancia le procuraba una sensación de seguridad que la hacía casi invulnerable. Él seguía callado, mirándola sin pestañear y esa insistencia audaz turbó finalmente a Clarisse. Se le estremecieron los párpados, pasó por sus pupilas gris-malva como una nube de zozobra. El silencio y la mirada de Siu duraban al parecer una eternidad. De pronto, el japonés dijo con tono perfectamente mundano y frívolo.

- Ese vestido blanco es lindísimo y el color del chal un acierto.

Pero en seguida, como avergonzado de estas palabras, dió un paso hacia el Palace.

- Voy a ducharme antes del almuerzo, si usted me lo permite. Se inclinó profundamente y partió.

Clarisse se sintió de súbito desamparada. La mirada de Siu permanecía aún como adherida a su carne y él no estaba ya allí para admirarla.

Dió unos pasos por la avenida en dirección contraria al Palace. Iba pensando en ese oriental amable y cortés en exceso, audaz a veces, siempre misterioso y distante. Coquetear con él resultaba más excitante que con cualquier otro. Esteban Aledo, el español, era orgulloso y absoluto, no aceptaba la menor chanza, tomaba la vida demasiado en serio. David Madison, el americano, con su ingenuidad de primitivo, resultaba infantil, de una simplicidad excesiva, casi transparente. Peter Moën, el danés... !Poble Peter! Clarisse no podía evocarlo sin ternura. De todos sus galanteadores era el más discreto y ecuánime. La seguía a todas partes como un

perro fiel, sin hablar, sin exigir nada, devorándola con los ojos. Bailaba el vals boston como un angel (si los serafines bailaran, no lo harían mejor) y al danzar todo su ser se transformaba. Deslizarse en sus brazos al ritmo lento y voluptuoso del vals era puro goce. Pero no tenía conversación, carecía de malicia, no podía pasar de compañero de veladas danzantes.

Clarisse ^{pa} ~~pas~~saba ahora por uno de las múltiples veredas que dibujan como una enorme telaraña en las verdes praderas de Mürren, se cruzan, se entrecruzan, se juntan, se separan, unen entre ellas un hotel a otro hotel, el pueblo al pasturaje, el valle a la montaña. La joven no miraba el paisaje. Sabía que era uno de los más grandiosos e impresionantes del mundo pero en aquel momento no podía interesarse por la naturaleza sólo por su triunfante juventud, por su perfecta elegancia. Desfallecía casi bajo el peso de tanta ventura. El perfume sutil del heno, el silencio augusto del valle, el esmaltado azul de la bóveda celeste, le parecían homenajes naturales a su persona como si la naturaleza sometida a los poderosos accionistas del Palace y otros hoteles, fuera uno de sus vasallos, igual que Miss Brandford, la señorita de compañía, el obsequioso director Herr Probst, el conserje, los camareros; igual que sus galanteadores, siempre dispuestos a rodar al menor de sus caprichos. Esas cimas deslumbrantes, destacaban sus atormentadas crestas sobre la turquesa cóncava del espacio para que ella gozara viéndolas. No necesitaba mirarlas porque sabía que estaban siempre allí esperando que decidiera levantar sus ojos gris-malva para contemplarlas. De toda Europa, de América, de Australia, de la India y del Japón acudían a Mürren los amantes de la montaña porque de todas las cordilleras alpinas, el macizo central era el más

impresionante. Esos nombres ásperos y sonoros: Finsteraar, Aletsch, Jungfrau, Monch, pertenecían a esa reunión de formidables gigantes el menor de los cuales medía cuatro mil metros de altitud. Clarisse lo sabía pero no le importaba. El vestido de Christian Dior que llevaba puesto, el chal color rojo geranio, el tono de sus cabellos y de su cutis, eran mucho más importantes que el pico más elevado de Europa. Nieves eternas, heleros de corindón, glaciares azulinos y transparentes, despeñaderos vertiginosos, salvajes riscos y quebradas, bosques de abetos altos y erectos como columnas de catedral, praderas verdeantes en declive vertiginoso con los pequeños chalets de madera colocados aquí y allá en las alturas... cosas estáticas, borrosas, telones de fondo y bambalinas... Clarisse Lannoys admiraba a Clarisse Lannoys por los sentidos de Sikkou Siu, el excelso pintor japonés de flores y de mariposas, por los de David Maddison, el fabricante de conservas de Chicago, inmensamente rico y dispuesto a seguirla al fin del mundo, por los de Esteban Aledo, ese romántico y apasionado español de piel cetrina y cabello fuliginoso, por los de Peter Moën, el danés de los silencios interminables, de las miradas lánguidas... ¿Cual de ellos hubiera levantado la mirada a la majestuosa serranía, mientras ella ocupara el primer plano del paisaje?

Ser amada o mejor dicho, deseada, le parecía fácil a Clarisse, demasiado fácil quizás y por lo tanto insustancial. Lo interesante sería amar. Aquel lugar y aquella atmósfera le parecían bastante propicios al amor. Si tuviera de pronto un amante que escoger, ¿a cual de los cuatro galanteadores preferiría? Tal vez al japonés. Pero el pintor era casado. Lo sabía por él mismo. Des-

pués de un momento de reflexión Clarisse decidió que ese detalle no tenía importancia alguna. La esposa de Sikou Siu se había quedado en el Japón y allí permanecería quieta y resignada mientras su venerabilísimo esposo el excelso artista celeste necesitara vivir en Europa. ¡Pobre Flor de Ambar! Ser la esposa de Siu y tener hijos de Siu le parecía a Clarisse una enorme desventura. Pero unos amoríos de verano con ese hombre resultaban un pasatiempo agradable. Cuando Sikou Siu la miraba con fijeza, como un rato antes, Clarisse sentía una extraña y dulce languidez, cuando le tomaba y besaba la mano, un fuego delicioso le corría por todo el cuerpo. ¿En qué se parecía esto al amor? Clarisse no podía decirlo. Sólo sabía que era excitante.

Había llegado cerca del Kurthaus y durante unos segundos pensó que Aledo la vería y saldría a saludarla. Pero era una locura imaginarse que el español pudiera estar allí a aquella hora y con un día tan hermoso. Volvió lentamente sobre sus pasos, subió al Palace sin levantar los ojos a la majestuosa serranía. Dentro de pocos minutos estaría en el hotel, desaparecería del paisaje, los gigantes alpinos recobrarían su importancia, volverían a ser el grandioso espectáculo ante el cual se extasían miles de criaturas.

*

Aquella misma tarde Clarisse jugó al tenis con la señorita de compañía, una inglesa de edad indefinible, alta, ejuta, acaballada y miope. Nelly Branford jugaba mejor que Clarisse Lannoys pero siendo una asalariada de sus padres, no se atrevía casi nunca a

ganar. Sabía que el más rudimentario sentido común aconsejaba dejar el triunfo al que paga aunque a veces se embriagaba devolviendo pelotas mientras, poseída de una energía casi demoníaca, botaba por la pista como un gigantesco saltamontes. Jugaba con los dos brazos, descarnados y rígidos como remos. Cambiaba la raqueta de mano con una velocidad asombrosa. Clarisse detestaba ser vencida por la señorita de compañía, no por el mero hecho de perder, sino por el espectáculo repugnante que ofrecía esa mujer impudicamente satisfecha de su victoria.

No pudo la inglesa dominarse aquel día y venció a la francesa. Durante unos segundos gozó del triunfo salvajamente pero su goce duró lo que un relámpago. Al ver a Mademoiselle con el ceño fruncido, los labios apretados y la mirada helada se dijo para su capote: "Nelly, Belly, el humo te se ha subido a la chimenea". El notorio despecho de la joven Lannoys y su amor propio apabullado no le importaban un comino a la Miss. Lo que sí le importaba era el miedo ^a perder el empleo, el mejor retribuido y descansado que tuviera en su vida. Bien alimentada y alojada con viajes y espectáculos pagados, Nelly Bradford no tenía otra obligación que acompañar a la hija de esos acaudalados fabricantes de encajes y de tules de Lille y hablarle siempre en inglés.

Desembriagada ya y profundamente turbada, corrió a buscar el abrigo de Clarisse y se lo puso servilmente sobre los hombros, mientras recordaba las palabras de su difunto padre, el ~~más~~ honrado carnicero de Leicester Square: Siempre serás la más loca de la familia, Nelly. Ahora, a sus cuarenta y nueve años cumplidos,

continuaba siendo la más loca de la familia. ¿Cómo podía olvidar tan a menudo que no debía ganar a Mademoiselle Lannoys ni al bridge ni al ajedrez y menos aún al tenis? ¡Qué injusto era todo esto! Lo más natural sería que el que jugaba bien ganara al que jugaba mal. Locuras, habría repetido el buen carnicero de Leicester Square, locuras, Nelly. El sentido común inglés debe imponerse a esas románticas consideraciones.

Creyendo practicar un acto de perfecta política, Nelly le dijo a su enojada patrona:

- Ha jugado usted muy bien, señorita, está progresando muchísimo.

Dicho esto Miss Branford sintió una tristeza inmensa apoderarse de todo su ser. Clarisse alzó los hombros, la miró fríamente y le volvió la espalda. Entoces Nelly corrió a su habitación, encerróse con llave, se echó de bruces en el lecho y dió rienda suelta a los sollozos y a las lágrimas.

El día, que había sido esplendoroso, declinaba ya lentamente. En las pistas de tenis las siluetas blancas de los jugadores se movían con animación. Algunos veraneantes sentados en derredor, seguían con interés los partidos. Otros, arrellanados en sillones o dormilonas, contemplaban la evolución del crepúsculo sobre el Oeschinensee. La sombra de la cordillera se alargó más y más sobre el valle, subió y se desparramó por él como un inmenso río silencioso. En el macizo noroeste, los declives cubiertos de abetos, envolviéronse en un cendal azulado mientras las cumbres nevadas y los escarpados riscos se coloreaban de rojeces de incendio. Pero ese fuego de artificio solo duró un instante: el rojo se transformó en rosa, el rosa en lila, el lila en cárdeno. La nieve de las cimas palideció, desmayáronse más aún los tonos irisados, todo se convirtió en una masa gris, sombría y triste. Inmediatamente una oleada de aire helado circuló por el valle. Clarisse se arrojó ~~en~~ en el chal.

Había terminado ya el último partido de la tarde: los jugadores se retiraban uno a uno. David Maddison abandonó la pista con la raqueta bajo el brazo. Al ver a Clarisse se paró y le gritó:

-¿Te quedas?

- Un rato más.

En un momento la mole inmensa y sombría de la cordillera perdió sus afilados contornos. Fué como si en un infinito abrazo quisiera unirse por fin al firmamento, fundirse y desaparecer en él. De pronto apareció un lucero, brilló su luz por lo alto de la noche, restableciendo al instante los límites de las montañas con el espacio. La tierra no fué más que ~~un~~ caos de soledad y desom-

bra mientras el cielo empezaba a poblarse de estrellas de mayor y menor magnitud. Era como un mundo naciente que opusiera su maravillosa existencia a ese mundo caduco de los hombres. Pero de súbito allá en lo alto de la zona de sombra, celoso del celeste esplendor, se encendió el alumbrado eléctrico de Allmendhubel y en seguida, aquí y allá por las laderas del valle, como humildes sagrarios, se encendieron también los poblados de Mürren, Griesalp, Wengeraalp, algún caserío o hotel aislados y en lo hondo del país, Grindenval, Wengen, Lauterbrunnen. Eran constelaciones de la tierra, pálidas y humildes bajo las constataciones del cielo.

Clarisse no se había movido aún, la mancha clara de su traje se destacaba a proximidad de la pista. Deseaba que, uno de sus adoradores, surgiera de la sombra, le dijera unas palabras dulces y embriagadoras, tomara una de sus manos... Mientras estaba pensando en esto oyó voces que se acercaban y al mismo tiempo distinguió ~~unas~~ sombras por el camino del pasturaje. Su vista, acostumbrada ahora a la oscuridad, reconoció a dos de sus mejores amigos.

-!Monique! !Esteban! - gritó.

-!Toma, si es la voz de Clarisse! - dijo Madame Raymond a Aledo.

La joven salió a su encuentro alegremente.

-?Se han fijado ustedes en la hermosura del crepúsculo? - les preguntó después de saludarlos.

-!Maravilloso! - exclamó la ginebrina.

-?Creen ustedes que era natural? - preguntó Esteban riendo. Clarisse contestó rápidamente.

- No lo aseguraría. Puede ser un espectáculo montado por los directores de hotel en combinación con las fuerzas climáticas confederadas.

- En todo caso, se han lucido - observó Monique. Y, alargando la mano a Clarisse:

- Siento abandonarla, querida, pero tengo aún que vestirme para la cena.

- ¡Y yo que deseaba invitarlos a un cocktail! - exclamó con pesar la joven. Asió la mano que su amiga le tendía.

- Supongo que subirán a bailar esta noche.

- Yo no - dijo Monique. Señalo a Esteban con la cabeza.

- Este bárbaro me ha hecho caminar más de tres horas por esos riscos.

Clarisse volvió la cabeza hacia Aledo.

- ¿Y tu?

- A mí no me gusta bailar por bailar.

Monique se había separado algunos pasos de los jóvenes.

- ¡Voy enseguida Monique! - le gritó Esteban.

- ¿Qué te gusta pues? - preguntó Clarisse con suave coquetería.

- Ya lo sabes.

- ¡Dímelo!

- Te lo diré otro rato, cuando Monique no me espere.

- ¿Es en serio que no vas a venir esta noche? - preguntó Clarisse asiéndole una mano.

- Muy en serio. No me gusta el papel de comparsa.

Estrechó con ardor aquellos dedos tibios y sedosos.

-¡Buenas noches, Clarisse!

Mientras caminaban desde el Palace hasta el Kurthaus, Monique preguntó a Esteban:

-¿Por qué no acepta usted la invitación de Mademoiselle Lannoys?

- No me gusta frecuentar a sus amigos.

- No le gusta porque todos la pretenden.

- Quizas. Y aunque así fuera ¿qué tiene de particular que me repugne esa batalla de adoradores en torno a una joven hermosa y coqueta?

Monique habló con ~~un~~ cierta gravedad.

- Amigo Esteban, usted no sirve para frecuentar la sociedad moderna.

- Si considera usted sociedad moderna a esas mujeres y hombres ociosos y ávidos de distracción y de placer, estamos de acuerdo.

-¿Por qué juzga usted con tanto desprecio a los pretendientes de Clarisse? Al fin y al cabo no hacen ni más ni menos que usted: amarla, desearla, hacerle la corte y ambicionar ser el preferido.

-Pero, ¿no podría ella escoger pronto a uno de los cuatro o cinco y dejar en paz a los otros?

- Si eso hiciera dejaría de ser Clarisse Lannoys y todos ustedes cesarían de adorarla.

- Yo no - dijo Esteban - yo preferiría que declarara de una vez: "Amo a fulado o a mengano". Los demás abandonaríamos la partida, sería doloroso, pero confortable. Y usted, Monique, ¿aprueba

la conducta de Mademoiselle Lannoys? ¿Le parece bien este juego desalmado y peligroso de tomar y dejar a los hombres como si fueran muñecos de trapo?

- No... no... No puedo decir que lo apruebe, pero, amigo mío, la sociedad...

- ¡Al diablo la sociedad! - interrumpió el español.- Si toda la sociedad fuera como la tertulia de Clarisse, me retiraba del mundo inmediatamente.

- No exagere, por Dios. Si toma usted por separado a cada uno de los individuos que componen ese grupo hallará usted que no hay uno solo que sea vulgar. Son personalidades distintas pero todas interesantes.

- Cuando esos hombres conversan con usted son diferentes. Es ella, únicamente ella, la que los disminuye.

- Tampoco es toda la culpa de ella - arguyó Monique.- ¿Qué muchacha tendría el valor de ser sobria, ecuánime y prudente, viéndose rica, hermosa y deseada? A Clarisse le sobran admiradores y le faltan amigos.

- ¿Amigos? - reflexionó Aledo. Y de pronto soltó:

- Tiene a su carabina.

- Pobre Miss Branford, No será ella quien la guíe por el camino de la perfección.

Aledo exclamó con ironía.

- ¿Quién se preocupa de tal cosa? El caso es vestir con elegancia, hablar el inglés sin acento, jugar bien al tenis y al bridge y sorber zumo de limón con paja.

Monique soltó la risa.

- Personalmente, Miss Brandford prefiere el whisky.

Aledo recordaba con pena el entusiasmo que sentía por las montañas del país un par de semanas atrás cuando no conocía aún a Clarisse. Se pasaba las horas recorriendo los alrededores de Mürren con la mirada fija en la majestuosa serranía midiendo y calculando la posibilidad de escalar uno de sus picos, encaramarse hasta uno de sus glaciares. Le embriagaba la vista de aquellas gigantescas cimas coronadas de deslumbrante nieve y el aire fino y sutil cargado de perfume de heno. Sentirse de pronto en aquel lugar en el cual soñara mil veces, le parecía casi un milagro. Le habían concedido un mes de vacaciones, se le antojaba una eternidad que iba a llegar de gestas alpinas cuyo recuerdo llenaría toda su existencia. Pero una noche después de cenar Madame Reymond, cliente como él del Kurthaus, le había invitado a subir al Palace. Le presentó a un grupo de veraneantes entre los cuales a Clarisse Lannoys. La joven francesa lo miró, le sonrió, aceptó bailar con él el primer tango. Cuando terminó la danza, volvió a mirarlo y a sonreírle y esa vez con más dulzura aún que la primera. Aledo dijo: Gracias, señorita y ella contestó : Gracias a usted. Después del segundo tango, la francesita le confesó que era un puro goce bailar con él. Al final de la velada le suplicó: Llámeme Clarisse, por favor. Y al darle la mano para despedirse le susurró clavándole la vista: ¿Volverás mañana, Esteban?

Desde entonces había olvidado la montaña. En derredor de Mürren y del Kurthaus todo seguía igual pero él no veía ya la augusta serranía, ni los verdes patos, no respiraba ya el aire puro y fresco de los montes ni aspiraba con embriaguez aquella fragan-

cia compacta de heno. En el vasto universo sólo existía Clarisse, el universo era Clarisse.

-¿Qué le pasa, amigo mío? - le preguntó Monique al oírlo de pronto suspirar.

- Nada.

- Vaya usted a pasar la velada al Palace, se distraerá.

Aledo contestó con un respingo.

-¿Para bailar el tango con Clarisse?

- Tal vez también para algo más. Las mujeres somos muy complicadas, amigo mío.

- Al contrario, harto transparentes. Yo soy un número de la tertulia de Mademoiselle Lannoys, uno de los cuatro o cinco peles que ella mantee para su distracción particular. La enoja, claro, que le falle uno de sus muñecos.

- Si yo no fuera un perfecto imbécil - añadió después de unos segundos de silencio, - no pondría más los pies en el Palace. Me dedicaría a lo que vine, a la montaña. Aunque tal vez la montaña sea tanto o más peligrosa que la mujer.

- El peligro no reside ni en la mujer ni en la montaña sino en usted mismo, en su propio temperamento. ¿Por qué no acepta usted más que el absoluto?

- Un hombre entero no puede contentarse de la relatividades condicionadas. Querer una cosa con toda su alma, ¿es pues un defecto terrible?

- Es un peligro, no un defecto. Si no estuviéramos llegando al Kurthaus se lo explicaría a usted en detalle.

- Hablaremos después de cenar - dijo Aledo.

Pero después de cenar se le acercó todo el grupo de los franceses, capitaneado por Yvonne Le Sentier. Pusiéronse a contarle en detalle las emociones y las peripecias de la excursión a la Jungfrau.

La muñequita parisiense lucía vaporoso traje. Estaba muy cerca de Aledo con la cabeza echada hacia atrás, devorándolo con la mirada mientras sus manos diminutas y nerviosas jugaban sin cesar con el collar de gruesas cuentas de jaspe.

Pierre peroraba, como de costumbre y Esteban sonreía a sus discursos mostrando el brillo de sus dientes en el rostro ce-trino.

Monique, sola en su mesa, al otro extremo del comedor, pelaba una manzana con artístico esmero. En sus manos, regordetas y bien cuidadas, el tenedor y el cuchillo eran como dos varitas mágicas practicando conjuros sobre el inocente fruto. Su mente se aplicaba a componer las frases con que iba a explicar a Esteban sus ideas sobre lo relativo y lo absoluto. Cuando terminó de comer, se lavó cuidadosamente los dedos en el tazón de cristal lleno de agua tibia con limón, dobló la servilleta, abandonó la silla sacudiéndose las miguitas del vestido y pasó en seguida al salón. Escogió una mesita, pidió café y empezó a fumar cigarrillos. Suponía que Aledo se juntaría a ella como cada velada. Era uno de los mejores momentos del día. Conversaban en voz baja oyendo distraídos el concierto nocturno del Kurthaus.

Aquella noche el programa se desgranaba pieza tras pieza en perfecta monotonía y Esteban no se presentaba. A las once, el trío interpretó Poeta y Campesino, se oyeron algunos aplausos, a los cuales contribuyó Madame Raymond por pura cortesía. Después

de la marcha final, los músicos enfundaron los instrumentos y salieron del salón. Ora uno, ora otro, los huéspedes lo abandonaron también.

Monique se levantó de la silla con estudiada parsimonia, aplastó cuidadosamente la colilla de su Goldflag en el cenicero, se dirigió a una de las ventanas. La serranía levantaba su altísima muralla sobre el valle, la noche se había tragado el verde tierno de las praderas, la transparencia azul de los hielos, el esmalte turquesa del firmamento. Todo era tenebroso, intensa y absolutamente tenebroso. Sólo en lo alto de ese caos se encendía la luminaria del cielo con sus miles y miles de estrellas temblorosas.

¿Donde estaba Aledo? Descartada la idea de un paseo nocturno, (el frío y la oscuridad reinante se oponían lógicamente a ello) sólo cabía suponer que a pesar de todo había subido al Palace. ¡Es asombroso las necedades que puede cometer un enamorado!

Efectivamente, Esteban Aledo, como suponía Monique, había decidido ir al Palace. Lo decidió mientras estaba bromeando con el grupo de los franceses al ver que Pierre no se desanimaba nunca ante los desdenes de Yvonne. Aledo había considerado siempre a Pierre con desdeñosa lástima y de pronto se ponía a admirar su humildad y su tenacidad. Es así como se llega a un resultado, se decía, y no con mi impaciencia y mi orgullo. Se proponía cambiar enteramente de táctica. Y, apenas terminó de proponérselo, todo le pareció sencillo y fácil. Aceptaría todas las invitaciones de Clarisse comenzando por la de hoy, prescindiría de sus coqueterías como hacía Pierre con Yvonne y, como Pierre también, no admitiría

la derrota. Iba a hablar con Clarisse dentro de unos minutos, le diría que no subía a bailar ni a flirtear sino a tratar de algo serio. Al fin y al cabo, Clarisse no era de hielo, lo expresaba bien claramente aquella mirada de sus ojos gris-malva tan burlona y provocante a veces, y otras tan profunda y grave. El alma que iluminaba aquellos ojos había de ser por fuerza hermosa y sensible. Montañas de dinero y de mimos oscurecían ese esplendor. Monique tenía razón, la muchacha vivía en una soledad tremenda, sin un amigo que la guiara. El sería ese amigo.

Y mientras Yvonne, Pierre y René seguían contando y comentando la excursión a Jungfrauoch, y Aledo parecía interesarse por la conversación, el corazón le latía con fuerza y esperanza. El no era rico, cierto, pero sí capaz de ganar dinero y procurar a su mujer comodidades y placeres. Por ella se veía con ánimo de aguzar el ingenio y trabajar aunque fuera de día y de noche.

Mientras pensaba en esto, alguien, tal vez Yvonne, le acusó de estar distraído. Esteban se explicó con franqueza.

- Es que voy a pasar la velada al Palace y no estoy aún ni rasurado ni vestido.

- Nada de cumplidos - saltó Pierre sin disimular el placer que sentía al perderlo de vista.

Mademoiselle Le Sentier insinuó que su ausencia podría alarmar a cierta persona.

- No te demores, por favor.

Esteban prescindió de burlas y comentarios. Subió la escalera en cuatro zancadas, se duchó y se vistió de smoking en un santiamén. Tomó la bufanda y el abrigo y salió casi huyendo del Kurt-hauss.

Al darle en el rostro el aire helado de la noche se subió el cuello del sobretodo y principió a apretar el paso. Iba por el estrecho caminillo que en rápida pendiente y entre olorosas praderas sube hasta el primer hotel de Mürren, sin dejar de pesar el pro y el contra del acto que había proyectado. Gracias a Pierre se sentía ahora audaz pero no dejaba de experimentar cierta inquietud y se decía: "Hay que ser prudente y comedido, hay que dominar el carácter". Se puede hablar de todo, le había dicho cierta vez Monique, a condición de escoger las palabras y el tono que las acompaña y saber ocultar aquella parte de nuestros sentimientos que pueda asustar o herir al que nos ~~es~~ oye.

Ya no sentía Aledo el frío de la noche. Cuando llegó al Palace estaba casi sudando. Entró en el salón, buscó inútilmente a Clarisse con la mirada, se sentó en una mesita y pidió un whisky. Mientras se lo servían empezó a fumar y el olor y el sabor del tabaco le parecieron mejores que de costumbre. Por fin entró Clarisse acompañada de dos de sus admiradores y de Miss Branford. Esteban se dió cuenta enseguida de lo difícil que iba a ser hablar con ella a solas. No quiso empero desanimarse. Evocó a Pierre con su paciencia, constancia y tesón. Estaba dispuesto a imitarlo. Cuando Clarisse se dió cuenta de la presencia de Esteban, llevaba éste ya fumados una infinidad de pitillos. Le envolvía una nube de perfumado humo mientras el whisky permanecía intacto sobre la mesa. La joven levantó la mano para saludarlo, él se incorporó vivamente en el asiento sin atreverse aún a acercarse. Cuatro eran los hombres que rodeaban a Mademoiselle Lannoys en aquel momento: Bonnard, Maddison, Moën y Sikou Siu. El americano había logrado aislar a Miss Branford del grupo. Pero Nelly, consciente de su

dignidad británica, empujó con el hombro al yanqui sin conseguir a pesar de todo, meterse en el corrillo pues el japonés, rápido y escurridizo como un lagarto, aprovechó el boquete abierto por la Miss para ocupar el único espacio libre que quedaba.

Al ver ésto, Esteban comenzó a arrepentirse de haber venido. Pierre no tenía que luchar con tantos rivales, Yvonne no era tan solicitada como Clarisse. Bebió un sorbo de whisky, le encontró un sabor amargo y al instante se preguntó por qué se habría hecho servir esa horrible ^{bebida}. Pidió perdón de pensamiento a los cálidos y perfumados vinos de su país, se acusó de extranjerizado y desleal, avergonzóse de haber preferido las montañas suizas a las de la Península Ibérica, a una mujer francesa a cualquier pueblerina española de las que se ruborizan solo con mirarlas. No comprendía su optimismo de una hora antes aunque estaba dispuesto a seguir el plan proyectado.

Miss Branford, definitivamente expulsada de la tertulia, se alejó encogiéndose de hombros. Atravesó el salón a grandes pasos de dromedario, se instaló en un sofá y sacando de la bolsa de ganchillo una novela policíaca, se caló las antiparras y se abismó en la lectura de espeluznantes crímenes y esperanzas palpitantes de castigo. Durante media hora bogó en su espíritu por espacios imaginarios poblados de repugnantes asesinos y heroicos detectives de los que fatal y deliciosamente Nelly se enamoraba. Pero el sueño la venció como cada noche, se le cerraron los párpados, se le abrió la boca, los espejuelos se le escurrieron nariz abajo quedándose milagrosamente parados a unos milímetros de la punta y un ronquido suave comenzó a mezclarse al mugido del saxo-

fono, el gemido del oboe, el alarido de la trompeta y al estallido de los platillos. Nadie se preocuparía ya de ella, nadie la echaría de menos hasta que a las doce o la una, Mademoiselle Lannoys cogiéndola enérgicamente por los hombros, le gritara: "Miss Branford, Miss Branford, vamos a acostarnos".

Entre tanto Clarisse se había separado del grupo seguida de Sikou Siu. Esteban pudo ver que lucía un traje de tul color malva con el cual el nacarado cutis y el color rubio ceniza de los cabellos entonaban a maravilla. El japonés la tomó en sus brazos, comenzaron a evolucionar por el salón. Siu bailaba muy bien y hubieran formado una buena pareja con Clarisse si no fuera algo más bajo que ella. Este insignificante detalle fué para Esteban como una gota de bálsamo en la herida abierta por los celos. Pero el pobre consuelo duró un instante. Clarisse parecía feliz y Sikou Siu no lo parecía menos. Apretaba el talle a su pareja, deslizaba los dedos nerviosos y sensibles por la espalda y la muñeca de la joven. Esteban se imaginaba lo que podía estarle diciendo: "Es usted ligera y flexible como el tallo de una flor, su perfume me recuerda las franchipánias y las gardenias silvestres de los países tropicales".

A propósito de perfume, Aledo recordaba a todas horas el que usaba Clarisse aunque no podía precisar si era de gardenia, de franchipánia o de jazmín.

Cerró los ojos y suspiró ^{pensando en} ~~por la idea~~ del impúdico placer que ese oriental esmirriado estaba gozando en esos instantes.

No podía soportar más el tormento de los celos. Púsose en pie de un salto, dió unavuelta por el salón. Distinguió a una muchacha morenucha y fea que parecía abandonada y aburrida. Se

acercó a ella.

-¿Quiere usted bailar, señorita?

La joven aceptó. ~~Comenzó a bailar.~~

- Perdone el atrevimiento de invitarla sin haber sido presentado. No vivo en el Palace ni suelo frecuentar a sus huéspedes. Mi nombre es Esteban Aledo.

- El mío, Françoise Morex.

-¿Ginebrina?

- Losannoise. Y usted, ¿español?

- No puede negarlo. ¿Se me conoce en el acento?

- Muy poco, mucho más en el tipo. Tiene usted algo de árabe.

- Supongo que no la asustarán los árabes - dijo riendo Esteban.

En aquel momento pasaban Clarisse y Siu.

- El tango para mí, Esteban - le deslizó ella.

- Creí que no conocía a nadie - observó Françoise.

- Sólo a Mademoiselle Lannoys.

- La mujer más hermosa y más elegante del Palace - reconoció la joven.

- Pero no la más modesta y discreta - saltó Aledo - a esa acabo de conocerla hace un instante.

Clarisse y Siu volvieron a pasar. No se decían nada, parecían enteramente entregados al goce de la música y del movimiento. Llevaba ella los párpados entornados y en todo el rostro una expresión de arrobamiento sensual.

Esteban estrechó la mano de su pareja.

- Debe ser una dicha ser amado de una muchacha como usted.

Françoise levantó hacia el joven una mirada serena y grave.

-¿Por qué lo dice?

Avergonzado y triste confesó él:

- No lo sé, perdone señorita.

Rasgó la orquesta el acorde final, las parejas volvieron a sus asientos.

- Muchas gracias - dijo Esteban a Françoise.

Como si hubiera comprendido de pronto porque la había invitado el español, sonrió ella con indulgencia, sin contestar.

Esteban se acercó por fin a Clarisse.

- Me alegro de que hayas venido - le dijo ésta con naturalidad - bailaremos el primer tango.

Aledo hubiera querido replicar: "Perdón, lo tengo ya comprometido". Pero en lugar de ésto se oyó contestar con precipitación:

- Con mucho gusto.

- Conmigo el vals - sugirió Maddison con el acento nasal de Chicago.

- Me inscribo para el paso doble - saltó Monsieur Bonnard.

Peter Møen no debía nada pero sus ojos azul miosotis, no se apartaban de la joven francesa. Esta le interpeló.

-¿Y tu, Peter?

- Lo que tu quieras.

-¿Y si no quiero bailar contigo?

- Lo que tu quieras - repitió con suavidad el danés.

Es un ángel auténtico, se decía Esteban con un deseo cada vez más vehemente de romperle la crisma. Debía ser muy comfortable amar así con esa resignada pasividad. Además tenía sus venta-

jas. Clarisse podía ofenderse con Henri Bonnard que era cínico y perverso, con Maddison, franco y brutal como un ranchero del Oeste, con Sikou Siu, sensual y atrevido, con él mismo, absoluto y apasionado... pero no con Peter. Peter no tenía defectos. Esteban se puso a odiarlo con toda su alma.

Sikou Siu hablaba de pintura con Henri Bonnard. Aledo interrumpió:

-¿Por qué no pinta usted a Peter Moën?

Esta salida de tono hizo sonreír a Clarisse y a Bonnard. El japonés miró a Esteban con un destello de malicia como si hubiera comprendido que se trataba sólo de ofender al danés.

- No pinto más que mariposas y flores - explicó con su voz algo aflautada de oriental.

- Lástima - exclamó Aledo.

Sintió que había malgastado sus municiones. Peter no se había enterado de nada. Tenía aún la mirada fija en Clarisse y en los labios una sonrisa vaga y soñadora.

Bonnard se dirigió a Esteban.

-¿Se ha fijado usted en la maravilla de lepidópteros que hay en este país?

Esteban no se había fijado. Sikou Siu se escandalizó.

- Ni aún en el Japón he hallado yo sujetos comparables. El color y el dibujo de las mariposas del Oberland supera a todo lo que alcanzan mis pobres conocimientos naturalistas.

Estaban aún hablando de los preciosos insectos cuando la orquesta atacó los primeros compases de un tango argentino. Aledo se inclinó ante Clarisse.

Así que principiaron a bailar sintió Esteban que el universo se trastornaba. Percibía el calor de la mano de Clarisse en la suya, la flexibilidad de su talle gravitando ligeramente en el brazo izquierdo, la mirada y la sonrisa proyectadas únicamente a su rostro, y ese perfume incierto y embriagador que exalaba toda su persona. Pasaba de ella a él una especie de corriente cálida y narcotizante, fluía en ondas cada vez más envolventes. Una dicha casi sobrehumana se esparcía por todo su ser. Pero esa dicha no duró.

-¿En qué piensas, Esteban?

La voz de Clarisse era suave pero ligeramente burlona.

Aledo contestó gravemente.

- No pienso, siento.

-¿Y qué sientes?

- Felicidad.

Clarisse alzó los hombros con imperceptible desdén.

-¿Tengo yo también derecho a ser feliz?

- Lo deseo con toda mi alma.

- Entonces, baila el tango y no pienses en nada más.

Pasó por el espinazo de Esteban un estremecimiento frío y doloroso. La dicha huyó de él dejándole solo amargura. Para complacer a Clarisse puso toda su atención al acto que estaba practicando como si pasara un examen. Acentuaba el ritmo, ejecutaba complicadas figuras. Clarisse parecía adivinar cada uno de sus movimientos, le seguía admirablemente. Pero aquel cuerpo ligero y dócil, aquella mano tibia y suave no eran ya los de Clarisse ni los de mujer alguna, eran solo elementos ~~de resistencia~~, como el

aire para el pájaro o el agua para el nadador.

Miradas admirativas y hasta envidiosas seguían las evoluciones de la pareja. Clarisse se daba cuenta de ello y le agradecía a Esteban que se fijara por fin en lo que hacía. Cuando la orquesta dejó de tocar se puso a aplaudir con la satisfacción pintada en el rostro. Aledo permanecía serio y envarado.

-¿No aplaudes?

- Perdón - dijo él.

Comprendió que estaba cometiendo una grosería. Púsose enseguida a dar palmadas secas y explosivas como disparos.

La orquesta repitió y ellos volvieron a enlazarse y a bailar.

- Diríase que bailas por fuerza - observó la francesita.

Esteban la miró un instante, alzó los hombros, no contestó. Había olvidado a Pierre y sus enseñanzas. No recordaba ya que la humildad y la paciencia del joven enamorado debían servirle de ejemplo para modificar su conducta.

Cuando se reintegraron a la tertulia, los admiradores incondicionales de la señorita Lannoys les recibieron con una salva de aplausos. Ninguno de esos hombres mostraba el menor conato de celos. "Son gente civilizada, se dijo Aledo, no sin despecho, pero tal vez ninguno de ellos la ama con la intensidad que yo". Sufría atrocemente al pensar que quizás Peter Moën sintiera celos como él y supiera disimularlos. Se sentía tan desventurado que decidió despedirse y partir. Pero al reflexionar que iban a tacharlo de rústico y descortés se determinó a permanecer aunque el resquemor de los celos le royera las entrañas.

La orquesta volvió a tocar, Maddison invitó a Clarisse. Es-

teban fué de nuevo a buscar a Françoise.

Mientras bailaba con aquella muchacha feucha y discreta, Aledo procuró olvidar a Clarisse y a David; lo logró a medias. La francesa y el americano formaban una hermosa pareja. El bailaba muy bien aunque la posición de su cuerpo no fuera de las más elegantes. Mantenía el tronco erecto y rígido a la manera británica pero curbaba las nalgas hacia fuera como muchos americanos. Aledo recordó con angustia lo que le había dicho Monique a propósito de Maddison: poseía una fortuna colocal, la de los Lannoys representaba un grano de arena comparada a la suya. Un hombre joven, gallardo y enamorado, y, además, multimillonario, era un rival temible.

-¿No frecuenta usted a David Maddison? - preguntó de pronto a Françoise Morex.

- Ni a él ni a ninguno de los amigos de Mademoiselle Lannoys.

- Y eso, ¿por qué?

La joven vaciló antes de contestar. Por fin se decidió.

- El médico me ha prescrito cura de reposo. Soy licenciada en filosofía. Acabo de presentar mi tesis al Tribunal. Durante unos meses trabajé con ahinco en esa disertación. Llegué a julio con los nervios destrozados.

- No veo en qué podría perjudicarla la conversación de un grupo de personas amenas.

Françoise volvió a vacilar.

- Perdona - dijo para excusarse de un tropezón con los pies de Aledo.- ¿Cómo explicárselo a usted? Yo no desprecio a nadie, no vaya a creer, pero esa gente es tan diferente de la que yo suelo frecuentar... He tratado de hablar con ellos una o dos veces. No

nos entendemos en ningún terreno, es como si no habláramos el mismo lenguaje.

-?No cree usted que ese Maddison está muy enamorado de la señorita Lannoys?

- Todos están enamorados de ella - contestó simplemente la licenciada.

- Si no fuera tan coqueta... - insinuó Esteban.

- Algo coqueta es, debo reconocerlo.

Añadió con un tono indiferente.

- Todo esto no tiene importancia alguna. Dentro de dos meses nadie se acordará de nadie.

-?Qué? - saltó Aledo dejando un momento de bailar.

- Quiero decir que los amorfos de verano son como las nubes, cuatro truenos, cuatro gotitas y aquí no ha pasado nada.

Esta reflexión de Françoise tuvo el poder de desanimar a Esteban. ?Cómo podía una persona tan joven razonar con esta frialdad? El vivía tan apasionadamente el presente que ni un sólo instante se le ocurrió acordarse de ese inmediato futuro. Pero Françoise tenía razón. ?Dónde estaría Clarisse a mediados de septiembre cuando las nieves y los hielos cubrieran ya una buena parte de aquella región y los hoteles cerraran sus puertas hasta la temporada de invierno? ?Dónde estaría él con el lastre tormentoso de ese amor imposible?

Abandonó a su estudiosa pareja con ganas de no volverla a invitar. Estaba convencido de que su educación y sus gustos le colocaban tan lejos de la licenciada como de la coqueta. Una sensación de invencible tristeza le sumergió. Soportó con paciencia las espirituales payasadas de Henri Bonnard, el acento nasal y las

patochadas de David Maddison, el silencio angelical de Peter Moën y la eterna sonrisa de conejo de Sikou Siu, hasta que la orquesta preludió un nuevo tango.

Clarisse lo miró y le sonrió y al instante el universo volvió a trastornarse. Lo grande fué pequeño, lo ligero pesado, lo claro oscuro. Olvidando que Clarisse le prefería únicamente por su arte de danzarín, se dió a soñar que ella le distinguía de los otros. La enlazó con suavidad por el talle, estrechó con ternura aquella mano sedosa y tibia.

- Ahora me toca a mí - murmuró con voz ronca a la vez suplicante y exigente.

La joven lo miró sorprendida.

- Quiero decir que ha llegado la hora de la revancha.

Se sentía como arrastrado por un vértigo.

- No comprendo - dijo Clarisse con un mohín de impaciencia. (Le gustaba mucho bailar el tango con el español y él se obstinaba siempre en destruir con palabras esos deliciosos momentos).

- Me explicaré. El primer tango lo bailamos como tu quisistes, éste lo bailaremos como yo quiero.

-¿Y cómo quieres?

- Como los hombres que aman.

Apenas acababa de soltar estas imprudentes palabras cuando comprendió que se había colado. Amar, amor, son vocablos prohibidos entre gente de escalera arriba. Clarisse había fruncido el ceño.

- Retira esa declaración - murmuró siná dejar ni de bailar ni de sonreír.

- Retirarla, no - exclamó él - sólo aclararla.

- Creo que estamos bailando mal - advirtió Clarisse dejando de sonreír.

- Perdón. Bailemos bien pero después del tango concédeme unos minutos a solas.

-¿Dónde?

- Aquí mismo, alrededor de una mesa, bebiendo ^{un} whisky o limonada.

- Acudiré toda la pandilla.

- Pues en la terraza.

- ¿Estás loco? ¡Con el frío que hace?

Esteban no insistió. Se sentía cada vez más desanimado.

Cuando una mujer ama, por poco que sea, no rehuye nunca la ocasión de quedarse sola con su enamorado. ¿Soportaría Pierre todo esto? ¿Por qué habría venido él al Palace?

Entretanto volvía a marcar figuras y pasos complicados y Clarisse tenía el placer de adivinar en ese cuerpo viril que la guiaba, cada intención, como si leyera en su pensamiento. Sus cuerpos se amoldaban admirablemente y la joven se abandonaba al refinado placer de la melodía y del ritmo, mientras él sufría mil tormentos y contenía mil explosiones.

Aledo se acordó de pronto de la montaña, de esa majestuosa presencia invisible en las sombras de la noche. Parecía como si la montaña con su gran voz muda y poderosa le llamara para consolarlo. De pronto mademoiselle Lannoys le parecía una muñequita de trapo, frágil, insignificante, digna de lástima. Recordaba la serriedad tal como la viera el primer día desde la ventana de su habitación en el Kurthaus. ¡Nunca podría olvidar aquella visión!

Pero Clarisse levantó de pronto la mirada hacia él y era tan clara, tan radiante, tan luminosa que Esteban olvidó de nuevo a la montaña. Una esperanza loca se encendió y brilló como un inmenso fogonazo recorriéndole todo el ser. Si la joven le hubiera pedido en aquel momento que abandonara la patria, la familia y la religión que le dieron sus padres, todo lo que constituía su tesoro racial, moral y espiritual, Aledo le respondiera: "Si, Clarisse". Pero terminó el tango y la pareja se reintegró a la tertulia. En el mismo instante Peter Moën se adelantó a pedir el próximo vals a Clarisse y Clarisse le sonrió con idéntica dulzura que sonriera a Esteban un momento antes. Esteban no pudo resistir más. Mientras la pareja se enlazaba, pidió la bufanda y el abrigo y salió huyendo del Palace.

La noche había refrescado aún pero Esteban no sentía el frío. Los acordes del vals le perseguían mientras a grandes zancadas iba por la avenida abajo.

En el caminito del Kurthaus, apenas más claro que la hierba, ya no se oía la orquesta ni el murmullo de voces. Era como si Clarisse y Peter se hubieran extinguido para siempre. Sólo la invisible montaña dejaba oír su grave voz ~~de~~ silencio.

Al día siguiente, al levantarse, Aledo, vió, con profundo goce, que el cielo aparecía diáfano y sutil, de un azul pálido y suave síntoma de buen tiempo según los montañeses del país.

Pidió, obtuvo y devoró en un santiamén, el desayuno. Tomó el bastón y el jersey y salió al encuentro de la montaña.

Subía lentamente por un sendero entre empinadas praderas. Dejó atrás el Kurthaus y una serie de hoteles que destacaban su mancha clara sobre el verde de los bosques y el poblado de Mürfen, encaramado en una loma.

Al pasar por detrás del Palace comenzó a caminar más despacio como si una fuerza difícil de vencer le retuviera en aquellos parajes.

A semejante hora Clarisse dormiría aún. Era agradable imaginársela lejos de sus eternos galanteadores y de la caballada Miss. Y triste, muy triste, renunciar a ella sin que antes le hubiera escuchado.

Si ahora de pronto Clarisse perdiera la hermosura y la fortuna (una parte de aquélla dependía de ésta, pensaba Esteban), el problema sería menos árduo. Ante una Clarisse libre del fatídico ambiente de los grandes hoteles, viviendo en una modesta pensión, Aledo se sintiera audaz. "Clarisse, ¿quieres ser mi mujer?" "Pero Esteban, soy una muchacha pobre, me gano la vida trabajando en una tienda de modas de Lille. He venido a Mürren a reponerme de las fatigas de la temporada de primavera. Ni siquiera puedo comprarme un ajuar decentito". "¿Qué me importa tu ajuar? Es tu cuerpo, es tu alma ~~las~~ que yo quiero. Se acabó el trabajar, Clarisse, Mira, cuando te cases conmigo te pondré criada. Cada año iremos a la

sierra. En España hay también hermosas montañas"¿

Mientras se abandonaba a estas ilusiones, Esteban iba caminando por la vereda del pasturaje, cada vez más angosta y empinada. El Palace quedó abajo, muy lejos ya. Veía sólo su ancha tedumbre por donde se esparcía el humo de las chimeneas y las verdes manchas de los parterres y arriates de la avenida. Detúvose un momento para respirar y contemplar el paisaje. La serranía parecía haberse elevado aún, haber tomado más majestad. Los gigantes alpinos: la Jungfrau, el Grimsel, el Loueche, el Finsteraar, el Monch, perfilaban sus picos nevados en el límpido azul del cielo. La nieve, iluminada por el sol, parecía sembrada de diamantes. A lo lejos, el glaciar de Aletch mostraba transparencias cristalinas semejantes a las del mar al pie de los cantiles. La espesa sombra de los horcajos y muelos de las estribaciones rocosas orientadas de este a sur, ponían manchas azul oscuro y ~~apan~~ cárdenas entre el ocre y el gris pizarroso de las aristas soleadas.

Grupos aislados de abetos quedaron atrás como la extrema retaguardia del mundo vegetal, con los últimos redodendros y gencianas silvestres y una pareja de aguza-nieves, extrema retaguardia del mundo animal.

A Esteban le parecía que llevaba siglos caminando, que se hallaba muy lejos de Mürren, del Palace y del Kurtheuss, que no tenía que volver más a ellos. Examinó su reloj de pulsera: marcaba las nueve y treinta y cinco. Creyó que se habría parado. Oyó su firme tic-tac, comprendió que sólo había caminado una hora y media. En aquel momento debía hallarse entre dos mil y dos mil quinientos metros de altitud. Tenía ansia de llegar a los tres mil y

saborear la sensación de esas alturas.

Abandonó la vereda, siguió pendiente arriba. Subía rápidamente, ora en línea recta, ora en zigzag para mantener el equilibrio. Llegó así al pie de un escarpamiento de rocas que sostenían un helero. Era la primera vez en su vida que le era dado contemplar de cerca semejante espectáculo. No podía calcular a qué distancia se hallaba de la nieve, le parecía que con un esfuerzo llegaría a tocar esa masa helada.

Mirando a lo alto por encima del helero, veía Esteban la atormentada crestería de las estribaciones montañosas y en frente, los picos enhiestos de las nieves eternas.

El espectáculo era formidable. Los vulgares ojos humanos no llegaban a abarcarlo y menos aún a comprenderlo. No era un paisaje hecho a la medida del hombre, era un paisaje para gigantes, para pulmones y corazones gigantescos, para piernas y tripas gigantescas. A Esteban la visión no le cabía en el pecho y suspiró muy hondo dejando resbalar la vista hacia regiones más humanas. Reposaron sus ojos en el verde oscuro de los bosques que deslizándose por las empinadas laderas iban a perderse en las profundidades del valle. Ocultos tras lomas y cerros, Mürren, Grindenwald, Wengen, Lauterbrunnen con sus hoteles, chalets-pensión, campos de criquet y pistas de tenis, se perdían en la hondanada y con ellos la sensación de vida social.

En derredor de Esteban, pedrejones de todos tamaños y formas desprendidos Dios sabe cuantos siglos atrás de esas cuencas rocosas que sirven de cuna a los glaciares, se hallaban al parecer en equilibrio sobre la escasa y amarillenta hierba quemada por las

nieves y el cierzo, como cadáveres incorruptos.

Todo evocaba allí la muerte, una muerte magnífica y majestuosa que dignificaba a sus víctimas. Pero Esteban recordaba con nostalgia las guijas que palpitan y brillan bajo el agua andarina y transparente de los arroyos. Porque el arroyo vive, decía Esteban, y los guijarros viven en el agua como los trigales viven en los tablares. Aquí todo está muerto: el agua, la piedra, la hierba... Hasta el silencio lo parece. Un silencio que no se ha interrumpido nunca, que nunca llegará a interrumpirse. Ese silencio llenaba el espacio, reposaba junto a las rocas, planaba sobre los glaciares, se cernía en derredor de las cumbres.

Aledo evocó el silencio del mar, que es en realidad una serenata de ondas persiguiéndose como las notas de un arpeggio o el silencio del bosque que no es tampoco silencio sino sinfonía selvática: flautas y caramillos las aves, arpa el riachuelo y el regato, violines y violas las hojas movidas por la brisa. El silencio de aquellas alturas era arquitectura de hueco como una catedral inconmensurable cuya bóveda fuera el infinito.

Esteban tuvo de pronto la sensación de que el mundo se dividía en dos zonas: la de las llanuras y los valles, la de las grandes altitudes. En la de abajo estaba la hierba tierna, el agua andarina, los bosques y los lagos, las flores, los pájaros y los frutos... en la de arriba sólo la dura piedra y el hielo, el silencio, la muerte...

Unos pasos más, se decía, y habré llegado al punto donde los dos mundos se dividen, unos pasos más y franquearé el umbral de la zona fría, muda y desierta donde se aprende quizás la renuncia, el desprendimiento, donde la imagen de Clarisse se empequeñezca y

se borre para siempre.

Siguió caminando por la hierba mística entre pedrejones esparcidos. Experimentaba una gran exaltación: seguir adelante, subir hasta el límite de sus fuerzas, llegar a no sabía donde... beber sorbo tras sorbo aquel espacio transparente y azul donde flotaba una pureza incomparable, hasta saciarse, hasta embriagarse...

La sola idea de volver atrás, de descender por esas pendientes pedregosas, alejarse de esos picos ingentes cuyo blancor le deslumbraba, era como una suprema cobardía, una renuncia vergonzosa.

Hasta entonces no había comprendido Esteban ese loco afán de los alpinistas que exponen la vida por la montaña. Pero al propio tiempo que se ponía a vibrar con ellos del anhelo de subir a las cumbres, entendía que no era sólo la voluntad de vencer obstáculos lo que les empujaba a luchar con la vertical, con la piedra y el hielo, sino algo más profundo a la par que misterioso. Aleo recordaba los tiempos en que aquellas montañas eran para él un efecto panorámico únicamente. Las contemplaba de lejos con una admiración pasajera como si la dirección general del turismo las hubiera colocado en el horizonte para atracción de forasteros. Desde la ciudad donde cursaba estudios, a más de veinte kilómetros en línea recta del Oberland, durante los días claros de otoño y de invierno, veíase el magnífico festón de las nieves perpetuas asomando su blancor deslumbrante por encima de un suavísimo paisaje de azules lagos, cerros y colinas verdeantes. Los estudiantes señalaban la cordillera con un gesto rápido y distraído acompañado de una exclamación casi obligada: ¡qué bonito! Y seguían declive

abajo hasta la Universidad Literaria donde la Cordillera Central perdía todo su valor ante la perspectiva de traducir a Cicerón o citar algún fragmento del famoso discurso de Isócrates.

Fué sólo unos años más tarde, influido por la lectura de varios libros de montaña, que Aledo decidió ir al Oberland. Pero hasta aquel preciso momento, no había sospechado siquiera que la magia de la montaña existiera como existía la magia del mar. Era algo que fascinaba y aturdió, algo que no podía traducirse con palabras. Aledo había creído que los héroes de los Alpes, iban allá empujados por el afán de conquista. Mirando esas cimas augustas, escuchando el majestuoso silencio de las alturas, comenzó a presentir esa fuerza misteriosa de atracción que no tiene nombre ni clase. Los vencedores de los más altos picos de la tierra no deseaban vencer ni conquistar. Lo que les empujaba hacia adelante era esa irresistible llamada de los espacios ilimitados a la cual no podían dejar de obedecer. Lo que el vulgo les atribuía como genialidad era sólo una casualidad fortuita. No eran hombres prácticos, calculadores, enérgicos y decididos, eran románticos, iluminados, locos, poetas...

Conquistar, vencer, palabras retumbantes y huecas indignas de los montañeses auténticos. Toda la viril y a menudo trágica historia de los héroes alpinos cabía en dos renglones:

Para los triunfadores:

LLEGADA A LA CUMBRE DEL MONTBLANC
CONQUISTA DE LA CUMBRE DEL MATTERHORN
VICTORIA SOBRE LA AGUJA VERDE

una fecha y uno o dos nombres que la mayoría de los excursionistas ignoraban.

Para los vencidos, esas lápidas verticales que se levantan en los pueblecillos alpinos al pie de los más célebres montes con una larga lista de víctimas del tremendo gigante que domina la localidad, muertos o desaparecidos en la montaña.

*

Uno tras otro los huéspedes del Kurthaus fueron entrando en el comedor, por grupos, por parejas, o solos; cada uno ocupó su sitio en la mesa que le correspondía. Monique, desde la suya, atisbaba la de Esteban. El español no había llegado aún.

Monique empezó a comer los entremeses con estudiada parsimonia. Siempre ponía especial cuidado en la manera de emplear el cuchillo y el tenedor. Se entregaba con cierta solemnidad al rito de comer y beber en público, como un sacerdote que oficia delante de los fieles. Ya había despachado el primer plato y la mesa de Esteban seguía vacía. El mantel, immaculado y tirante, la botella del vino, el jarro del agua, la servilleta doblada en forma de abanico, esperaban al que no venía. Resultaba un espectáculo deprimente. En todas las otras mesas, botellas y platos danzaban en manos de los camaradas y los cuchillos y los tenedores tintineaban entremezclando su alegre música al discreto murmullo de los comensales.

¿Dónde estaría Aledo? Si tenía la intención de ausentarse, ¿por qué se lo ocultaba a su mejor amiga y confidente? Su actitud de ayer noche era bastante incorrecta; desaparecer del comedor sin darle siquiera las buenas noches!

Los otros huéspedes no parecían prestar la menor atención a la ausencia de Aledo. A ninguno de esos jóvenes y muchachas que le demostraban simpatía, le hablaban a menudo, le invitaban a participar a sus salidas, se le había ocurrido pensar en un accidente. Pero ¿qué accidente? se decía de pronto Monique. ¿Qué clase de accidente puede ocurrirle a un hombre joven y sano que se limita a ir de un hotel a otro por la senda trazada en el césped o a lo sumo encaramarse durante media hora por la vereda del pasturaje hasta ~~los~~ dos mil metros de altitud?

Como la mayoría de los huéspedes, al terminar el almuerzo, Monique salió a la terraza para tomar café y fumar un cigarrillo. Aprovechando la ocasión, se acercó al grupo de los franceses que se habían reunido en un ángulo y discutían acaloradamente.

-¿Alguna excursión en perspectiva?

- Oh, no - contestó Yvonne - se trata de una partida de mallo.

Pierre explicó:

- Hombres contra mujeres.

- ¡Los vencimos! - exclamó triunfalmente la muñequita.

- Hicieron trampa, señora, igual que de costumbre.

Pierre miraba a Yvonne con adoración y agradecimiento como si el ser vencido por ella equivaliera a la mejor de las dichas.

Monique creyó llegado el momento de pronunciar el nombre de su amigo.

-¿No jugó Aledo con ustedes?

-¡Ni hablar! - saltó desdeñosamente Mademoiselle Le Sentier-
a ésa no se le puede arrancar del Palace.

-¿Notaron ustedes que no vino a comer?

Por los ojos de Yvonne pasó una nube de inquietud. Pierre saltó:

- Estará invitado a la mesa de Mademoiselle Lannoys. Tal vez los amoríos han entrado en la fase progresiva.

Después del café, Monique se retiró a su habitación donde permaneció leyendo hasta las cuatro. Luego bajó a tomar el té. La terraza estaba animadísima. El aroma de la exótica infusión se esparcía por el ambiente mezclada a la del tabaco rubio. Monique estuvo bebiendo ^{te} y fumando Goldflag hasta las cinco y cuarto. Viendo que Aledo seguía ausente, decidió subir al Palace. Tal vez Clarisse pudiera informarla de los motivos de esa ausencia. Pero en el Palace se estaba jugando el partido final de parejas mixtas del campeonato de tenis. Clarisse Lannoys y Miss Branford tenían sólo vista y oído para la pista.

Monique Reymond permaneció de pte entre el público, buscando con los ojos a Esteban Aledo. No se fijó siquiera en que uno de los héroes de la competición era Sikou Siu. Al oír la estruendosa salva de aplausos que señalaba el final del último set, Monique comprendió que había llegado el momento de acercarse a su amiga. Esta, al verla venir, le gritó con entusiasmo:

- ¡Qué maravilloso partido! Miss Temple y Sikou Siu han estado insuperables.

- Sí - disimuló Monique, no sin esfuerzo, - han jugado como ángeles.

- Ahora faltan los partidos finales de parejas masculinas. Siu tomará también parte en ellos.

La ginebrina aguardó unos momentos y viendo que Clarisse no

hablaba más de tenis se decidió a preguntar:

-¿Ha visto usted a Esteban Aledo?

- No...

Y sin darle importancia a la pregunta comentó con indiferencia:

- A Aledo no le interesa el tenis. Los españoles son poco deportivos en general. ¿No le parece?

- Es que... hoy no ha venido a comer.

- No tendrá apetito.

- Normalmente come con gusto, no creo que se salte una comida así como así.

- Estaría invitado a otro hotel.

Clarisse de pronto se animó

- Se habla de un gran baile en honor del conde de Volnyais, uno de los clientes más ricos del Palace. Supongo que aceptará usted la invitación.

Monique sonrió sin contestar.

-¡Deseo tanto su compañía! - exclamó Clarisse tomándole una mano.

-¿Compañía? - protestó la ginebrina extrañada.- Eso es lo que le sobra a usted precisamente.

- Si se refiere a la masculina, de acuerdo. Pero no tengo ninguna amiga.

-¿Y Miss Brantford?

- A Miss Brantford no puede considerarla siquiera como a compañera. Es... es... demasiado fisiológica.

Monique rió de buena gana. Luego se puso seria otra vez; no podía olvidar a Aledo. Con la esperanza de que durante su ausencia

hubiera llegado al Kurthaus se despidió de la señorita Lannoys encaminándose rápidamente al hotel.

No eran más de las siete y ya, en el comedor, algunas mesas estaban ocupadas. Monique entró casi con miedo pero así que hubo franqueado la puerta, el corazón empezó a latirle más aprisa. Aledo estaba allí, sentado a la mesa, tranquilo y sonriente. La primera idea de Monique fué correr a él, interrogarlo, increparle por su descastada conducta, pero reaccionó inmediatamente. Pasó de largo con la naturalidad más perfecta, dirigiéndole de lejos una inclinación de cabeza y una sonrisa. Esteban correspondió incorporándose del asiento mientras levantaba una mano a modo de saludo.

Monique disimulaba su agitación. Qué suerte, Esteban no se había caído al fondo de un barranco ni destrozado el cráneo, ni quebrado un miembro! Pero qué pena, comprobar que él no adivinaba su inquietud!

Examinándolo de soslayo, Monique creía descubrir en su rostro una expresión particular. Tenía la mirada absorta como hipnotizada y cuando dejaba de comer, una vaga sonrisa le ondulaba los labios.

De súbito Pierre Dufour le interpeló desde la mesa que ocupaba:

-¿Dónde ha estado usted todo el día?

- En la montaña.

?En la montaña? pensó la ginebrina, en la montaña estamos todos y no tenemos esa expresión de arrobamiento singular.

Ahora Pierre, de mesa a mesa, le estaba contando a Aledo las peripecias del partido de mallo. Yvonne intervino también desde su asiento. Luego, alguien, quizás René, aludió al partido de te-

nis del Palace. Por un momento la voz de los franceses llenó el comedor del Kurthaus, donde los suizos-alemanes, los holandeses y los ingleses comían en silencio con una absoluta y grave aplicación.

Monique escuchaba comentarios y chanzas con la esperanza de descubrir algo referente a la ausencia de Aledo. Pero Esteban no parecía dispuesto a librar su secreto a nadie.

Cuando terminaron de cenar, el español se acercó a Monique.

-¿Vamos a tomar café?

Sin esperar la contestación, la tomó afectuosamente por el brazo y comenzó a caminar. Monique no decía nada, estaba pensando que Esteban visto de cerca, aún más que de lejos, parecía transformado.

Pasaron al salón, escogieron una mesita y pidieron café. Esteban ofreció un Kamel a Monique.

- No, gracias, prefiero mis Goldflag.

Mientras Aledo le acercaba la cerilla, ella miraba aquella mano fuerte y nerviosa preguntándose si sería la de un director o jefe, la de un vulgar burócrata o la de un pensador o poeta.

-¿Qué habrá pensado usted de mí, Monique? - dijo el joven de pronto.

- Nada, - dijo ella sonriendo - no tengo derecho a pensar nada. Le eché de menos ayer noche y este mediodía. No sabía que tuviera proyectos inconfesables.

Los dos se echaron a reír.

- Ha dado usted en el clavo, amiga mía, mi fuga de anoche no era confesable.

Por el rostro de Monique pasó una nube.

- No se imagine usted disparates - suplicó Aledo.

Comenzó a relatar aquel impulso irreflexivo que le llevó al Palace bien decidido a hablar de amor a Clarisse.

Monique creyó comprender de pronto su expresión soñadora y abstraída.

- Y ?tuvo éxito?

- Ninguno. Clarisse no deseaba escuchar frases de amor, sólo bailar y flirtear como de costumbre. No sé que diabólico espíritu me llevó allí para mi tormento.

Monique seguía miréndolo sin comprender. Aledo le habló seguidamente de su salida matinal y de su absoluto olvido del tiempo.

- Me pasé todo el día en el monte sin acordarme del estómago. Fui a refugiarme a la montaña como un enfermo al sanatorio o un pecador al confesionario, dispuesto a enmendarme, a purificarme, a sanar.

-?Y lo consiguió?

- Todavía no, pero creo haber hallado el camino. La montaña se ha insinuado, me ha hecho presentir horizontes nuevos, me ha... ¿cómo decirlo? me ha tomado en su regazo.

Añadió mitad en broma mitad en serio:

- Ha principiado la lucha entre la mujer y la montaña.

Monique declaró sin gran convicción.

- Espero que vencerá la montaña.

*

Parecía decididamente otro hombre. No frecuentaba el Palace, no salía tampoco con Monique ni con el grupo de los franceses que

seguían organizando excursiones colectivas en las que no figuraban más que gente joven. Se entregaba en cuerpo y alma a la montaña. Cuando no estaba demasiado cansado, pasaba las veladas con Monique discutiendo acerca del absoluto, del amor, de la amistad...
Contaban ^{los} libros que se prestaban mutuamente, las piezas de música que ejecutaba el trío del Kurthaus, lo cual les llevaba a comparar los músicos clásicos a los románticos y modernos, los alemanes a los franceses y a los rusos. Aledo exaltaba la hermosura de la montaña, la paz y la libertad espiritual que en ella se gozaba y la fortaleza que se siente caminando enteramente solo por riscos y altiplanicies en oposición a la tremenda soledad que se experimenta entre los hervideros humanos de las grandes ciudades. Con aumento de audacia cada día, se alejaba más y más del poblado, atreviéndose ya con las primeras aristas y contrafuertes de los gigantes alpinos y por la noche describía sus emociones a Monique.

La ginebrina le hablaba a menudo del Palace y de sus morados. A veces le llevaba el saludo de Mademoiselle Lannoys y de Miss Brandford, le decía que la tertulia le echaba de menos. Aledo contestaba con un brusco alzamiento de hombros y una risita sardónica.

- Es usted demasiado inteligente Monique, para creer en esas paparruchas.

- No sé por qué lo serían - replicó la ginebrina con gravedad.- Allí se le aprecia a usted y se lamenta su ausencia sin explicársela.

-¡Bahé ?Qué explicación voy a darles? No la comprenderían.

- Lo que no comprenden es que no le quede una horita de vez en cuando para pasarla con ellos. Antes iba usted a la reunión a

diario.

- Clarisse sabe muy bien porque no voy. En cuanto a los otros... me importa un bledo lo que piensen de mí.

El rostro de Monique tomó un aire malicioso.

- Todos pensamos lo mismo: que está usted perdidamente enamorado de Clarisse y no es capaz de soportar que otros la cortejen.

Aledo parecía ir a enfadarse pero acabó por alzar los hombros.

- Bien, supongamos que aciertén. ¿Y qué?

- Un hombre civilizado...

Esteban interrumpió:

- No pretendo ser un hombre civilizado a la manera de ustedes.

Ella insitió:

- Un hombre civilizado, por lo menos en Europa, comprende y soporta que la mujer a quien quiere flirtee y coquettee libremente con los otros cuando no está comprometida con él.

- Yo lo soporto también - saltó Aledo.

- De lejos y por fuerza. Eso no es soportar, es huir.

- Bien. Aceptemos que huyo. Estoy en mi perfecto derecho, ¿no? Cada uno sabe donde le aprieta el zapato. Hasta donde puedo y quiero aguantar, lo sé yo mejor que los otros.

- Huir de una sociedad superficial y frívola - añadió - es propio de hombres cuerdos. Dejar el pecker, el bailoteo, los cocktails y los partidos de tenis por la naturaleza, es más digno de un hombre entero que de un pelele. Usted, Mademoiselle Lannoys y

Miss Brandford, es decir Suiza, Francia e Inglaterra reunidas, podrán tratarme de musulman y de salvaje pero entre Peter Moën, David Maddison, Sikou Siu, Henri Bonnard y yo, ¿quién es el hombre y quienes los fantoches?

Monique sonreía divertida.

-!Qué español es usted!

- En eso, como en lo otro, querida amiga, no trato de ser ni más ni menos de lo que soy.

Pasaron unos días más sin que Madame Raymond aludiera para nada a Clarisse. Aledo se entregaba más que nunca al excursionismo. Cuando la niebla o la lluvia le impedían salir, permanecía en el Kurthaus leyendo casi todo el día o compartiendo con la tertulia de los jóvenes alguno que otro juego de sociedad. Pero así que lucía el sol y el azul del cielo era ~~ni~~ pálido y algo brumoso, síntoma de buen tiempo, según los montañeses del Oberland, se vestía, desayunaba en un santiamén y salía con su bastón ferrado al encuentro de la montaña. Escogía cualquier vereda, la seguía a trechos. De pronto la abandonaba y subía directamente sin preocuparse de los obstáculos que se presentaban. Se libraba con entusiasmo a esos primeros ensayos de trepador. A ladera o roquedal traviesa, se encaramaba hasta el pie de las cresterías que alzaban sus tremendos muros obligándole de pronto a detenerse. Desde allí contemplaba casi a nivel, los glaciares de Finsteraar y de Aletch, la silueta agresiva del Eiger, la masa siniestra del Monch, la soberbia y deslumbrante vertiente sur de la Jungfrau. Cada cien metros de desnivel le procuraban una emoción nueva: el descubrimiento de un paso, congreso o gar-

ganta que le invitaban a deslizarse por ellos o un círculo de ~~estas~~ rocas que se prestaban a recogerse, a aislarse del resto del paisaje, a escuchar el zumbido del silencio y soñar.

Una mañana caminando por un terraplén pedregoso que terminaba en despeñadero, descubrió un pequeño campo de edelweiss y juntó unas cuantas en un manójo. Había visto a menudo esa flor alpina pero nunca en la propia mata. Sentíase orgulloso de haberla descubierto porque el mero hecho de llegar hasta aquel lugar remoto y escarpado, constituía ya una hazaña. Y se decía: "¡Qué pocos, que poquísimos ciudadanos pueden jactarse de haber hallado un campo de edelweiss!" Con ellas en la mano aquel ansia de dominar espacios, encaramarse por las pendientes casi verticales, gatear por las rocas, ganar altura y bordear precipicios, parecía calmarse. Desde que descubriera las florecillas alpinas no había dado un paso más ni mirado una sola vez a la montaña. Toda su atención estaba concentrada en la planta silvestre y no sabía por qué razón esas flores le devolvían el pensamiento a la sociedad de los hombres que abandonara a causa de Clarisse. Vióse de pronto con los ojos de su amada y comprendió con profundo pesar que su conducta era poco hábil, harto necia y desde luego impropia de un hombre que ama. ¿Por qué se había enfadado con Clarisse? ¿Por qué había desertado el Palace? Clarisse, cierto, no mostraba ninguna prisa de quedarse a solas con él y oír la declaración amorosa que le tenía preparada. Pero esa actitud indiferente y algo orgullosa no significaba, ni mucho menos, que no le quisiera. Era una actitud lógica y natural en una muchacha decente. ¿Qué habría pensado él mismo si a la primera insinuación

ella aceptara ponerse en evidencia, saliendo a la terraza o sentándose a una mesa sola con un hombre? Recordó que nunca le había hablado de amor. ¿Iba pues ella a echársele a los brazos? La culpa era suya por huir del Palace como si le hubiera picado una víbora.

Esa conducta, lo reconocía de repente, era más propia de un rústico que de un señor, y, sobre todo, poco inteligente. Con lo cual se venía abajo aquella seguridad de sí mismo que mostrara ante Monique al decirle que los otros pretendientes de Mademoiselle Lannoys eran unos fantoches y él solo, el hombre.

Había sido un estúpido obedeciendo al despecho y al mal humor, cuando el amor exige paciencia, perseverancia, humildad... Pierre Dufour parecía progresar paulatinamente en la estima de Yvonne, gracias a esas cualidades que poseía en alto grado. Cada día, cada hora tenían un valor determinado en la progresión de una conquista. Entesterse en triunfar a la primera batalla, era propio de malos luchadores.

Volvería al Palace, ofrecería el manojo de edelweiss a Clarisse. Así comprendería que no estaba ofendido con ella, que solo un exceso de amor le alejó momentáneamente.

Aceptó la idea en seguida y en seguida se sintió calmado. Los nervios y los músculos parecieron aflojar la tensión constante en que vivían desde la última vez que la viera. ¿A qué luchar más contra sí mismo? Después de una semana de violencia y de esfuerzo constante, diciéndose a todas horas: Prefiero la montaña a la mujer, había bastado el hallazgo de las edelweiss para hacerle comprender que era decididamente la mujer a quien prefería. Nunca sería un místico de la montaña como esos héroes

alpinos, vencidos o vencedores de las cumbres, cuyos nombres figuran en una lápida.

Deseaba regresar a Mürren lo antes posible porque de pronto la comunión con la montaña había cesado y el tiempo que pasara allí se le antojaba tiempo perdido.

No había ningún camino a la vista y no sabía como llegó al borde del despeñadero donde crecía la rústica flor de nieve. Era preciso trazarse un rumbo a través del pedregal y de la gleba y él hubiera querido volar.

Buscaba cuidadosamente el sitio donde posar la planta, se paraba de vez en cuando para descubrir la vereda del pasturaje por la cual tranquila y seguramente pudiera regresar a Mürren. Pero esos caminitillos que trazaban sinuosas curvas entre la hierba, pertenecían al mundo de los hombres que una hora antes trataba aún de olvidar.

Estuvo mucho rato siguiendo falsas pistas, sólo le conducían a nuevos despeñaderos. Avanzaba y retrocedía hasta que halló una congostra que en rápida pendiente y entre dos altos ribazos iba a parar a una vereda.

Aledo estrechaba en la mano el ramillete de edelweiss con una suerte de reconocimiento. Evitaba levantar la vista hacia las enhiestas cimas de las nieves perpetuas como si temiera de pronto verlas fruncir el ceño y manifestarle sus reproches. No olvidaba la tremenda fascinación que poco ha ejercían todavía sobre su ánimo y no comprendía que esas moles de tierra, piedra y hielo, hubieran dado luz y calor a su espíritu.

Dejaba de pensar en la montaña para imaginarse el momento

de entregar las edelweiss a Clarisse. Estudiaba las palabras que le diría, cuanto más sencillas mejor. ¿Cómo reaccionaría ella ante las flores? Aunque no desplegara los labios más que para sonreírle, se consideraría él pagado. Seguramente llevaría el ramillete a su habitación, lo pondría en un búcaro, lo miraría de vez en vez. Y al hacerlo, recordaría al que lo reuniera para ella y una cálida oleada de amor la envolvería. No hay mujer, por superficial y frígida que sea, que no se sienta halagada ante la prueba de la fidelidad amorosa de un hombre.

La serranía con sus ingentes picachos cubiertos de deslumbrante capa blanca, los tremendos riscos, las cuencas sombrías, los despeñaderos vertiginosos, no existían ya para Esteban. Iba pendiente abajo sin ver más que el lugar donde posaba la planta, tierra o guijarros resbaladizos. Procuraba pisar firme y no precipitarse, evitando así el torcerse un pié o dar un resbalón.

Al llegar al Kurthaus subió con prisa a la habitación. Temía hallar en el vestíbulo a una de las caprichosas muchachas del grupo de los franceses, sobre todo a Yvonne Le Sentier quien al descubrirlo con el ramillete de edelweiss, exclamaría: "¡Oh, qué extrañas y lindas florecillas!" Y él, entonces, se vería obligado a ofrecérselas. En aquel momento un encuentro con la encantadora muñequita se le antojaba más peligroso que ser asaltado por unos bandoleros en un camino solitario.

No le pareció oportuno presentarse al Palace aquel mismo día, Clarisse no estaba sola más que por la mañana, un rato después del desayuno. A esa hora solía salir a dar un paseíto por el bosque o se quedaba leyendo a Proust en la terraza. Era el

mejor momento para ofrecerle las edelweiss.

Aquella noche, al tomar con Monique la cotidiana taza de café, no le habló del precioso hallazgo ni de sus intenciones respecto a Mademoiselle Lannoys. De mencionar las flores, debería dárselas a ella si no quería pasar por grosero, y eso no era posible. Sin el famoso ramillete, ¿cómo iba a presentarse al Palace después de aquella ausencia injustificada?

Para disimular su turbación hablaba con fingido entusiasmo de los montes, de las excursiones cada vez más largas y difíciles que practicaba y del eficaz entrenamiento a que se libraba de unos días a esta parte.

- Pronto seré un aguerrido alpinista, Monique, - le decía mientras pensaba: "Pronto veré a Clarisse, pronto oiré su voz y respiraré aquel perfume embriagador que exhala toda su persona".

- ¿Ya ha escalado usted algún pico? - preguntó la ginebrina de pronto.

- Aun no.

- ¿Qué espera usted?

- No se...

Se sentía muy turbado, pero Monique no se apercibió de ello.

- Debería usted tomar un buen guía y subir por lo menor al Aiger.

- Un día de éstos voy a hacerlo - contestó.

Al levantarse Aledo y ver el firmamento diáfano y brillante, recordó que aquel día no se lo dedicaba a la montaña como los anteriores. Evocó las correrías por riscos y congostos, los amplios horizontes que divisaba desde alguna elevación excepcional, el aire fresco y puro y el sonoro silencio de aquellas regiones. Evocó también la independencia de su pensamiento cuando solo y libre recorría los montes. Le pesaba esa nueva dependencia que se había impuesto al renunciar a la montaña para volver al Palace. No estaba ya tan seguro como el día antes de obrar con cordura e inteligencia.

Mientras se rañuraba y peinaba, su mirada iba sin cesar al manojito de *edelweiss*. Dudaba de su poder sobre Clarisse y se decía que mejor fuera renunciar a ofrecérselas y volver tranquilamente a la montaña. Pero, al propio tiempo que lo pensaba sabía, con una certitud absoluta, que iba a obedecer al primer impulso como si hubiera dado ya su palabra de honor a alguien. Esa juiciosa voz interior que le ponía en guardia regateándole las posibilidades de éxito, podía ser la de la prudencia o la de la cobardía. Lo peor de todo era la duda, esa duda atroz que con el nuevo día se le filtraba en el ánimo oscureciéndole la esperanza.

Recordaba como pasó la tarde del día anterior: leyendo, fumando, jugando a las damas con Yvonne, charlando con Monique y con el grupo de los franceses. Lo que hizo no tenía la menor importancia pero si ese fuego interior, esa resplandeciente luz que animaba y caldeaba cada uno de sus actos. Le alentaba una alegría casi infantil haciéndolo amable y atractivo a todo el

mundo, especialmente a las mujeres.

Todas estas sensaciones habían volado y ahora quedaba sólo la duda y esa tremenda convicción de que no podía retroceder. Debía ir al Palace con el manojo de edelweiss como un guerrero de la edad media a combatir por el Santo Sepulcro.

Después del desayuno subió a buscar las flores y se encaminó al Palace. Las llevaba envueltas en un pañuelo y éste disimulado en un bolsillo de la chaqueta. No entró en el gran hotel sino que se sentó en un banco junto a una de las pistas de tenis y fingió gran interés por el partido de entrenamiento que estaban jugando dos aspirantes a campeones. Entre los espectadores se hallaba Miss Branford. Esteban no la perdió de vista hasta que surgió Mademoiselle Lannoys junto a ella. Clarisse se interesó en seguida por el partido. Señalaba a los jugadores con la cabeza mientras comentaba con cierto entusiasmo los lances del juego.

Al verla, Esteban se había puesto de pie sin decidirse a dar el primer paso. Clarisse era demasiado hermosa, vestía con demasiada elegancia, era algo raro, maravilloso, inaccesible.

De pronto ella le vió y su rostro expresó una alegría tan auténtica que Esteban se sintió crecer alas.

- Buenos días, Clarisse. Buenos días, Miss Branford.

Se estrecharon las manos.

- Wellcome, señor desaparecido.- dijo la francesita.

- Reaparecido, sería más propio - replicó alegremente Esteban.

En aquel momento no le quedaba ninguna duda: había acertado viniendo.

Miss Branford volvió a fijar su atención en los jugadores. Clarisse bajó la voz hasta darle un tono íntimo.

-¿Dónde estuviste escondido todos estos días?

-¿Escondido? Al contrario, respirando a todas horas el aire puro de los montes.

-¿Qué montes?

El señaló la serranía.

- Esos.

Miró en derredor, vió que todo el mundo pres^{ta}ba atención al partido, bajó la voz:

-¿Sabes a que vine esta mañana al Palace?-Sin darle tiempo a contestar, sacó rápidamente el pañuelo del bolsillo de la chaqueta, lo desplegó y mostró su contenido.

-¡Oh - exclamó Clarisse - edelweiss!

- Son para tí.

Ella las tomó con delicadeza.

-¡Edelweiss! - repitió.

-¿Te gustan?

Esteban no cabía en sí de contento. Ella no contestó, su rostro, generalmente sereno, algo impasible, se contrajo, sus pupilas gris-malva se oscurecieron.

-¡Edelweiss! - exclamó por tercera vez.- No puedes imaginarte, Esteban, como te lo agradezco. Desde que llegué a los Alpes me ilusionaba poseer estas flores pero no quería adquirirlas en una tienda ni comprarlas a un vendedor ambulante de esos que las bajan a veces del monte mezcladas a las jencianas y a los redodendros. Quería cojerlas yo misma, me dijeron que sólo crecen en lugares escarpados, generalmente al borde de los precipicios.

Me faltó valor de ir a por ellas.

- Ya vez que no ha sido necesario.

Esteban bajó la voz.

- Fui a la montaña para olvidarte y esas humildes florecillas me han traído de nuevo a tu lado.

Ella lo miraba con esa sombra de tristeza acentuada aún después de la última frase. Bajaba los párpados un momento y volvía en seguida a levantarlos sin dejar de fijar a Esteban.

Entretanto éste proseguía:

- Se hallaban a más de dos mil metros de altitud, lejos de los caminos hollados, entre congostos y roquedades. ¿Quién iba a decirles, pobres flores silvestres, que surgiría un desalmado extranjero a retorcerles el pescuezo para ofrecértelas? - Y al decir esto miraba a Clarisse con una expresión tan profundamente amorosa, que la joven se puso a temblar.

- Oye, Esteban...

Demasiado tarde, él se había ya inclinado hacia ella y en un susurro le decía:

- Si supieras, Clarisse, como te...

Ella interrumpió:

- Ya sé, Esteban.

- ¿Qué sabes?

- Sé que me quieres, sé que tu amor es serio y profundo.

- Si, Clarisse, te quiero como no quise ni querré nunca a nadie. Y lo peor es que no sé por qué. Es más fuerte que mi pensamiento, que mi voluntad. Si fueras pobre y estuvieras enferma, si perdieras la hermosura, te quisiera más aún. Y no es la vanidad de lucirte ni el deseo de poseerte es, al contrario, ansia de con-

sagrarte mi vida entera, trabajar para tí, vivir sólo para tí.

La joven suspiró:

- Yo no merezco ese amor, Esteban.

- Debes de merecerlo cuando lo inspiras.

Y añadió casi con desespero.

-¿Por qué no pruebas de amarme, Clarisse?

Antes de contestar mirólo ella larga e intensamente. Después dijo con lentitud y con pesar.

- No puedo.

El universo quedó de repente sin luz, sin aire, sin calor. No puedo, repetía la hierba, los abetos, las cimas nevadas y el infinito. No puedo, no puedo, no puedo repetía una voz en el interior de Aledo mientras su carne desfallecía.

- Para mí la vida no tiene el mismo sentido que para tí, Esteban. Lo profundo y grave me asusta. Por eso me complazco en compañía de Monsieur Bonnard, ese payaso cínico y de David Madison, el niño mal educado incapaz, como yo, de tomarse la vida en serio.

A Esteban comenzaron a temblar~~le~~le los labios.

- Tal vez Peter Möen se la tome también en serio - dijo.

- Quizás. Pero él no es impulsivo ni absoluto, como tú.

A él se le puede hacer cualquier trastada y decir la peor impertinencia sin que abra la boca o mueva un dedo para protestar o quejarse.

- Tiene espléndidas tragaderas - observó Aledo con amargura.

- Sentiré como cualquier otro, quizás más que la mayoría,

pero no se manifiesta.

- ¿Lo opuesto a mí?

- Eso es, lo opuesto a tí. Menos interesante que tu, sin duda, pero más... más confortable.

- Y Sikou Siu, ¿es también confortable?

Al parecer satisfecha del giro que tomaba la conversación, Clarisse se echó a reír.

- Eso no, todo lo contrario.

- ¿Qué cualidades tiene Sikou Siu para que lo prefieras a los otros?

- ¿Quién te ha dicho que lo prefiero?

- A la legua se ve.

- Mira, Esteban, voy a ser franca contigo. Sé que eres enteramente sincero cuando dices que me quieres como no has querido a nadie y también, aunque te equivoques, cuando pretendes que no querrás a nadie como a mí. Te lo agradezco de veras y por eso quiero corresponder ayudándote a comprenderme y... a perdonarme. Sikou Siu me atrae más que tu.

Vió a Esteban palidecer hasta la raíz del cabello, se apresuró a añadir:

- Pero a tí te quiero más.

Aledo sentía una especie de vértigo. Las palabras de Clarisse se le antojaban diabólicas pero la expresión de la joven era la de un ángel de caridad y de dulzura. Tal vez sea inconsciente, pensó.

- Lo que Sikou Siu me inspira es una especie de fascinación. Me atrae como una soga y al propio tiempo me espanta.

- ¡Por favor! - rugió casi Aledo - no más detalles de es-

ta clase.

- Te hablo como a un hermano.

- No quiero ser tu hermano.

-!Qué aspereza! - suspiró Clarisse.

- Es preferible la aspereza de un cardo a la viscosidad de una medusa. Ese hombre es sensual y pervertido, muy peligroso para una muchacha joven y libre como tú.

Clarisse Lannoys se encogió de hombros, sonrió con desdén.

- Mi educación me permite frecuentar a cualquier hombre por pervertido que sea sin que peligre ni mi seguridad ni mi honra. Como decís en España - añadió con cierta ironía.

Esteban pasó por alto las últimas palabras.

-?Te ha hablado él de matrimonio?

- Siu está ya casado en su isla. Claro que podría divorciar pero no creo que lo desee. Flor de Ambar es una esposa modelo, la madre de sus hijos, una mujercita casta y humilde que le espera bordando flores a la puerta de su Kiosco señorial.

Aledo completó con sorna:

- Y, entre puntada y puntada, levanta los ojos al mar atalayando el barco que ha de devolverle al esposo.

- Como Madame Butterflay - dijo riendo Clarisse.

Pero Esteban no parecía dispuesto a continuar bromeando.

-?Y por ese hombre me desprecias a mí?

- No te desprecio.

- Bueno pues, es por ese... por esa especie de atracción que te inspira que no me aceptas a mí?

-?Aceptar? ?Qué entiendes ^{tú} por aceptar?

- Ya lo sabes, ser mi esposa.

Clarisse sonrió tristemente.

- El programa no me seduce, Soy muy joven para ponerme el dogal al cuello.

Como él callara con la mirada en el vacío, ella continuó:

- Me gusta la libertad, el viaje, el flirteo, todas cosas opuestas al matrimonio.

Dijo él con despecho.

- Si fuera rico, ¿hablarías así?

- Ah, pero ¿no eres rico? ignoraba este detalle.

Alzó desdeñosamente los hombros.

- Eso me tiene sin cuidado, Esteban. Soy lo bastante rica para reirme de la fortuna de los demás. No necesito casarme para que el marido pague mis caprichos.

- Si fueras pobre -suspiró Aledo - modistilla o dependienta de comercio, mi amor te conmovería, aceptarías ser mi esposa.

- No - exclamó ella vivamente - no. Mientras fuera joven y linda no aceptaría la mano de nadie. Tal vez lo hiciera si fuese fea, contrahecha o tonta. La hermosura y la juventud son un tesoro que una mujer inteligente puede explotar sin ligarse a un hombre para toda la vida.

Aledo la miraba agobiado. Clarisse trató de consolarlo.

- Olvídame, querido, olvídame. En el mundo hay infinidad de muchachas que valen más que yo.

Añadió sonriendo.

- ¿Amigos?

Puso una mano sobre la que Aledo tenía crispada en el respaldo del banco de pista.

- Si no quieres ser amigo mío, seamos... no sé, algo más sin llegar a novios. Tengamos una amistad amorosa, ¿quieres?

Seguía acariciándole la mano y a cada nuevo contacto Esteban se sentía como amansado y adormecido. Pero de pronto reaccionó, apartó bruscamente el brazo, miró a Clarisse con severidad. Alzó ella los hombros y se puso a oler las flores.

- Oye, Esteban, todo lo que te he dicho es verdad. Pero me temo que no puedas perdonármelo.

Viendo a Aledo con el rostro crispado y pálido, añadió:

- Nada de esto disminuye el agradecimiento que te tengo por el manojito de edelweiss.

La sangre fluía velozmente a las sienas de Aledo hinchándole una vena que palpitaba a un ritmo salvaje. Permanecía inmóvil con los brazos caídos y la mirada sombría.

- No te pongas dramático, Esteban, estamos llamando la atención.

El la miró como si de pronto saliera de un mundo de tinieblas para entrar en otro de sombras.

-¿Qué quieres decir?

- Digo que le tengo horror al drama.

Sonrió él amargamente.

- Perdón. A mí me sucede lo mismo con el drama de los otros, el mío he de aguantarlo por fuerza.

Se inclinó profundamente.

- Adios Clarisse.

Ella lo cogió por una manga.

- Adios no, a más ver. Supongo que no vas a dejarte per-

der el baile que el director del Palace ofrece al conde de Volnyaia, uno de nuestros mejores clientes.-Estas últimas palabras fueron pronunciadas imitando el acento alemán del director. Esteban hubo de sonreír.

- Suposición absurda, querida - respondió él imitando a su vez ese tono superficial y pedante de cierta clase social.- No vendré porque el bailar no me interesa.

- Pero te intereso yo y bailaremos una infinidad de tangos.

- Tu me interesas pero no tanguendo precisamente. Así es que (y al decir esto púsose de nuevo dramático) vale más que nos despedamos ahora mismo.

-¿Despedirnos? ¿Te marchas ya?

- A últimos de la semana que viene.

- Y ¿volverás el año próximo?

- Supongo que no. En mi país también hay hermosas montañas.

- Pero sin edelweiss; - susurró ella acariciando el ramillete con los labios.

- Prescindiré de las edelweiss.

Clarisse miraba ahora las rústicas florecillas.

- Parecen de terciopelo - exclamó. Y bajando mucho la voz:

-¿Vas a seguir encaramándote a las montañas?

-¿Qué otro recurso me queda? Las montañas son mucho más humanas que tu.

- No acepto despedirme definitivamente de tí - dijo Clarisse - quiero pedirte que si encuentras más edelweiss, me

traigas otro manojo.

- Te lo prometo.

- Entonces !buena suerte!

Tomó la mano de Aledo, la apretó con suavidad.

-?Podrás perdonarme alguna vez el mal que te hago?

- Te perdono ahora mismo.

- Procura olvidarme, Esteban.

- Descuida, pondré toda mi alma en ello.

Aledo comenzó a caminar. Seguía la vereda del pasturaje pendiente arriba. Tal vez tuviera tiempo aún de encaramarse hasta las alturas donde la grandiosidad del paisaje le permitiera olvidar a Clarisse.

Ella le seguía con la mirada. Le vió subir rápidamente, entrar y desaparecer en un bosquecillo de abetos. Reapareció más tarde costeano una loma. Su silueta se empequeñecía sin dejar de destacarse sobre el tierno verde de los pastos. A un momento dado pareció seguir una cresta rocosa. La insignificancia y movediza figurilla del hombre, resaltaba en el azulado vacío. Esa figurilla se fué diluyendo mientras ganaba altura y más altura hasta que desapareció del todo.

Entonces el pesar invadió el alma de Clarisse. Le parecía de pronto que todo estaba muerto o falseado a su derredor, que solo esa mancha borrosa tenía vida y luz en la gran vaciedad del universo.

Llevaba Aledo un buen rato alejado de senderos y veredas cuando el bancal, por el que caminaba, terminó bruscamente en cornisa. Se trataba de un paso muy estrecho entre un muro de roca y un tajo profundo en el fondo del cual veíase una torrentera seca y pedregosa. La hosca y esquiva naturaleza lograba ya, al provocarlo, imponérsele al pensamiento, desterrando de él la imagen de Clarisse.

Se aventuró por el difícil paso sin vacilar y, pronto comprendió con angustia, que ya no podía retroceder. Había espacio justo para el cuerpo siempre y cuando éste permaneciera en la misma posición. La vacilación más insignificante del equilibrio lo precipitaría a la sima. Tenía las manos sudadas y el corazón desbocado. Si esas palmas viscosas que se apoyaban en la piedra fueran a resbalar... Si uno de esos pies que tanteaban a ciegas en la tierra resbaladiza se desviara de unos centímetros o se apoyara en falso...

Todavía unos pasos más y estaría a salvo, pero esos pasos habían de ser cautos, lentos, hábiles, sin impaciencia ni nerviosismo.

A dos metros escasos la cornisa terminaba en gleba sembrada de pedruscos. ¡Un par de metros! ¡Qué tremendamente largos parecían! Estaban extremaba las precauciones. Por fin puso un pie, luego otro en el terreno firme, enjugóse el sudor de la frente y de las manos, miró atrás con apreciativa mirada. ¡Bah, veinte o treinta pasitos peligrosos! Pero aún le temblaban las piernas. ¡Qué majadería haberse expuesto a escalabrarse cuando

el mundo era tan hermoso! Hasta aquel preciso momento no se había fijado en ello, como si desde el otro lado del barranco, el aspecto de las cosas fuera diferente. En una atmósfera traslúcida y vibrátil, el perfil de los montes se recortaba como una estampa en el azul del cielo. El blancor de la nieve era fresco y brillante, los glaciares despedían destellos irisados y cegadores, en las hondonadas flotaba la luz azul-morada del vacío y más abajo, el verde oscuro de los bosques alternaba con el tierno de las colinas.

Pero Clarise no le amaba, Clarisse no estaría nunca junto a él, no vibraría con él ante la arrebatadora hermosura de la serranía alpina. Y otra vez sintió lo que sintiera ya la primera vez: que el paisaje era excesivo para un pobre hombre solo. La magnitud de la montaña, la calidad del silencio y la luminosidad que flotaban en el espacio, resultaba en brevaaje demasiado fuerte. Hubiera querido más que nunca, ahora que Clarisse le privó de toda esperanza, ser lo bastante fuerte, incoercible y entero para frecuentar y saborear aquellas magnas soledades. Pero se sentía achicado y triste, impotente y desesperado.

Evocó a los héroes alpinos y pensó que, decididamente, ellos y él no eran de la misma laya. Se avergonzó al recordar que poco tiempo atrás se creía aún un auténtico amante de la montaña capaz de entregarse a ella intensa y absolutamente como esos hombres de que le hablaba Monique. ¿Donde estaría ahora si Clarisse le hubiera dado una esperanza? A su lado, en el Palacio, entre esa sociedad misma que trató de menospreciar, sorbiéndose las palabras y los gestos que ella se dignara dedicarle. Se echó a reír con amargura: "Esteban Aledo, tu no mereces llegar

a alpinista. Eres, mísero de tí, un forzado de la montaña, un réprobo condenado a la montaña".

Vió un pedregal en rápido declive, comenzó a trepar por él sin encomendarse a Dios ni al diablo. Los primeros pasos fueron relativamente fáciles ya que la parte baja de la pendiente se componía de una apiñada masa de cantos sueltos asentados los unos en los otros. Unos metros más arriba, el pedregal era movedizo y Aledo avanzaba con pena. Comprendió que se había metido en un nuevo atolladero. Ni siquiera se le ocurrió retroceder. Echó de menos el batón que le acompañaba siempre en sus correrías. Recordó que al salir del Kurthaus no se proponía luchar con los accidentes del terreno sino ofrecer un manojito de edelweiss a una muchacha.

Se puso a gatear sobre los cantos, pero estos se desprendían del montón con repiqueteo de castañuelas, arrastrando al escalador. Serenidad y método, había dicho Monique hablando del alpinismo.

Aledo trepaba ahora a la máxima velocidad apoyándose en las puntas de los pies, en las manos y en las rodillas. Sentía un ardor intenso en las yemas de los dedos y escozor en un muslo que asomaba por el pantalón desgarrado. ¡Adiós, traje!, pensó. Pobre madre, ni tu paciencia ni tu maña lograrán esta vez adecentarlo.

Si Monique le viera andando a gatas por los cantos, ¿qué opinión formaría de esos nuevos métodos montañeros?

Volvió a pensar en Clarisse, se la imaginaba vestida para el baile en honor del conde de Volnyaia. Lucía un traje de tul blanco bordado con hilos plateados y en la mano llevaba el ma-

nojo de edelweiss.

Dió un nuevo resbalón. Entonces se indignó con el pedregal. Lo consideró un adversario testarudo y traidor. Braceó y pierneó con más ardor que nunca. Los cantos emprendieron veloz y precipitada carrera de declive abajo. Pero no tenían ya ~~ni~~ poder de parar aquel desesperado avance. El pie o la mano que los movía estaba ya en otro sitio cuando los cantos se precipitaban al fondo.

Cuando llegó al terreno rocoso que se hallaba en la parte alta del vertedero, se dejó caer en el suelo, boca arriba, con todo el cuerpo sudado y palpitante. Cerró los ojos y respiró profundamente. El corazón se le iba calmando y un bien estar inefable se extendía por todo su ser. Gozaba al absorber el aire, sentíalo deslizarse por la boca y por la garganta, extenderse por los pulmones... Entraba, salía, volvía a entrar, volvía a salir. El zumbido del silencio llenaba el espacio procurándole la sensación de estar solo en el universo, libre de trabas y de lastres. Pero pronto se cansó de la posición yacente, abrió los ojos, se apoyó sobre un codo y levantó la mirada al cielo. Vivir, vivir, pensaba, respirar este aire fresco y puro, este aire que nadie ha respirado aún y que quizás nadie después de mí, respirará. Cada nervio y cada músculo de su cuerpo le decían: "Somos tus aliados, tus huestes guerreras en la lucha con la montaña. Ya ves que no fallamos en los momentos difíciles. Los latidos regulares del corazón le comunicaban una fuerza y una seguridad deliciosas. La sangre le corría rápida y fácilmente por las venas golpeándole las muñecas y las sienes a un ritmo moderado.

!Qué silencio!!Qué soledad! En todo lo que abarcaba la vista no se veía un ser viviente. La mirada y el oído podían soslayar hacia todos lados sin hallar la menor huella del paso del hombre. Ni una barraca de pastor ni un campo labrado o de pasturaje ni un atajuelo que testimoniara la existencia de la cristura trashumante.

Mirando fijamente a uno de esos montes, tal vez al Monch, descubrió un pequeño helero en pendiente y en la blancura de la nieve amontonada, una mancha oscura, que se le antojó movediza. Suponiendo que fuera un hombre ¿cómo habría llegado hasta allí? Y ¿qué demonio andaba buscando por aquellos andurriales? Aledo se sentía el más ridículo de los alpinistas comparado a ese intrépido escalador situado a mil metros más arriba.

Pero la mancha oscura debía ser una grieta del hielo o una morena. Aunque un momento después volvió Aledo a tener la sensación de que realmente se movía. Le apartó la vista diciéndose que esa obsesionante movilidad sería quizás un efecto de óptica producido por el esfuerzo de los ojos y la distancia.

¿Quién sabe si Clarisse acabaría casándose con Sikou Siu? Esa clase de gente se divorcian con una facilidad asombrosa.

El ~~manana~~ resquemor de los celos le hacía estremecer cada vez que recordaba la confesión de Clarisse. Sikou Siu me atrae más que tu. !Qué cinismo para una muchacha tan joven!

Volvía a mirar al helero. Allí estaba la mancha oscura siempre en el mismo lugar destacando su forma incierta sobre la nieve helada. Aledo comprendió de pronto que desde el lugar donde se hallaba colocado, una silueta humana no podía verse a simple vista. !Al diablo con la imaginación!

De pronto se acordó del almuerzo, consultó el reloj pulsera: eran las dos. No pudo menos de reirse de sí mismo. Los huéspedes del Kurthaus debían tener ya la comida digerida. Monique volvería a notar su ausencia pero nadie sufriría como hubiera sucedido a su ~~pobre~~ madre en iguales circunstancias. ¡Pobre señora! cuantas veces la hizo esperar y la encontró asomada a la puerta, con el rostro desencajado y las lágrimas deslizándosele por las mejillas.

Recordó con remordimiento que de un tiempo a esta parte apenas se acordaba de ella, apenas le escribía. La evocaba de vez en vez de una manera rápida y vaga como se evoca a algo muy dulce pero inexistente, perdido o muerto. Se sentía muy lejos de casa y del país. Los veía como desde la cubierta de un barco que acaba de soltar la amarra: Una costa borrosa en lontananzas a la que no se espera volver más. Sentíase desarraigado de todo, como si hubiera nacido en el mar o en el aire y su patria fuera el espacio, con ansia de vincularse a algo nuevo sencillo y acogedor: algo que lo curase de esa obsesión. Como si la vida volviera a comenzar para él: ser otro hombre entre otros hombres. Hubiera podido permanecer allí mismo, entre esos altísimos montes viviendo al fondo de uno de sus estrechos valles. Esperar allí el otoño y el invierno con sus rigores y su melancolía, trabajar en cualquier cosa, hacerse un alma nueva. La gente del país hablaba un dialecto áspero y gutural que Aledo no comprendía. Pero ¿qué importaba el ~~habla~~ ^{lenguaje} de los hombres? No eran las palabras las que podían curar su tremendo desencanto ni los hombres con sus ideas y sus consuelos los que le devolvieran su

perdida fe en la dicha.

En busca de ella fué a la montaña saturado de entusiasmo y esperanza para embarrancar en la estupidez de ese amor imposible.

Y volvía a mirar a la serranía esperando aún de ella, confiando en su bálsamo. El lenguaje de la montaña era el lenguaje de Dios aquel que alude el Evangelio. No había escuelas para enseñarlo ni necesidad de aprenderlo. Y le parecía que la montaña le estaba hablando y que él de nuevo volvía a comprenderla. Después de todo ¿quien sabe? Tal vez Clarisse no fuera el centro del universo.

Maquinalmente se puso en pié. Ya no atalayaba las cimas inconquistables sino a lo hondo del valle donde estaba el mundo de los fracasados y los mediocres: Mürren, el Palace, el Kurthaus y los demás hoteles y pensiones, las tiendecillas con pañuelos rameados, osos y chalets de madera, encajes de Lauterbrunn, paraíso de veraneantes y turistas.

Descendía a grandes zancadas hacia los senderos trillados por donde suben y bajan los rebaños y los pastores para ir y volver del pasturaje y hacia los grandes bosques de abetos que extienden su masa sombría por la falda de los montes. Se cruzó con un grupo de guías silenciosos y hoscos. Estaban los saludó en francés, ellos correspondieron en dialecto local. ¿A dónde irían así equipados con palas, picos y cuerdas? Sin duda a la búsqueda de algún desaparecido. El camino sería largo e incierto, penoso y sembrado de peligros. Ninguno de estos hombres lo ignoraba, sin embargo, lo afrontaban con serenidad y decisión. Los guías no eran unos fracasados como él. Si amaban a alguna

mujer, en aquel momento la habían olvidado. Podían medirse con la montaña y tratar de arrancarle su presa.

Ya estaba otra vez cerca del Palace. Veía desde la colina, por cuya ladera se deslizaba, el gran edificio y las pistas de tenis donde figurillas blancas triscaban entre bosquecillos de abetos.

En el cruce del senderuelo con la avenida del gran hotel, se encontró de manos a boca con Clarisse y Siu al parecer de retorno de un paseo por el bosque. Pensaba pasar de largo sin otra manifestación de civilidad que una inclinación de cabeza, cuando Clarisse exclamó:

- Hola, Esteban.

No ~~hubo~~ ^{me} remedio que pararse. Ella lo miró con extrañeza.

-¿Qué te ha sucedido?

- Nada. ¿Por qué?

La joven le señaló el pantalón desgarrado, la chaqueta arrugada y sucia.

-¿Qué hiciste?

- Resbalé por un pedregal.

Seguía mirándolo con curiosidad. Acababa de descubrir que las puntas de sus zapatos rubios aparecían peladas por los cantos y los calcetines llenos de tierra.

-¡Cómo te has puesto!

Esteban alzó los hombros con indiferencia.

-¿No has regresado aún al Kurthaus desde esta mañana?

- No.

-¿Y no almorzaste?

- Cenaré el doble y listos.

Quiso ponerse en marcha pero Clarisse lo retuvo aún.

- Oye, Esteban, ¿sabes que para el baile de mañana voy a lucir tus edelweiss?

- Me alegro - dijo Aledo tratando de ocultar su emoción.

Ella explicó:

- Esas florecillas blancas le sientan a maravilla a mi traje azul celeste.

-¿Azul celeste?

-¿No te agrada ese color?

- Azul celeste - repitió como en sueños.

- Es un matiz precioso que le sienta muy bien a las rubias - intervino el pintor.

Clarisse explicó:

- Todo el mundo sabe en el Palace que luciré esas flores. Monsieur Bonnard me llama ya La dama de las edelweiss.

-Sin relación con Alejandro Dumas - explicó Siyou Siu.

- Buenas tardes - dijo Aledo inclinándose ligeramente.

Y volviéndoles la espalda, comenzó a caminar.

-¡Esteban!

El joven se paró.

- No te olvides de traerme más edelweiss.

- Descuida, no lo olvidaré.

Los grandes hoteles situados a mil quinientos y a dos mil metros de altitud, encendieron las lucen que brillaron en la noche, lejos unos de otros, como joyeles esparcidos por la serranía. También, uno tras otro, se iluminaron, como humildes sagrarios, uno aquí, otro allá, Mürren, Wengenralp, Gríesalp, Trümmelbach, Allemendhubel. Las gigantescas cumbres dels Finsteraar, del Eiger, de la Jungfrau y del Monch proyectaban la sombra de su enorme mole sobre las hondonadas y altozanos, sobre los cerros y las colinas sumiéndolos en una noche todavía más cerrada en la cual parpadeaban las trémulas luminerías de los poblados y los hoteles.

El fulgor del Palace eclipsaba a todos los otros. Cada ventana, como una llama viva, esparcía y unía sus reflejos formando una sola luz resplandeciente.

Desde la parte alta de Lauterbrunnen, desde Grindelwal, desde Wengen, desde cada aldehuela acurrucada en la falda de los montes y desde las manidas de los pastores y queseros perdidas en lo alto del pasturaje al pie de los tremendos despeñaderos, ese resplandor atraía todas las miradas.

- Es el Gran Hotel de Mürren - le decía el rabadán al zagal que se negaba a entrar en el refugio deslumbrado por el asca del Palace. Estaba tiritando de frío envuelto en un grueso sayo de burda lana de los Alpes.

-!A la cama zagal!

La silueta alta y huesuda del hombre se levantó detrás del chico a la sombra de la construcción de madera, par aque-

lias alturas frías y desiertas.

- Debe celebrarse una fiesta en el Gran Hotel - decía nostálgico el pastorcillo.

- Si, claro, los veraneantes se divierten.

Había no sé qué de irónicamente amargo en la voz viril, algo ronca.

- Yo también quisiera divertirme - suspiró el zagalillo.

- Lo harás mañana flauteando Mi Chalet en la armónica.

- Otras cosas flautearé - replicó el joven.

- Pronto principiará la música allá abajo - añadió.

- Aquí no llega más música que el estruendo de los aludes.

- El que tenga oídos puede oír.

Resonó una risa seca y dura allá en el hondo de la manida.

- Imaginaciones tuyas, zagal, hasta estos páramos no sube el eco de los hombres.

Había vuelto a acercarse a la puerta. El joven afirmó con entusiasmo:

- Sube la del Palace, cada noche. Tengo ya aprendidas más de una tonada este verano. ¿Quiere que se lo demuestre ahora mismo?

- A la cama, zagal.

- No piensa usted más que en la cama.

- Es que debemos levantarnos con el día.

Suspiró el joven.

- Triste vida la del pastor! En otoño, invierno y primavera vivimos allí abajo entre nieblas y hielos, pelándonos de frío y de asco sin otra diversión que el calor de la cama y los

sermones del reverendo. En verano cuando nace, crece y huele la hierba, las praderas se cubren de flores y de mariposas y las chicas lucen pecheras y brazos desnudos, nosotros solos en estos páramos, esclavos del rebaño.

Después de su discurso el pastorcillo volvió a suspirar. El rabadán dijo:

- Quédate si quieres a contemplar las estrellas, yo me voy a mi catre.

- Otras veces contemplo las estrellas y pienso en mi rapaza que vive en Allemendhubel, hoy no.

- Desde aquí se ven también las luces de Allmendhubel.

- Sólo tengo ojos para el Palace y mis dedos siguen a mis ojos.

- Como quieras, zagal.

- Que te diviertas mucho en el Palace - añadió con ironía.

Oyéronse las recias pisadas de claveteadas botas en el enterimado y de nuevo la voz profunda y algo ronca del hombre llegó hasta fuera.

- Cierra, zagal, se apagó el fuego y esto se está poniendo frío.

Obedeció el pastor, luego se arropó en su sayal, acurrucóse en el dintel con la espalda apoyada en la puerta. Se le dilataron las pupilas al fijarse en el ascua centelleante del Gran Hotel mientras aguzaba el oído para captar las ondas sonoras que se escaparían por las ventanas, se esparcirían por el valle, subirían entrecortadas de silencios hasta aquellas abruptas alturas: la voz del clarinete, tres o cuatro notas de oboe o del saxofono y el subrayado del contrabajo.

La reunión mundana del Palace constituía para el zagal un acontecimiento mucho más importante que para cualquier habitante del propio hotel comenzando por el conde de Volnyaia, héroe y pagano de la fiesta, el cual la olvidaría a más tardar dos o tres días después, lo mismo que la mayoría de los invitados. En cambio el joven pastor seguiría recordándola con nostalgia día tras día, semana tras semana hasta el final del verano, cuando al reunirse los hatos bajarán de nuevo a las tierras habitadas. Y ¿quien sabe? Tal vez no la olvidara en muchos años. Probaría una y otra vez de reproducir en la armónica algún fragmento de las tonadas oídas, mientras se imaginaba a su zagala ataviada con sedas y tules y él, enlazándola por el talle y evolucionando por el deslumbrante salón de resbaladizo y reluciente entarimado.

En Allmendhubel, en Trümmelbach, en Griesalp, en Wengeralp y en uno o dos de esos caseríos encaramados en las grandes altitudes alpinas, otros jóvenes corazones como el del zagal, latían más aprisa que de costumbre y otras pupilas se dilataban avizorando la espléndida iluminación del Palace. Otros oídos soslayaban también en la quietud del amplio valle, el eco de ritmos y de melodías. Luz y sonido, viajaban a distancias inverosímiles. Llevaban a esas aldeas donde de enero a diciembre la gente nace, procrea, enferma y muere sin nada más de particular, una palpitación de la vida mundana que ellos se imaginaban como un relato de las mil y una noches.

El reflejo y el eco de la fiesta en honor del conde de Volnyaia, podía también verse y oírse, aunque con menos bri-

llantez, desde los refugios alpinos en los que pasaban a menudo la noche los escaladores del Eiger o del Monch antes de emprender de madrugada la última etapa de la ascensión. Y ¿por qué no admitir la posibilidad de que los ecos casi mágicos de la orquesta del Palace, a través de esa quieta noche de verano, llegaran también hasta los oídos de algún moribundo ignorado y solo en su lecho de piedra o hielo? La baja temperatura de las grandes altitudes alpinas habría adormecido el dolor de las heridas sumiéndolo en una especie de torpor delicioso gracias al cual el lejano trompeteo del jazz se confundiera con las voces de los ángeles.

Vista de cerca la fiesta del Palace resultaba en realidad muy lucida. Las mujeres, ataviadas con trajes firmados por los mejores modistos parisinos, unos sencillos y elegantes, otros complicados y charros, producían un efecto matizado y brillante.

Los hombres, casi todos de frac, ostentaban pecheras, cuellos y puños blancos, almidonados y bruñidos. Los Fellow's Rhythm conjunto compuesto de siete célebres instrumentistas del jazz venidos exprofeso de Zürich para la velada, tocaban, según los entendidos, como siete ángeles endemoniados: La perfección dentro de la locura. La frase era de Monsieur Bonnard cuyos sofismos y paradojas se consideraban entre el mundillo veraniego de Mürren como sentencias lapidarias.

Los cinco profesores de la orquesta titular del Palace, desocupados aquella noche, recibieron el encargo de sacar a bailar a todas las señoritas feas o aburridas. Fué una ocurrencia de Herr Probst, director del hotel, hombre práctico e inteligente

te. Obligado por la ley a pagar el sueldo a los cinco músicos decidó ocuparlos útilmente, contribuyendo así al éxito de la fiesta. Y ellos, no pudiendo negarse, andaban pues de aquí para allá bajo aquella mirada inquisitiva, a la caza de damitas sin pareja. Esa mirada inquisitiva del director se extendía también a los clientes y empleados para mayor satisfacción de los unos y silenciosa cólera de los otros.

Wenceslao Wronsky, conde de Volnyaia, héroe de la fiesta, era conocido por su colosal fortuna y sus excentricidades, en todos los balnearios de la Selva Negra y del Tirol, en las playas de moda de la Ribera y de la Costa de Oro, así como en los grandes hoteles del Oberland y de la Engadina. Dos días antes de la fiesta había dicho al director del Palace:

- Querido Herr Probst, ¿como piensa usted obsequiarme el próximo martes por la noche?

Probst se turbó ligeramente, lo cual provocó una estentoria carcajada del portero.

- Seamos francos, amigo mío, una empresa industrial hotelera por generosa que sea no puede, ni debe, estirar más el brazo que la manga.

Probst escuchaba estas palabras con una sonrisa ambigua.

- Tranquilícese, señor director, yo pagaré todo el champagne que se consuma.

El hotelero pudo apenas disimular su satisfacción. Sin dejar de ser un homenaje al conde, la fiesta iba a resultar un negocio para la empresa. Incluyó el torso y sonrió obsequiosamente.

Wronsky le golpeaba el hombro con familiaridad.

- Bebebemos barbaridades de champagne.

Probst aborrecía las vaguedades.

- Entendámonos señor conde ? qué cantidad de botellas considera vuestra excelencia equivalente al vocablo barbaridad?

Wronsky reflexionó un momento.

- Cuénte el número de comensales y dóblelo.

Con profesional mansedumbre, replicó el suizo.

Es demasiado.

- ¿Demasiado? - aulló casi el polaco, ¿demasiado dos botellas por cabeza?

- Conozco a mis clientes. La mayoría de ellos no beberán más de dos o tres copas.

- Los conozco también, algunos beberán dos o tres botellas.

- De esos hay pocos, observó Herr Probst con dignidad.

- Bueno, bueno, se impacientaba el conde, quedemos en dos botellas por persona, si no hay bastante añadiremos. Supongo que la bodega está bien provista.

Probst sonrió con superioridad, inclinando ligeramente la cabeza. A su proverbial honradez profesional, justábase la no menos profesional política.

- Voy a proponer una cosa a vuestra excelencia: prepararé las mesas para cuatro o cinco personas. Pondré un par de botellas en cada una de ellas y, a medida que se vayan vaciando, las sustituiré por llenas.

- ! No, no! - vociferó el polaco, mi excelencia puede pagar todo el champagne que sus clientes seans capaces de ingerir en una velada. Así pues, mande a los camareros que llenen las copas a

medida que vayan vaciándose y eso en cada una de las mesas, sea quien fuere quien la ocupe.

Herr Probst se inclinó profundamente.

- Muy bien, señor conde, se hará tal y como lo desea vuestra excelencia.

Esta histórica conversación había tenido lugar cuarenta y ocho horas antes de la fiesta y ahora, según los deseos del polaco, el champagne corría en abundancia de las botellas a las copas, de las copas a los estómagos y de éstos a los cerebros donde se convertía en sentimientos de cordialidad, alegría, efusión, ternura...

Antes de beber el primer trago de champagne, Herr Probst, que vestía elegantemente de frac, había levantado el brazo diciendo en alemán, en francés y en inglés:

- Bebamos a la salud de nuestro ilustre y amado amigo su excelencia Dimitrio Wanceslao Wronsky conde de Volnyaia.

Todos levantaron la copa llena de líquido espumoso. Herr Probst se dirigió al conde en alemán.

- En nombre del hotel que tengo el honor de dirigir, de su distinguida clientela y de todos los empleados, desde el maître y el chef hasta los pinches y sollastres, deseo a vuestra excelencia una larga y saludable vida para que por muchos años pueda honrarnos con su presencia.

Los Fellows Rhythm atacaron el himno polaco lo cual estuvo a punto de provocar una catástrofe. Sin soltar la copa que tenían empuñada, la mano y los labios del conde empezaron a temblar violentamente, mientras entre sollozos y pucheros gritaba con los brazos extendidos:

- ¡ Basta, amigos míos, basta!

El maître se dirigió en voz baja a su ayudante.

- Oye Renauld ? estará ya bebido el conde?

- Espera a media noche - le contestó con seriedad el otro.

Los Fellows Rhythm interpretaban un ~~fox-trot~~ ^{mambo}, las parejas se disponían a bailar. Wronsky se enjugaba aún las lágrimas mientras pensaba en su desventurada patria, cuando Herr Probst se le acercó, le susurró al oído con una reverencia:

- Esperamos que vuestra excelencia rompa el fuego.

- ¿Romper qué?- preguntó el polaco sorprendido.

- El fuego, es decir, que escoja pareja y baile.

Wronsky se sonó ruidosamente, se enjugó las lágrimas, miró en derredor. Vió que todas las miradas estaban fijas en él.

- ¡ Por San Estenislao! - gruñó,- y¿a quién voy a invitar?

- A la baronesa de Riesen,- insinuó rápidamente Probst.

- ¡ Rayos! - exclamó el conde olvidando las desventuras de su país, es la hembra más vieja y más fea del Palace.

- Y la más noble - observó el director.

Wronsky se resignó. Las obligaciones sociales eran consideradas por él como ineludibles deberes. Se acercó a la anciana señora, inclinóse ante ella con elegante corrección.

- ¿La primera danza, Mathilde?

Ella se ruborizó como cuando tenía veinte años y un teniente de húsares le pedía el carnet de baile para inscribirse al rigodón. Púsose lentamente en pié, sonrió indulgente y suave.

- Sólo una vuelta, Wanceslao.

Mientras el loco ritmo de una danza moderna se esparcía por el ambiente, los dos ancianos atravesaron el salón con los cuerpos

rígidos y separados. Movíanse muy despacio prescindiendo en absoluto de la música. Entretanto, las jóvenes parejas habían invadido el salón. Wanceslao y Mathilde podían ya retirarse. Wronsky, muy aliviado, acompañó a la dama a su sitio dándole el brazo. Pasito tras pasito volvieron a atravesar el salón mientras la baronesa de Reisen decía:

- Y pensar Wanceslao que fui considerada como una de las mejores bailar~~as~~as de mi época...

- Yo nunca supe bailar,- confesó riendo el conde,- la música de danza no me entra.

Ella no le escuchaba, seguía recordando tiempos mejores, tiempos luminosos, inolvidables...

- Sobre todo para el vals. En Viena se decía...

Habían llegado al sillón de Mathilde, la baronesa no terminó la frase. Wronsky no sabría nunca, ni le importaba, lo que la alta sociedad de Viena pensaba cincuenta años atrás de Mathilde von Reisen. Ambos eran ya viejos y sin patria pero con suficiente fortuna para frecuentar aún los Palaces. Se conocieron sabe Dios cuando y solían encontrarse durante el verano en Suiza. Un día de estos él sufriría una embolia cerebral o una bronconeumonía y ella una crisis cardíaca o una bronquitis asmática mortal de necesidad. Los enterrarían en cualquier cementerio extranjero con una lápida que nadie leería. Y uno o dos años después, nadie en el vasto mundo se acordaría de Wanceslao Wronsky conde de Volnyaia ni de Mathilde von Reisen.

Se separaron quizás para siempre, ella con una sonrisa mundana impregnada de gran distinción, él con una reverencia profunda

y elegante.

Mientras los Fellow's Rhythm rascaban, soplaban, golpeaban y tecleaban, y la gente joven evolucionaba por el gran salón, Otto Probst, siempre profesional, vigilaba con elegante disimulo el garbo de la orquesta, el entusiasmo de los bailarines y el servicio del maitre y de los camareros. Aquella velada era para él una jornada de galateo y no podía permitirse el alivio de un gesto de asco o de desprecio. Debía sonreír, sonreír siempre mientras ofrecía sillas, señalaba mesas, levantaba cortinajes. De manera que a media noche le dolían las mandíbulas y sin embargo seguía sonriendo.

Se le acercó el homenajeador.

- Le felicito señor director, ¡vaya fiesta lucida!

Probst enrojeció de placer. Por un momento miró con ojos no profesionales, el aspecto de la sala y comprendió que Wronsky llevaba razón. La fiesta resultaba brillantísima. Las joyas que lucían algunas damas recogían los destellos de miles de potentes bombillas eléctricas y éstas los proyectaban a los espejos, los cuales a su vez volvían a lanzarlos a través de la sala a los prismas de las arañas, a los otros espejos. La luz así se multiplicaba al infinito produciendo un efecto mágico. Mágico era también, el poder musical de los extraordinarios Fellow's Rhythm cuyo arte de manejar el jazz estaba electrizando a la concurrencia. La resistencia física de esos hombres era también prodigiosa. No cesaban de rascar, soplar, teclear y aporrear los respectivos instrumentos y además agitaban el cuerpo poseídos de una especie de baile de San Vito: levantaban y bajaban los brazos y los hombros, dislocaban la cabeza como figuras de guñol guñol. El pianista,

más que cualquier otro, parecía sufrir epilepsia tímica y, como si ello no fuera bastante, el del saxófono cantaba con voz de barítono, el de la trompeta arrulaba en voz de tenor y el que más y el que menos gritaba para excitar a músicos y bailarores.

-¡Fe-ne-me-na-les! - decía Wronsky con los ojillos cada vez más reducidos y la voz más pastosa.- Fe-no-me-na-les, sencillamente.- Llevaba puesto aún el tocado de papel verde-loro en forma de cresta que le tocara en suerte a la hora de la abundante distribución de sorpresas y otras chucherías con que el director del Palace obsequiaba a los invitados. Este tocado de colores chillones y formas variadas, a ~~cu~~^{veces} más grotescas, contribuía a acortar las distancias entre hombres y mujeres, entre viejos y jóvenes. No era posible (y quizás algún diabólico industrial comenzara a fabricarlos con tal propósito) que los cabellos blancos y grises y las venerables frentes, así como las más agraciadas y juveniles fisonomías siguieran inspirando cortesía y respeto asomando por debajo de aquel objeto grotesco de papel fino en forma de mitra, de kepis, de cuerno de abundancia o de casco romano. Viendo a una emperejilada dama o ^a una suave damita con los cejas arqueadas y la frente arrugada por mantener el gorrito encasquetado, los hombres se atrevían a decirle lo que quizás no le dijeran si conservara los cabellos en orden y la fisonomía impasible. Pero todo contribuía a la animación y la mirada de Otto Prosbst que volvía a ser estriectamente profesional, no descubría en la concurrencia el menor síntoma de tedio.

A propósito de Wronsky y de su cresta de papel verde, Monique Reymond, cuyo tocado y compostura no había sufrido ningún ultraje, les decía a sus compañeros de mesa:

- La elegancia y el sentido común deberían oponerse al uso de semejante costumbre.

- Sólo la extrema juventud y hermosura - observó Sikou Siu, resisten a cualquier atentado estético.

Y al decir esto miró a Clarisse que lucía una mitra morada. Y Maddison la miró también.

- Yo opino que estos gorritos tienen mucha gracia.

Todos los tertulianos volviéron los ojos ^{hacia} ~~al~~ el de Clarisse. Al instante la joven se lo quitó y lo dejó encima la mesa reducido a una bola achuchada. El americano la imitó y lo mismo hizo Moën. Sikou Siu y Monique ya no los llevaban, Bonnard y Miss Branford los conservaron puestos.

David Maddison vació la copa de champagne y Nelly hizo otro tanto. Inmediatamente un silencioso camarero volvió a llenarlas.

El yanki estaba distraído contemplando una pareja que bailaba muy bien. Cuando volvió la vista vió que la copa desbordaba de espuma chispeante. No pudo menos de exclamar:

- ¡Esto es un milagro!

- Conozco al santo que los efectua - dijo Monique.

- Yo también - expresó Bonnard - se llama Otto Probst al servicio del Dios Wronsky.

- Yo creo en los milagros - declaró Sikou Siu con suavidad.

- ¿En los de Jesús o en los de Buda? - inquirió el francés.

- Poco importa el nombre del que los produce, el caso es que el milagro exista.

Todos esperaban que continuara sobre ese tema pero el japonés calló.

-¿A qué le llama usted milagro? - preguntó entonces Monique.

Sikou Siu buscaba las palabras. Por fin dijo:

- En el transcurso de ciertas vidas humanas sucede de pronto algo imprevisto que trae la solución a un problema en apariencia insoluble. Salva una vida en peligro, abre puertas, procura trabajo, une a dos seres que se amaban y que las circunstancias o la distancia mantenían separados.

- Yo a éso le llamo casualidad - opinó Monique.

- La casualidad - explicó Siu - debe atribuirse a algo absolutamente profano, fuerzas de la naturaleza coaligadas, intervenciones de circunstancias, factores fortuitos ajenos ^{a veces} a nuestros anhelos y aspiraciones. Al revés del milagro, que tiene carácter providencial.

Bonnard se inclinó hacia Siu:

- A ver, a ver, explíquese usted, por favor.

- No sé si sabré hacerlo - dijo el japonés con una sonrisa.- Yo creo que el milagro se produce cuando una o más personas unen sus fervores y logran conmover a la divinidad.

- Pero, ¿qué divinidad? - insistió Bonnard.

- Llámeme usted Jesús, Buda o Mohamed... Para mí es lo mismo. El nombre cambia, la esencia no. Imagínese usted que dos o tres personas de esta tertulia deseen ardientemente un acontecimiento por absurdo y descabellado que parezca a primera

vista. Tengo la convicción de que se realizaría.

Al terminar de decir esto volvió a mirar a Clarisse como si esperara ánimos y aprobaciones para seguir. Pero la joven estaba mirando a otra parte. Ante la actitud de Clarisse el rostro del oriental cambió de expresión. Plego los labios y desvió la mirada.

- Yo también creí en los milagros - saltó Bonnard.

Todos los ojos se volvieron a él.

-¿Cómo explicar sino que la irreductible y altiva Nelly Branford se haya rendido a mis requerimientos amorosos?

Alguien del grupo soltó la carcajada, otros sonrieron. Pero el francés siguió con absoluta seriedad.

-¿No es verdad, darling?

Nelly Branford estaba ya algo bebida.

- Si, Harry - contestó con ojos relucientes.

La chanza había comenzado una hora antes, así que Bonnard se dió cuenta de que la inglesa bebía mucho, le brillaba ~~en~~ ~~los~~ la mirada, reía fuerte y por cualquier cosa. El francés no era hombre para dejar perder la ocasión de divertirse y divertir a los amigos. Empezó con galanteos y amabilidades que fueron muy bien acogidos. Nelly Branford vivía desde la infancia en un estado latente de represión. La austeridad anglicana, la rigidez de costumbres de su familia, la mantuvieron alejada de toda clase de placeres. Llevaba cuatro años de señorita de compañía en casa de los Lannoys, gente rica pero sobria y austera. Allí conoció Nelly por primera vez el gusto del champagne y en seguida sintió por el espumoso vino francés una auténtica pasión, pasión que no podía expansionar nunca, pues en casa de

Clarisse no se bebía champagne más que dos o tres veces al año una o dos copas por persona,

Aquella velada, gracias a la prodigalidad del polaco, Nelly podía por fin saciarse. Como Maddison, al vaciar una copa y verla al instante llena de nuevo, empezaba a creer en los milagros y milagro resultaba también el que por primera vez en su vida y ya cerca de los cincuenta, un hombre le dirigiera miradas y palabras de amor. A la embriaguez del champagne se unía ahora la embriaguez de la dicha amorosa. Toda esa ansia de afecto y de pasión reprimida en el fondo de su ser, iban aquella noche a desbordarse.

Clarisse se daba cuenta de ello con creciente inquietud. No cejaba de mirar a Bonnard con expresión de censura y reproche. Pero el francés no le hacía ningún caso. En vista del éxito con que fueron acogidos sus primeros escauceos amorosos, se había enardecido hasta proponer a Miss Branford el matrimonio. Al oír esta proposición, el rostro de la inglesa se puso como una amapola, los ojos se le llenaron de lágrimas y los labios le empezaron a temblar. Durante unos segundos pareció que la borrachera iba a disiparse vencida por ~~la súbita lucidez~~ ~~debida~~ esa gran emoción. Conmovidá y temblorosa contestó aceptando.

Un momento después los dos flamantes enamorados decidieron abandonar el ceremonioso Miss Branford y Monsieur Bonnard por los dulces nombres de Nelly y Harry. Y ahora, en su calidad de prometido, Harry tomó la mano de Nelly y se la besó.

Clarisse soslayó al francés, dijo en un susurro a Monique:

- Se los tendría bien ganados - aceptó Monique - esta noche lleva las chanzas un poco lejos.

En aquel momento uno de los Fellow's Rhythm trompeteó un toque de atención. El público calló y el músico anunció en alemán:

- Señoras y caballeros, van a asistir ustedes a un espectáculo singular. La artista española Carmencita Peña y el doctor Franz von Burker interpretarán en honor del excelentísimo señor conde de Volnyaia para la distinguida concurrencia del Palace, una corrida de toros al estilo español.

La orquesta atacó un pasodoble y una española que hasta aquel día se había limitado a leer novelas sentada en una dormilona o a pasear muy lenta y comedidamente por el bosque cercano, se presentó luciendo un magnífico mantón de manila blanco bordado en negro. La seguía de cerca un alemán alto y corpulento cuyo pescuezo recordaba realmente al del toro y el color del rostro al de una amapola roja tirando a morado.

Dieron la vuelta al ruedo entre aplausos y aclamaciones y, a continuación, principió la lidia. La española ligera y cimbreante, capeaba al alemán con mucha gracia. Agitaba el mantón y evitaba las embestidas algo brutales del adversario pasándole el trapo por las narices y los ojos haciendo quiebros, recortes, cuarteos y regatos como una profesional. El hombre tampoco imitaba mal al noble bruto: Escarbaba el suelo con la pezuña, mugía amenazadoramente y ella, en su propia lengua, que nadie o casi nadie comprendía, le iba excitando y provocando como hacen ciertos diestros en la arena.

- Lástima que Esteban no esté aquí - lamentó Monique.-

¿Nos diría si la imitación es correcta.

-¡Atención! - advirtió el francés, con el mismo entusiasmo que si se hallara en la plaza, - el espada va a entrar a matar.

Efectivamente, en un silencio casi dramático; la española se colocó ante el bicho, empuñó, a guisa de estoque, uno de los palillos del tambor y, después de varios pases de muleta, se tiró a fondo gritando:

-¡Muere!

El alemán cayó aparatosa y pesadamente. Durante una centésima de segundo reinó un silencio mortal hasta que von Burker levantó el rostro y gritó el primero:

-¡Bravo, Carmencita!

La sala entera prorrumpió en aplausos y bravos.

- Ahora el arrastre - dijo la española.

-¡La oreja! ¡La oreja! - se desgañitaba Bonnard sin reparar en la actitud profundamente melancólica de Nelly.

Reinó un momento de tremenda confusión. El toro se había puesto de pié olvidando qué estaba muerto y que debían arrastrarlo. Carmen Peña le invitó a acoátarse de nuevo mientras los improvisados monos sabios acudían y al son de un nuevo pasodoble se organizaba el desfile final. Ella iba delante envuelta en su mantón con una mano en jarras y la otra levantada en alto saludando y sonriendo a la sala.

- Esa mujer tiene la gracia por arrobas - exclamó el francés con entusiasmo. - ¡Quién lo dijera viéndola sentadita leyendo!

- Harry, oye Harry...

La pobre Nelly estaba casi a punto de llorar.

-¿Qué quieres, amor mío? - dijo Bonnard olvidando de pronto a la española. Entretanto Wronsky se había acercado a felicitar a Carmencita.

-!Bravo! 'Bravísimo!

La invitó a sentarse a su mesa.

Monique no olvidaba a Aledo.

- Me gustaría oír a Esteban comentar esta clase de diversiones.

- Creo que no le gustan las corridas - dijo Clarisse con aire distraído.

-!Qué bárbaro! - exclamó el francés.

Los Fellow's Rhytm interpretaban un vals. Peter Møen vació la copa de un solo trago, volvióse hacia Clarisse.

- ¿Bailamos?

Ella dejó la silla, sin prisa, dió unos pasos seguida de Møen.

El la miraba embobado sin sonreír y, al enlazarla por la cintura, la estrechó un momento en sus brazos. Nunca hasta entonces tuvo semejante audacia. Y él mismo no comprendía de donde le venía el valor. Algo, tal vez el champagne, le daba ánimos para atreverse a lo que nunca se atreviera, a esperar lo que nunca esperara. Pero, ¿qué era lo que esperaba? Algo vago, muy suave, un milagro como los que explicaba Sikou Siu. En lo más hondo de su ser, en una región casi demasiado secreta y raramente explorada, Peter Møen sabía que Clarisse Lannoys no estaba enamorada de él. Pero podía suceder ese algo imprevisible y milagroso, ese algo cálidamente embriagador. La tenía en sus brazos, sentía su aliento y as-

piraba el delicioso perfume de su cabellera mientras el violín baluceaba una melodía encantadora y los demás instrumentos marcaban el compás de tres. Sólo faltaba que Clarisse levantara la frente, lo mirara y le sonriera, se abandonara un momento no solamente a la música sino al hombre, de manera que él comprendiera que podía besarla. Lo hiciera solo apoyando ligeramente los labios en sus cabellos. Pero necesitaba sentir que ella consentía. Clarisse val-saba bien, como de costumbre, pero su cuerpo dócil y rítmico, permanecía frío e indiferente.

-¿En qué piensas, Clarisse?

- En nada.

No era verdad, estaba pensando en Aledo. Le estaba echando de menos como nunca hasta entonces. Su ausencia era como un vacío en la tertulia, faltaba aquella vibración especial que su presencia ponía a cualquier cosa. Sentía celos de Sikou Siu, de Maddison, y de Moën y ese sentimiento mal disimulado prestaba a esos tres hombres más encantos de los que en realidad poseían. Ahora mismo en este preciso momento, el vals tan admirablemente ejecutado por la orquesta y por su bailaror, ¡qué otro encanto tuviera si Esteban hubiese estado allí, siguiéndola con la mirada furiosa y centelleante!

Clarisse y Peter regresaron al lado de sus amigos, ocuparon sus respectivas sillas y permanecieron ^{demasiado} ~~hablarse~~, sin mirarse, sin sonreirse, tan alejados el uno del otro como si una barrera los separara.

Ella seguía pensando en Esteban, se imaginaba la expresión de su rostro al verla regresar del brazo de Peter, aquella luz de su mirada, aquella vibración de su voz llena de despecho. Qué es-

tupidez no haber venido al baile cuando ella llevaba ese precioso traje azul celeste y ese manojo de edelweiss que él le trajera, cuando empezaba a convencerse de que le prefería a cualquier otro de sus pretendientes.

Peter acababa de vaciar otra copa de champagne y Maddison y Nelly lo imitaron. Al instante surgió de cualquier parte un camarero que volvió a llenarlas hasta el borde.

- A este paso... - murmuró Henri Bonnard guiñando el ojo a Monique.

Esta se limitó a mover la cabeza desprobativamente.

Un joven italiano algo afeminado iba ahora a cantar una romanza. Se acababa de colocar junto al piano con la partitura entre los dedos. Era bajo, gordito y rosado, de labios rojos y turgentes, dientes blanquísimos y ojos de un verde de agua.

¿Qué monísimo! - exclamó Bonnard con sorna.

Sikou Siu se movió nerviosamente en la silla.

El pianista preludiaba, la voz del italiano brotó de sus labios de rosa; era fina, tierna y suave, muy afinada y matizada, El tenorino sonreía al cantar y movía las manos con gracia, separaba y acaraba la partitura a la que echaba una ojeada de vez en cuando. En los agudos, se levantaba sobre la punta de los pies y al pronunciar ciertas palabras cerraba los párpados ribeteados de largas pestañas negrísimas.

Con questo zeffiro
Così suave
Oh! com'è bello
Star sulla nave.
Su; passaggieri
Vénite via
Santa Lucia!
Santa Lucia!

Hubo profusión de aplausos y algunos gritaron:

-¡Bis!

-¡Bis!

El tenorino repitió la canción.

- No está tan mal como creíamos -observó Monique.

- Al contrario, - exclamó Maddison - es un gran artista.

Bonnard miró al americano de reojo.

- Me estoy preguntando cuantas majaderías de este género van a obligarnos a escuchar durante la velada.

- Si no se decide usted a beber, no encontrará nada a su gusto - observó riendo el americano.

- Lleva usted razón - aceptó el francés.- Lo que sucede aquí esta noche es que todo está previsto para la borrachera. El que no está bebido, desentona.

- Cierto - intervino el japonés - no hay sincronización de ánimos. O todos sobrios o todos ebrios.

- Ya son muchos más los ebrios que los sobrios - observó Monique.

- Y éstos son menos felices que aquellos - opinó Clarisse.

- Es absolutamente cierto - aceptó Maddison.- Yo, que estoy ya algo bebido, soy, indiscutiblemente más feliz que cualquiera de ustedes, exceptuando Miss Branford, claro.

Bonnard intervino con precipitación.

- Nelly no necesita beber para ser dichosa. Me tiene a mí.

?No es cierto, darling?

Nelly sonrió con beatitud.

Maddison miró a Clarisse.

- Este champagne me da euforia y decisión.

-¿Qué serías capaz de hacer?- preguntó ella.

-¿Qué? ¿Raptarte?

Se puso en pie. Sikou Siu le soslayó con una suavidad casi venenosa.

- A dónde va usted, ¿a torear cómo la española? - preguntó riendo Bonnard.

- A bailar - dijo David y, sin más cumplidos, tomó a Clarisse por la mano y con un suave tirón la obligó a levantarse y a seguirlo.

Se alejaron sin soltarse. El, delante, corpulento, decidido, protector, ella, un paso atrás, esvelta, elegante, armoniosa en el color del traje y del cabello, con un gesto de sumisión muy femenino.

Sikou Siu dejó el asiento con lentitud, la línea de sus ojos parecía de pronto más oblicua y la mirada de sus pupilas de azabache, brillaba más acerbamente. Inclínose ante Monique:

- Madame...

Ella aceptó sin entusiasmo. Reconocía y admiraba la personalidad del oriental pero el contacto de su epidermis le causaba un malestar físico.

Comenzaron a bailar.

« Es extraordinario - dijo suavísimamente el japonés - el influjo de la música sobre el organismo de los seres racionales.

Monique lo miró sorprendida. Siu continuó:

- Raro es el hombre que permanece insensible a un ritmo o a una melodía, desde el más perfectamente civilizado hasta el más salvaje y primitivo. Un prelude o una tocata de Juan Sebastián Bach, pueden contribuir a la conversión de un imprudente o a la elevación

de un espíritu hacia el Supremo Hacedor, mientras que esa música moderna de origen africano llamada jazz, puede contribuir y contribuye sin duda alguna, al desarrollo de la bestialidad y los bajos instintos del hombre.

Monique escuchaba con suma atención convencida de que estaba asintiendo al preludio de acusaciones más directas. Pero se equivocó. Sikou Siu no tenía la menor intención de apartarse del tema escogido.

- La música es la más sensual de las bellas artes, la que ataca más rápida y seguramente los sentidos. Es casi imposible oír ciertos ritmos y melodías sin modificar instantáneamente nuestro estado de ánimo.

Evitó una pareja que pasaba cerca y continuó:

- En los pueblos sometidos a dictadura o a absolutismo (únicos que tienen una real disciplina social y moral) debería establecerse una censura sobre la música antes de dejarla llegar a las masas. Se somete a censura el cine, la radio, el teatro, la prensa gráfica, la literatura en general, se prohíben discursos y escritos, a veces anodinos, incapaces de inducir a rebelión o a inmoralidad a los ciudadanos y se les deja oír música morbosa, bélica, lasciva, mucho más peligrosa.

Monique sabía que el pintor había pasado una larga temporada en Roma.

-¿Habla usted por Italia? - preguntó.

- Hablo en general. Lo mismo da Italia que otra nación.

- Aquí en Suiza - explicó Monique Raymond - las autoridades practican una censura muy discreta, pero no menos cierta que la de los países sometidos a dictadura. ~~como Alemania e Italia~~ Pero a na-

die se le ha ocurrido considerar la música como peligro público. Es una idea original, debería usted divulgarla.

Sikou Siu sonrió. En aquel momento su sonrisa tenía tal dulzura ponzoñosa, que impresionó a Monique. No podía ésta imaginarse ni por asomo cuales eran las posibilidades de amor y de odio contenidas en ese alma asiática, ni en qué forma, más o menos violenta, podían transformarse esos sentimientos.

Mientras Monique y Siu bailaban conversando, David observaba una conducta singular. Se paraba de pronto, se separaba de su pareja, la miraba a los ojos con una expresión devota y extática. Clarisse le preguntó:

-¿Qué te ocurre, David?

El yanqui alzó los hombros y se puso de nuevo a danzar. Clarisse Lannoys era la mujer de sus sueños, lo descubrió unas semanas antes cuando llegó a Mürren durante su segundo viaje a Europa. Y se extrañaba de que la más hermosa de las hembras no fuera americana. Sin duda en Yanquilandia existían muchachas físicamente tan hermosas, o tal vez más, que Mademoiselle Lannoys, pero ninguna poseía ese encanto misterioso, ninguna unía a los dones de la naturaleza esa expresión serena y grave, esa seductora malicia en la mirada, ese caminar ligero y armonioso y a la par tranquilo, hierático. Hasta que tropezó con Clarisse, Maddison había creído que, gracias a su triunfante juventud y colosal fortuna, no existía mujer que pudiera negarse a aceptarlo por esposo. Al presentarle a Mademoiselle Lannoys, sintió David oscilar sus convicciones. Empezó a dudar del poder de su juventud de atleta y del de sus millones de fabricante de conservas: Maddison and Son, Limited. Por

primera vez en su vida, se hallaba ante alguien que quizás no pudiera comprarse. Esta idea le atormentaba a menudo, sobre todo cuando no estaba jugando al tenis o bebiendo whisky, sus dos pasiones favoritas en Mürren, donde no podía practicar el fútbol.

Aquella noche, gracias a la prodigalidad casi demente del conde de Volnyaia y al ambiente especial que reinaba en el Palace, David sintió ~~una~~ confianza renovada en su juventud, en su fuerza física, en sus millones. Por otra parte, Clarisse se le antojaba mucho más atractiva que de costumbre. Por eso se apartaba de ella y la contemplaba hasta que vio la extrañeza pintada en aquel rostro encantador y oyó aquel medio burlón: "¿Qué te ocurre, David?". Debía darle una explicación y esta no podía ser otra que: "Es que estoy enamorado de tí, Clarisse". Pero David era demasiado práctico, deportivo y moderno para soltar una frase tan romántica y pasada de moda. Si semejante ridiculez se le presentó a la mente fué porque había leído alguna novela francesa donde los protagonistas masculinos formulaban esta clase de declaraciones. Y también por que se trataba de una muchacha europea. Europa era un país atrasado, que América debía conquistar poco a poco y modernizar. El caso era que con frase o sin ella David estaba enamorado y acababa de decidir que Clarisse sería suya. Pondría en ello el mismo empeño que puso la pasada primavera en ganar el campeonato universitario de futbol. Contagiados de ese mismo entusiasmo y durante los partidos de entrenamiento, sus compañeros de equipo no dejaron de repetir: ganaremos, ganaremos, ganaremos, y, naturalmente, ganaron. Por lo tanto tampoco se le escaparía Clarisse. Desde el principio de la velada, así que la vio con aquel precioso traje azul-celeste y aquellas extrañas florecillas blancas en el escote, David se

había dicho: la quiero, la quiero, la quiero. Y, cuanto más champagne bebía más decidido estaba a pedirle que aceptara ser su compañera. Solo que no juzgaba oportuno el momento de formular la demanda. Le parecía que debía esperar. Y no se atrevía a pararse para admirarla a sus anchas por miedo a que ella se burlara de él y repitiera aquel irónico "¿Qué te ocurre, David?" "Mira, me ocurre que has de ser mi mujer". Afortunadamente esas dos frases estaban sólo en su imaginación. Y así Clarisse y él pudieron seguir bailando cada uno absorto en sus propias cavilaciones.

"Supongamos que me contesta con una negativa - continuó reflexionando Maddison - no hay motivo para desesperar. Nada es definitivo en el mundo y menos una palabra de mujer. Aunque hoy diga que no, mañana puede decir que sí. Y entonces...

David vió las conservas vendidas por millones de latas, las ganancias contadas por millones de dólares y la presentación de su mujercita francesa a sus amigos y conocidos, como uno de los mejores éxitos de su vida. Se imaginó las cenas en los mejores restaurantes de Chicago al lado de Clarisse que llamaría la atención por su elegancia, y los week-ends en la costa del Pacífico, donde se construiría un bungalow con todas las comodidades.

Tal vez América y sus costumbres no le gustaran a la francesita, tal vez sus caracteres no resultaran tan en armonía como era de desear... Bueno, cada uno podría vivir su propia vida. Donde hay dinero hay independencia y en último caso existe el divorcio, supremo recurso al supremo mal.

Terminó aquella danza y David no le había aún hablado de matrimonio a Clarisse. Tocarían muchas más. Ocasiones de proponerse no faltarían durante la velada.

Quedó muy sorprendido cuando en vez de dirigirse a su sitio, ella le empujó hacia la ventana. Quería, dijo, respirar aire puro.

David se regocijó al pensar que la suerte le favorecía. Era una excelente oportunidad de hablarle. Y, ¿quien sabe? tal vez ella lo hubiera hecho expreso para facilitarle la tarea?

Clarisse se puso a mirar afuera, David quedó a su espalda, los dos cuerpos se rozaban casi. El aspiraba el delicioso perfume de su cabello y percibía el ritmo acompañado de su respiración. Esperaba que volviera el rostro para hablarle y pensaba: Dentro de unos instantes la estrecharé en mis brazos, la besaré, Una corriente rápida de cálida felicidad le recorrió la sangre.

- Que noche más oscura - murmuró la joven.

Se inclinaba por la ventana con todo el busto fuera como si intentara descubrir algo en las cerradas tinieblas que envolvían el valle.

- Clarisse...

No continuó porque ella volvió de pronto el rostro y la expresión de aquella mirada gris-malva era tan lejana y triste que el optimismo de Maddison desapareció en un instante.

La cogió por la mano para guiarla hasta su sitio y ella no protestó. Esa mano, fina y suave, estaba fría e inerte.

Cuando Clarisse se halló de nuevo sentada entre sus amigos, David se inclinó en silencio y desapareció camino del bar. Tenía sed y la idea de beber champagne le daba de repente nauseas. No comprendía como hasta aquel momento había disfrutado bebiéndolo.

- Whisky and soda, barman.

Oyó su propia voz con aquel acento de Chicago evocador de

lucha y de fuerza, Tomó con mano firme la copa que le sirvió el empleado, con una sonrisa de oreja a oreja, la vació de un solo trago. Inmediatamente, la imagen de Clarisse retrocedió.

- Otro whisky, barman.

El mundo fué de pronto brillante y esperanzador. David Maddison de Maddison and Son Limited, seguía siendo una potencia. Clarisse Lannoys caería.

Estaba bebiendo el tercer whisky, de pié apoyado en el mostrador, cuando oyó un gran estruendo en el salón. Mezclados a golpes de tambor potentes como cañonazos, se oían gritos y exclamaciones de protesta. Limpióse la boca con el pañuelo, pagó las consumaciones y fuese a ver lo que sucedía.

Wronsky, completamente borracho, se había amparado del tambor del jazz. Colaboró primero con la orquesta hasta que los bailarines, incapaces de mantener el compás, volvieron a sus respectivos asientos, la sala se quedó vacía. Uno a uno los músicos dejaron también de tocar y ahora era un atronador concierto de tambor solo.

Cuando David llegó al salón, el conde de Volnyaia seguía aporreando el instrumento. Mientras con el pie le daba desacompañadamente el pedal, con las dos manos descargaba tremendos golpes sobre la piel y sobre los platillos, aullando:

-!Orquesta!!Orquesta!

Viendo que los Fellow's Rhythm no obedecían a sus órdenes, comenzó a vocear:

-!Esclavos, malditos esclavos!

Luego dirigiéndose a la concurrencia les ordenó también en

voz de trueno:

- A bailar, señores, a bailar!

Tuvo que intervenir Herr Probst.

- Vuestra excelencia se está fatigando demasiado - dijo con el más suave de los tonos - descanse unos momentos, luego volveré.

- ? Fatigarme yo? - rugió el conde de Volnyaia - estaría tocando toda la noche y no sentiría la fatiga.- Y dirigiéndose de nuevo a la concurrencia gritó:

- ¡ A bailar, señores, he dicho! Todo el mundo a bailar y sino a la mazmorra!

En aquel momento oyose un toque de atención. El conde sorprendido se quedó con los palillos al aire, mudo con la boca abierta.

Hablaba Probst.

- A su excelencia el noble conde de Volnyaia, señoras y señores invitados, así como los célebres Bellows Rhythm agradecen no sólo el abundante champagne con que los ha obsequiado sino su valiosa colaboración como ejecutante del jazz.

El público prorrumpió en una estruendosa salva de aplausos. La estratagema del director estaba dando buen resultado. Wronsky pareció de pronto fatigadísimo, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, soltó los palillos que rodaron por el entarimado.

- Vuestra excelencia va a permitirme que le invite yo a un vaso de ponche helado especialidad de la casa.

Lo cogió por el brazo y se lo llevó a un ~~pequeño~~ pequeño salón de fumar, le instaló en un sofá. Le hizo beber el pretendido ponche donde no había ni una gota de alcohol sinó una dosis bastante fuerte de amoniaco mezclado a una infusión de tila.

El conde lo probó y frunció el ceño. Pero tenía tanta sed

que, sin andarse con cumplidos, vació el vaso de un solo trago.

Volviéndose a Probst declaró:

- Es el brevaje más asqueroso que he probado en mi vida.

- Cuanto lo siento,- dijo Probst con la más perfecta humildad.

Y, a propósito de mezclas más o menos apetitosas le contó una historia que duró hasta que Wronsky comenzó a bostezar y a cabecear. Entonces se levantó y salió de puntillas.

Entretanto en el salón de fiestas servían la sobrecena fría. Los Fellows Rhythm pudieron por fin descansar y sentarse también a una mesa, saciar el hambre y la sed.

Después de los tres whiskies, David Maddison sentíase de nuevo con ánimos de afrontar a Clarisse y compartir con los amigos el consommé, la ensalada rusa, los fiambres y la macedonia de frutas obsequio del Palace a sus clientes.

En derredor de la mesa eran ahora cuatro hombres y cuatro mujeres. Peter Moën, con el permiso de Clarisse, había invitado a Mademoiselle Morex y la presencia de la licenciada daba algo más de animación a la tertulia. La joven suiza no era ni hermosa ni atractiva pero poseía el encanto de la novedad. También ella había bebido champagne, sus mejillas generalmente pálidas, aparecían rosadas y el brillo de los ojos y las frecuentes sonrisas que los animaban, prestaban a aquel rostro serio y reservado, un renuevo de juventud.

Se hallaba colocada entre David Maddison y Peter Moën y, sin mostrar el menor esfuerzo, hablaba en inglés con el primero, con el segundo en alemán. Cada vez que se dirigía a Clarisse, a Monique, a Sikou Siu o a Bonnard, les hablaba en francés, su lengua materna, en la que se expresaba particularmente bien.

La conversación era general, sólo Nelly y Henry, que no olvidaban el flirteo, se permitían de vez en vez algún susurro de intimidad.

Después de la cena, Monique y Clarisse pasaron al tocador para empolvarse y ordenarse el cabello.

Se hallaban ambas ante el espejo y se hablaban a través de la luna. A Clarisse le parecía mucho más fácil hacer ciertas preguntas a la imagen de Monique, retratada en la brillante superficie, que hacerlo directamente a la persona de su amiga.

- ¿Qué dijo Esteban al verla salir hacia el Palace para la fiesta?

- No dijo nada porque no me vió.

La francesita volvió el rostro, quedóse con el peine en la mano, inmóvil.

Monique ~~se~~ dejó también de empolvarse.

- No pudo verme porque no estaba en el Kurthaus, no vino ni a almorzar ni a cenar.

- ¿Cree usted que puede haberle sucedido algo? - preguntó Clarisse volviéndose a mirar al espejo.

Monique seguía empolvándose ~~manusciosamente~~ la nariz.

- Su conducta es bastante particular de un tiempo a esta parte. Varias veces se fué por la mañana y no regresó a almorzar. Faltar a dos comidas, no lo había hecho nunca.

Clarisse se mojaba la yema del dedo con la punta de la lengua y se alisaba las cejas con él.

- Tal vez se halle indispuerto.

Monique cerró la polvera.

- Llamé a la puerta de su habitación, no contestó. Como la

encontrara sólo entornada empujé, le di la vuelta al conmutador: ni rastro de Aledo.

Con la punta del dedo meñique se extendió el rojo de labios hasta las comisuras de la boca.

- Al salir camino del Palace, asomé la cabeza al salón, tampoco estaba allí.

Clarisse sonreía a su propia imagen reflejada admirablemente en el espejo.

- Le gusta este modelo de Dios, Monique?

- Es una pura obra de arte. Y ese ramillete de edelweiss, un acierto. ¿Se lo mandaron con el modelo o añadió usted el detalle?

Clarisse sonrió.

- Es idea mía.

Monique consideraba las flores a través de la luna.

- Parecen naturales.

- Son naturales - exclamó Clarisse con una sonrisa misteriosa.

Recordaba que le había dicho a Esteban delante del japonés que todo el mundo en el Palace sabía que iba a lucir esas flores alpinas, que Bonnard la llamaba ya "La dama de las edelweiss". Había mentido. No lo sabía nadie, sólo Sikou Siu, por casualidad. Clarisse no comprendía en aquel momento por qué se lo dijera a Esteban. Sin duda para obligarlo a venir. Pero él había resistido a la tentación y ella se sentía ahora algo avergonzada y hasta enojada consigo misma.

- Dijo que iba a escalar el Eiger.

- ¿Quién? - preguntó Monique con cierto sobresalto.

Clarisse comprendió que había pensado en voz alta. Para disimular volvió a mentir.

* Maddison - contestó.

- ¿Maddison? - exclamó Monique con extrañeza - nunca le oí hablar de escalar montañas.

Clarisse alzó los hombros.

- No puedo asegurarlo. Sé que alguien me habló de encaramarse hasta ese pico.

Y de repente, sin casi cambiar de voz.

- Lleva usted un traje precioso, Monique.

- ¿Le gusta? Es de auténtico encaje de Malinas.

- Ya me parecía a mí...

- Fué un regalo de mi pobre Paul, juato unos meses antes de su muerte. Tiene más de diez años.

- Como si acabara de salir del taller. Cuando el género tiene categoría...

- El caso es... - confesó Monique con cierto pesar - que va ya siendo difícil darle formas nuevas. En diez años la moda ha cambiado mucho, naturalmente.

- Sigue siendo un traje suntuoso - afirmó Clarisse con autoridad.

Las dos damitas habían vuelto al salón. En aquel momento la orquesta interpretaba una danza muy airosa, David Maddison no permitió que Clarisse se sentara, se la llevó a bailar. Sikou Siu volvió a invitar a Monique, Peter a Françoise y Bonnard, más jocosamente que nunca, se llevó a Miss Branford.

La licenciada preguntó de pronto al silencioso danés.

- ¿Por qué no vino su amigo español a la fiesta de esta noche?

Peter parecía reflexionar sobre la mejor forma de contestar a esa pregunta. Françoise impaciente se la repitió en francés.

- Creo que odia la vida mundana - contestó por fin Peter.

La joven sonrió dubitativa,

- ¿No sería que Mademoiselle Lannoys le ha dado calabazas?

El danés se paró, se hizo repetir la frase. No podía bailar y conversar al mismo tiempo como hacía la gente del sur. Françoise le explicó minuciosamente lo que quería decir dar calabazas y Moën pareció al fin comprenderlo. Mientras meditaba la contestación, que, naturalmente, debía ser honrada y sincera, Françoise se prometió no dirigirle más la palabra mientras no dejaran de bailar. No pudo evitar sin embargo que de pronto Peter se parara de nuevo y preguntara a su vez, como un escolar aplicado que desea dar con la respuesta justa.

-¿Cómo lo sabe usted?

La gente aplaudía para que repitieran la danza.

- No sé lo que me está usted preguntando - dijo la licenciada aplaudiendo también.

Entre el estruendo de las palmadas, Peter se puso casi a gritar.

-¿Por qué sospecha usted que Mademoiselle Lannoys haya dado calabazas al señor Aledo?

- Lo adiviné la otra mañana, cuando él le trajo el ramillete de edelweiss.

-¡Ah! ¿Le trajo él un ramillete de edelweiss?

- Si y hoy las lleva ella en el pecho. Pero aquel día debió decirle algo muy desagradable porque Aledo se fué montaña arriba como alma que lleva el diablo.

Peter no mostraba deseos de seguir bailando. De pronto todo le pareció insustancial y lúgubre.

Tomó el brazo de la licenciada y, sin preguntarle si estaba de acuerdo, la condujo al pequeño salón donde Wronsky seguía roncando. Françoise le miró con extrañeza pero no protestó. Se sentaron en un sofá.

- ¿Cree usted - preguntó Peter lento y preocupado - que si ella no le amara se hubiera puesto en el escote ese ramito de edelweiss?

La mirada de Françoise se iluminó de compasión. Habló como si se dirigiera a un niño.

- ¿Cree usted - repitió - que si ella le hubiera dado una esperanza por pequeña que fuese, Aledo no estaría aquí esta noche?

- El alma de la mujer es tan misteriosa... - susurró Peter después de un buen momento de silencio.

- Todas las almas son misteriosas, hasta para ellas mismas - arguyó la licenciada.

Quedaron silenciosos. Los ronquidos del conde de Volnyaia llenaban la pequeña habitación. El danés bostezó.

- Váyase a dormir, Peter- aconsejó Françoise.

- ¿Y usted?

- Yo también, la velada ha dado de sí todo lo que podía esperarse. ~~de ella.~~

Mientras tanto Bonnard había abandonado la pista de baile. Nelly daba traspiés, se reía a carcajadas, apoyaba la cabeza en el hombro de su compañero, empezaban a llamar la atención.

- My darling, estás como una sopa - le había dicho él - vamos

a sentarnos en seguida.

La sostenía casi en sus brazos, ella lo miraba con agradecimiento y ternura.

- Que bueno eres, Harry.

Cuando la danza terminó y estuvieron los ocho reunidos de nuevo, Clarisse fijó sus pupilas en la señorita de compañía y meneando la cabeza con preocupación dijo en voz baja a Monique.

- Temo que se nos caiga bajo la mesa.

Volvió la vista a Bonnard y con severo acento insinuó:

-¿No sería mejor que la acompañara usted a su habitación?

El rostro del francés se contrajo de enojo. Tenía pálidas las mejillas, los ojos muy hundidos bajo el reluciente vidrio de las gafas y las arrugas más profundas que de costumbre.

- Soy yo quien debe retirarse.

- Pero llévesela antes, por favor.

Nelly miraba a los tertulianos uno tras otro con cierta inquietud.

- Harry...

- Si, querida, ahora vamos a la camita, a descansar con los angelitos.

-¿Ya? - suspiró la Miss.

Bonnard abandonó su asiento, cogió a Nelly por lo alto del brazo.

- Vamos, querida.

Maddison y Mademoiselle Morex los acompañaron hasta la puerta del salón.

Cuando el grupo se hubo alejado Clarisse suspiró con alivio.

Monique bostezó cubriéndose la boca con la mano. Inmediatamente Peter Moën bostezó a su vez. Clarisse miró con aprensión a Sikou Siu temiendo que también bostezara.

El japonés parecía distraído, su imaginación en aquel momento debía navegar por regiones remotas. Una sonrisa, parecida a la de Buda, ondulaba sus finos labios.

Lo mejor será disolver la reunión, se dijo Mademoiselle Lannoys. Había esperado la fiesta con ilusión y entusiasmo, creyendo de una manera vaga pero ardiente que aquella noche iba a acontecer algo especial. Tal vez Aledo viniera a última hora, tal vez uno de sus pretendientes dijera o hiciera alguna cosa extraordinaria, agradable y excitante. Pero no había sucedido nada. La fiesta resultó aproximadamente como las otras. Cada vez que se preparaba alguno de esos acontecimientos mundanos, Clarisse creía que sería diferente a los demás y siempre, de una manera fatal, la reunión le dejaba ese sabor amargo, esa sensación de impotencia y de ansias renovadas de no sabía qué.

Buscó la mirada de Sikou Siu con un anhelo casi desesperado. Como obedeciendo a ese requerimiento imperioso, la mirada del japonés giró hacia la de la joven, brilló de pronto con suave espiritualidad. La máscara de indiferencia y la sonrisa de Buda desaparecieron de aquel rostro ligeramente amarillo y una dulzura incomparable se extendió por sus rasgos fisionómicos. Nunca viera Clarisse en un rostro europeo esa misteriosa a la par que sensible expresión. La comparó ~~en~~ a la de cualquiera de sus amigos y reconoció que la expresión de Siu era como la de un abuelo milenario que contempla con indulgencia el juego bárbaro de sus nietos. Mientras pensaba eso, sentíase envuelta en el poder de aquellos ojos oblicuos. Aban-

donóse a la sensación particular de reposo, de calma, de delicioso bienestar que le procuraban.

Siu le tendió ma mano. Clarisse colocó la suya entre sus dedos nerviosos y flexibles. Sin saber como, se halló en mitad del salón flotando en mares de ritmos y de melodías. Sentíase como un niño adormecido, confiado al regazo de su madre. El contacto de la mano de Siu y el fluído de aquella mirada de azabache, eren calmantes perfectos y Clarisse esperaba, en aquel momento, que la velada en honor de Wronsky no fuera en definitiva como las otras, que algo o alguien lograra triunfar de la atmósfera de dudas y pesares que la atormentaban.

Clarisse no sabía ya donde estaba, con quien bailaba ni que minuto vivía. El tiempo había dejado de existir, los acordes de la orquesta podían haber sido la voz de los ángeles entonando cantigas de gloria y aquel vals el viaje de dos almas a través de la eternidad.

Evolucionando por el salón, la pareja pasó por delante de un ventanal abierto y una corriente de aire helado penetró en el caldeado ambiente. Clarisse dirigió la vista a aquel rectángulo de sombra. Paróse, soltó la mano de Sikou Siu, fijó los ojos en el vacío.

-¿Qué hay, Clarisse?

Ella no contestó. Como obedeciendo a una llamada exterior, dió unos pasos en dirección de la terraza. Siu no se atrevió a detenerla. Fué precipitadamente a por los abrigos. Envolvió con amoroso cuidado el cuerpo de la joven en su capa de pieles, pusose él el gabán de pelo de camello.

El frío era intenso y la oscuridad completa. Clarisse empezó a temblar. Tenía todo el cuerpo sacudido de escalofríos y un ligero castañeteo de dientes.

Sikou Siu le rodeó el busto con el brazo izquierdo mientras con la mano derecha le subía y le apretaba el cuello de la capa. Ella no mostró darse cuenta de esa tierna solicitud. Seguía con la vista fija en la sombra compacta del valle como si esperara descubrir algo en ella. No veía ni rastro del majestuoso círculo de ingentes montañas confundidas ahora con la negrura del espacio.

-¿Dónde está el Eiger, Siu? - preguntó con voz empañada.

Antes de contestar, Sikou Siu reflexionó un momento.

- Allí.

Señalaba un punto invisible en el espacio.

Llegaba hasta la terraza el eco de la orquesta como un emisario de un planeta remoto abandonado siglos ha.

La mano que sostenía el cuello de la capa se deslizó por la sedosa superficie hasta el relieve del codo y allí permaneció tibia y acariciadora. El calor del cuerpo de Siu se comunicaba al cuerpo de Clarisse mientras la voz asiática algo aflautada iba explicando:

- La oscuridad es más fuerte que la luz. La luz es la realidad, la oscuridad el sueño. En este elemento negativo la imaginación del hombre puede construir un mundo mágico, representarse virtualmente el paisaje familiar: el mar, las islas tropicales, un acantilado color de rosa rodeando una ensenada de agua esmeraldina...

Hablaba con los labios pegados al cuello de Clarisse, la mejilla apoyada en la de la joven. Con suave movimiento de cabeza la obligó a levantar el rostro y mirar el infinito.

- El dragón se ha tragado a Febo pero ha perdonado a las estrellas.

Efectivamente, Clarisse vió millares de lucecillas temblorosas esparcidas por el espacio.

Sikou Siu había asido una de las manos de la joven. Se la llevó a los labios rozando con ellos la yema de los dedos, una tras otra con suavidad.

El tiempo volvía a parecer suspendido, ya no llegaba a la terraza el eco de la orquesta, solo la brisa fresca del valle silbaba su ligera canción.

De pronto Clarisse se apartó de Siu.

-¿Ha oído usted?

El no había oído nada.

- Un grito humano - explicó Clarisse - por ahí.

Extendió el brazo, señaló a la montaña invisible, entre tres y cuatro mil metros de altitud. De esa tremenda mole ~~temblorosa~~ ^{tenebrosa} no se desprendía más que el silencio, un silencio vasto y profundo.

- Como si alguien pidiera auxilio.

Siu la enlazó de nuevo por el talle.

- Mi dulce loto azul...

- Un grito de agonía - repitió ella, obsesionada.

- Entremos - decidió el japonés.

El salón estaba ya muy desanimado. Sólo bailaban dos o tres parejas. Los músicos y los camareros esforzábanse en mantener los párpados levantados. Frecuentes y prolongados bostezos contraían sus pálidos rostros.

Monique y Bonnard fumaban cigarrillos ~~se bostezaban~~ ^{muy callados.}

-¿Y Miss Branford?

- La dejamos entre las manos de la camarera de turno.

Madame Raymond se levantó de la silla.

- Amigos míos, no puedo ya más con mi alma.

- La acompañó^{me} - decidió el japonés.

- Voy con ustedes - declaró el francés a pesar de la fatiga que le agobiaba.

~~acompañaron~~^{Fueron con} Mademoiselle Lannoys hasta el ascensor, le desearon una buena noche y en seguida, Monique y los dos hombres emprendieron el camino del Kurthaus.

-.-.-.-.-.-

Al día siguiente por la mañana, mientras los huéspedes del Palace y algunos veraneantes de otros hoteles invitados a la fiesta, reposaban de las deliciosas fatigas de la noche, bien repapados en sus lechos, empezó a circular por Mürren una noticia alarmante: había desaparecido un excursionista. El rumor no tardó en extenderse de un hotel a otro hotel, de un chalet al chalet vecino, de la tienda de comestibles o chucherías a la estación del funicular y de ésta, hasta Lauterbrunnen.

-?Quién era?

-?A dónde iba?

-?En qué hotel se hospedaba?

-?Cuando se notó la desaparición?

-?Era un inglés?

-?Era un suizo?

- ?Iba solo?

- ?Llevaba guía?

Muchas preguntas y ninguna respuesta. Nadie sabía nada, o casi nada. Un hombre había salido del hotel Kurthaus sin dejar el menor aviso. Fué la camarera encargada de llamarlo cada mañana, qui dió el primer alerta. A las siete en punto, como de costumbre, golpeó con los nudillos de la mano a la puerta de la habitación. Por regla general al primer golpe, la voz del huésped contestaba "Bien, gracias". Al no obtener respuesta, la camarera volvió a llamar: "Señor, señor, son las siete". No se produjo el menor ruido en el interior del cuarto. Entonces la joven le dió la vuelta al pestillo, la puerta cedió inmediatamente.

- Perdone, señor.

Entró resueltamente. La cama estaba intacta y vacía y todo en orden. El inquilino del nueve no había ido a dormir. La camarera avisó al conserje. Este se encogió de hombros diciendo que si un hombre no duerme una noche en su cama eso no quiere decir que le haya sucedido nada malo. Pero esta teoría no satisfizo a la camarera; fué a avisar al director. Este recordó en seguida que dicho huésped no había comido ni cenado a la mesa. Alarmado a su vez, llamó a Brugger, el camarero encargado de los desayunos. Le preguntó si había hablado con el señor Aledo, ayer por la mañana.

- Le recuerdo perfectamente - contestó el empleado - fué, como de costumbre, el primero en pedir el desayuno: un huevo pasado por agua, fruta y...

- Sin importancia - interrumpió Rothah, - lo que interesa es saber a qué hora se marchó y como iba vestido. ¿Lo recuerda?

- Pantalón gris y jersey blanco - contestó el camarero sin vacilar.

-¿Calzado claveteado?

- No, las botas rubias de costumbre.

-¿Ni cuerdas, ni pico, ni alpenetoc?

- Quia, señor, llevaba, como siempre, su baston ferrado. Eso es todo.

- Y ¿a qué hora salió?

El camarero miró el reloj de péndulo.

- A esta hora ya se había marchado.

-¿A donde iría este loco? - masculló el director rascándose furiosamente la cabeza.

- Quizás su amiga, la señora Reymond, puede dar algún indicio - insinuó Brugger.

- Se levantará muy tarde - observó Rothah, recordando el baile del Palace.

Mandó al conserje al colegio de guías para saber si alguno de ellos había sido requerido por Aledo para acompañarlo a escalar algún pico.

- No, señor - fué la respuesta del empleado al volver del poblado de Mürren.- Pero el guía de vigilancia dice que ayer a eso de las nueve vió subir por la vereda del pasturaje a un hombre alto y delgado con jersey blanco y bastón. Lo siguió bastante rato con los prismáticos, recuerda perfectamente hacia que lado ^{lo perdió} ~~desapareció~~ por fin de ~~su~~ vista.

- Muchas gracias, Fornallaz, el detalle me parece interesante.

Rothah volvió al comedor donde halló a Madame Reymond hablando con el camarero. Al verlo entrar la ginebrina lo miró con cierta ansiedad.

-?Nada, señor Rothah?

- Casi nada, señora.- Le repitió lo que dijera el conserje. Monique se dirigió al camarero.

- Por Dios, recuerde usted las palabras que le dijo el señor Aledo. Cualquier detalle puede orientarnos.

Brugger se concentró un momento.

- No dijo nada de particular. "¿Qué le parece el tiempo, Brugger?" Miré al cielo desde la terraza. "Bueno" le respondí, "Ligera neblina en las cumbres indica sol al medio día". El se echó a reír. "¿Cómo lo sabe usted?" Yo también solté la risa: "Así lo dicen por aquí."

-?Nada más? - inquirió el director.

- Nada más - afirmó el empleado.

-¿A qué hora sucedió eso? -,preguntó aún Monique.

- Alrededor de las ocho.

- Y¿se marchó en seguida?

- Si. Me dijo: "Buenos días, Brugger, hasta luego".

- ¿Dijo hasta luego?

- Si.

- Y, ¿cómo lo dijo?

Monique parecía darle mucha importancia a ese detalle. Los dos hombres la miraron con extrañeza. Por fin el camarero comprendió.

- De la manera más natural.

Monique y Rothah siguieron conversando mientras Brugger servía los desayunos.

⊕ No es la primera vez que desaparece - comentó el director.- De un tiempo a esta parte, usted lo sabe, el señor Aledo se ha dado a esa mala costumbre. Es el único que obra así. Los clientes que emprenden una excursión siempre avisan al hotel y lo mismo hacen cuando van a comer o a cenar fuera.

- Pero nunca permaneció ausente durante la noche - observó Monique.- Es un detalle bastante inquietante.

Rothah alzó los hombros.

- No se alarme usted todavía. Tal vez su amigo caminó mucho más de lo que calculaba y sintiéndose harto fatigado para volver, pidió hospitalidad a los pastores o queseros de las manidas de arriba.

-!Ojalá sea así!

Rothah trató aún de tranquilizarla.

- Voy a telefonar a las gendarmerías de los pueblos vecinos. A las del Valle, naturalmente, porque las del monte no tienen teléfono. Vuelva usted dentro de una hora, tal vez pueda darle una buena noticia.

- Gracias, señor Rothah.

Monique se sorbió precipitadamente el café y subió al Palace sin pérdida de tiempo. Esperaba obtener de Clarisse algún detalle que la orientara respecto al camino que pudiera haber seguido Aledo. Recordaba que la noche anterior, mientras estaban empolvándose y peinándose en el lavabo, la francesita le habló con cierta vaguedad de una escalada al Eiger.

La camarera de turno le dijo que ni Mademoiselle Lannoys ni Miss Branford se habían levantado aún.

- Es más - añadió - ni siquiera han tocado el timbre, lo cual quiere decir que descansan.

- Sin embargo - insistió Madame Raymond - debo verla enseguida, se trata de algo urgente.

- En ese caso puede llamar usted misma a la puerta; es el doscientos cuatro.

Monique golpeó con los nudillos. Se oyó la voz de Clarisse, como si viniera de muy lejos.

-¿Qué hay?

- Abra, Clarisse, por favor.

-¿Quién es?

- Monique Raymond.

Se abrió la puerta, la joven iba en camisa de noche, despeinada y descalza. Preguntó sin abrir casi los ojos.

-¿Qué sucede?

Se acostó de nuevo como si la respuesta hubiera dejado de interesarla.

- Aledo ha desaparecido.

Clarisse levantó la cabeza con lentitud, se apartó una greña del rostro. Sus ojos llenos de modorra se fijaron en Monique.

-¿Qué dice usted?

- Que Aledo ha desaparecido. Se marchó ayer mañana del hotel y aún no ha regresado.

Sin desplegar los labios la joven seguía mirando a su amiga. Recordaba el singular presentimiento que la noche pasado le oscureció el placer del baile y aquel grito que creyó distinguir viniendo de la montaña.

Monique preguntó.

- La última vez que le vió usted, no le dijo si iba a escalar alguna cima?

- No me indicó tal propósito, ni creo que lo tuviera.

- Ayer habló usted de alguien que quería escalar el Eiger.

- Cuando lo dije estaba pensando que Esteban lo intentaría quizás alguna vez pero, lo repito, no creo que saliera ayer con esa intención.

-¿En qué se funda usted para creerlo?

- No sé... Antes de ayer estuvo conmigo. Su actitud no era la de un hombre que se dispone a escalar montañas.

- A mí no cesaba de hablarme de ellas; era su tema favorito.

- Si... las evocaba con admiración y entusiasmo pero... (Clarisse trataba de expresar lo que sentía con una absoluta sinceridad)

dad) pero nunca como uno de esos excursionistas decididos a trepar a las cumbres.

- Clarisse - suplicó Monique con cierta solemnidad - haga un esfuerzo, por favor, recuerde cada una de sus palabras. El caso no es para divagaciones. Habrá que salir a buscarlo y sería mejor poder dar una orientación a los guías.

- Lo siento - dijo Clarisse, de pronto fría y cerrada como una esfinge - no puedo ofrecerle la menor aclaración.

- Perdona mi insistencia, Clarisse, recuerde, por favor, la última conversación que tuvieron juntos.

- La recuerdo perfectamente. Hablamos de edelweiss.

A esa evocación la frente de la joven se nubló. Oía como si las estuviera articulando aún las palabras que le dijo a Esteban delante de Siu, mientras aquel se alejaba... Traeme más edelweiss, Esteban.

Monique se paseaba por la habitación. Cuando llegaba a la ventana se paraba, permanecía unos segundos mirando fuera, luego volvía a caminar. Lanzaba una que otra mirada de soslayo a Mademoiselle Lannoys, separaba los labios como si fuera a hablar, volvía a juntarlos y seguía callando.

Clarisse permanecía sentada en la cama con los brazos caídos sobre el edredón, que estrujaba con manos nerviosas. De repente, sin mirar a Monique, como si pensara en voz alta igual que la otra noche, dijo:

- Era anteayer, anocheía, Sikou Siu y yo volvíamos del bosquecillo. Aledo venía del monte. Iba a pasar de largo pero yo le llamé. Llevaba el pantalón destrozado, las puntas de las botas ara-

ñadas y todo el traje sucio de tierra. Le pregunté si se había caído, me contestó que resbaló por un pedregal, que todo eso no tenía importancia.

Mientras decía estas palabras, Clarisse se había levantado de la cama, se dirigió al cuarto de aseo. No cerró la puerta de comunicación para que Monique siguiera hablándole si lo deseaba.

- Vuelvo al Hotel - le gritó ésta de repente - a ver si Rothah ha conseguido alguna noticia.

- Espéreme un momento, voy también.

Mientras caminaban hacia el Kurthaus, Madame Reymond le preguntó a Clarisse.

-¿Le parece normal que volviera del monte con el traje sucio y destrozado y las botas arañadas?

Clarisse alzó los hombros.

-¡Es un hombre tan especial!

- Por especial que sea no se lanza uno en busca del peligro porque sí. Diríase que trataba de distraerse por todos los medios, olvidar algo que le atormentaba.

Eminaron unos pasos sin que Clarisse se decidiera a hablar.

- Aquella mañana - dijo por fin - me propuso que me casara con él. Yo le contesté que no le amaba bastante para sacrificarle mi libertad.

Monique se detuvo, puso una mano sobre el brazo de su compañera.

-¿Nada en él dejaba presentir la posibilidad de... de que atentara contra su vida?

A Clarisse se le escapó un ligero grito de protesta.

- No, no, su aspecto era el de un hombre contrariado, zaherido, pero desesperado, no.

- Mejor, mejor. Eso nos permite esperar aún.

Al llegar al Kurthaus pasaron en seguida al despacho del director. Este las recibió con aire pesaroso.

- Telefoneé a la gendarmería de Wengernalp, de Griesalp, y de Allmendhubel. No han visto a ningún excursionista que responda a las señas del señor Aledo.

- Habrá que avisar al jefe de los guías para que mande una columna de socorro - sugirió Monique.

- Usted no los conoce - saltó Rothah - si voy allí a pedirles éso me recibirán con cajas destempladas. A un individuo que emprende una ascensión sin dejar dicho el lugar a donde se dirige, ni a la hora que piensa volver, no se le va a buscar, me dirán y tendrán razón; bueno, estaría que se movilizara una columna de socorro para un mozalbete que puede no haber salido de Mürren, estar en un hotel viviendo una aventura amorosa o durmiendo la mona en un chalet particular. Eso me dirán y ¿qué puedo yo responderles?

- Esos argumentos serían válidos si uno de los guías no le hubiera visto emprender una excursión por la vereda del pasturaje - arguyó Monique.- Es por ahí por donde hay que buscarle y no en un chalet particular o en un hotel.

Herr Rothah se restregaba las manos con cierta nerviosidad.

- No se acalore usted por Dios, Madame Reymond, se hará todo lo que convenga. Pero con los guías jurados no se puede jugar. Se trata de una institución muy seria a la que no hay que acudir más que en casos desesperados o muy graves.

- Se trata de un caso grave, estoy segura - dijo Monique.- Ha

ce veintisiete horas que salió del hotel vestido y calzado como para un paseo por los alrededores de Mürren, si no ha regresado es que algo muy serio le ocurre.

El director del Kurthaus parecía vacilar aún.

- ¿Qué hacemos, señor Rothah?

Este miró el reloj.

- Si a la hora del almuerzo no ha regresado ni se ha recibido ningún aviso de las gendarmerías cercanas, iré a requerir el auxilio de los guías. Ellos lo encontrarán vivo o muerto.

Invitó a las dos damas a visitar la habitación de Aledo. Podía, dijo, hallarse en ella algún indicio explicativo de la desaparición del joven y, francamente, prefería practicar esa diligencia acompañado de testigos.

Entraron. Vieron la cama intacta, el armario entreabierto. Dentro estaban las botas claveteadas, la mochila y el grueso jersey de pelo de camello: Al abandonar el Kurthaus, Esteban no se proponía pues escalar ningún pico ni encaramarse hasta las regiones de las nieves y los hielos perpetuos.

Dieron una ojeada a la mesa. Había allí dos o tres libros de montaña, papel de cartas y sobres y, además, varias postales con vistas del Oberland. Una de ellas iba dirigida a Doña Carmen de Aledo; llevaba como dirección una calle de Alicante, decía: "Querida madre, estoy bien, sigo recorriendo cada vez con más entusiasmo estas maravillosas montañas. Pronto..." Al llegar a esta palabra, sabe Dios por qué motivo, Esteban había abandonado la escritura.

Ninguno de los tres intrusos conocía el castellano, trataron de descifrar inútilmente el texto trazado en la cartulina.

- Es un acto poco delicado - se excusó Rothah con tono com-

pungido, pero a veces un detalle cualquiera...

- Lástima que no podamos comprender lo que dice esa postal.

- Únicamente que se dirige a su madre - dijo Clarisse - la palabra madre se parece en muchas lenguas.

- Es verdad - aceptó Monique, y añadió:

-!Pobre señora!

Clarisse pidió a Monique que le telefonara así que supiese algo de Esteban y en seguida emprendió el regreso al Palace. Por el camino sintió algo muy particular. Le parecía haber entrado en un mundo diferente. Todos los valores estaban trastornados, los conceptos impugnados, los sentimientos opuestos. Esas ingentes cimas que la rodeaban, de las cuales sentía la presencia sin necesidad de mirarlas, no eran aquello que fueron unas semanas antes: paisaje grandioso ante el que se extasiaban millares de criaturas humanas, sino unos monstruosos malvados e hipócritas capaces de atraer, fascinar y devorar a los incautos.

Y esa Clarisse que caminaba a su lado como una sombra, a la que se sentía de pronto extranjera, una vanidosa capaz de creerse más fuerte que la montaña con la que colaboró inconscientemente para la destrucción de Aledo.

Clarisse quería tergiversar con su conciencia y seguir viviendo aquella existencia fácil e irresponsable que viviera hasta entonces. Pero la sombra de Aledo se lo impedía. Esa sombra parecía reprocharle aquellas palabras, aquellos actos ligeros y egoístas que destruyeron la serenidad del joven. Era preciso que Aledo volviera indemne para que ella pudiera seguir gozando de la vida: saborear la juventud, la hermosura, la riqueza. Aunque juventud, hermosura y riqueza no representaran ya para ella lo que represen-

taban antes.

Clarisse recordaba, con una minuciosidad asombrosa, cada detalle del rostro del joven español, cada forma de expresión de sus ojos, de su sonrisa, los mohines de su boca y, sobre todo, sus palabras: "Si fueras pobre y estuvieras enferma, te quisiera más aún". Entonces Clarisse no les dió la menor importancia y ahora, cuando era quizás demasiado tarde, comenzaba a apreciarlas en su justo valor.

?Por qué la amaba tanto ese hombre y por qué no podía ella corresponderle?

Viose un momento como Esteban la veía a través de su amor y lamentó no ser esa mujer ideal que merece ser amada pobre y enferma. Aunque, tal vez, pensó, el amar a un ser sin salud ni recursos no depende específicamente del que es amado sino y principalmente del que ama.

Sin duda un alma noble y generosa presta cualidades ilusorias a otra alma vulgar a la que ve únicamente a través de la suya, atribuyéndole sus propias cualidades. Nadie es de esta o de esta otra manera, continuaba pensando Clarisse, sino tal y como lo ven los ojos del que le mira. El odio, el amor, la indiferencia, pueden hacer de una sola persona tres seres completamente distintos.

Entregada a estas cavilaciones se halló sin darse cuenta en el vestíbulo del Palace. Se acercó a la centralita telefónica, le preguntó a la telefonista.

-?Ningún recado para mí, Fräulein Zeller?

- Ninguno, Mademoiselle.

Clarisse se dirigió al cuarto de Miss Branford. Nelly parecía dormir aún. La sacudió ligeramente por el hombro.

- Miss Branford, es hora de almorzar.

Nelly sacó una mano de las sábanas, se apretó la frente y el cráneo.

-¡Ay, mis sienes!

Clarisse recordó la Nelly radiante de la noche pasada, la comparó al despojo humano que gemía en el lecho. Sintió un asco profundo hacia el mundo y sus débiles criaturas. Dijo casi gritando:

- Miss Branford, Miss Branford, Aledo ha desaparecido, ¿sabe?

De los pretendientes de Clarisse el español era el preferido de Nelly. Sin embargo no se movió, no dió muestras de haber oído la inquietante noticia.

- Me duele horriblemente la cabeza - gimió.

Clarisse alzó los hombros, se apartó del lado de Nelly. De pronto se le ocurrió disolver dos comprimidos de aspirina en agua azucarada.

- Beba, Miss Branford.

La enferma se incorporó suspirando, tendió la mano, agarró el vaso, se tragó el contenido de un sorbo y volvió a desplomarse en las almohadas.

Clarisse entró de nuevo en su habitación. Fijó la vista en el teléfono con un renuevo de esperanza. Monique iba a llamarla; le comunicaría que Aledo estaba ya en el Kurthaus. Rothah debía hallarse en lo cierto. Aquel ansia de descubrir horizontes nuevos le había empujado hasta Dios sabe que altura y al ver que se hacía de noche y no tenía tiempo de volver, se habría refugiado en una manida de queseros o pastores de alta montaña.

Clarisse iba a arreglarse para bajar al comedor. Se colocó

ante el espejo, empezó a pintarse los labios, a peinarse la melena. Recordó que la señorita de compañía llevaba cuatro años a su servicio siguiéndola fielmente a todas partes. Esta sería la primera vez que faltaba a su obligación; Como debía sufrir la pobre! ; Haberse embriagado en público, haber descubierto a extraños sus ansias insatisfechas de amor y de afección! Henri Bonnard, al burlarse de ella, agravaba la situación. !Desventurada Nelly!

Por un instante Clarisse había olvidado el teléfono y ahora de súbito se puso a mirarlo interrogativamente. Como si el aparato tuviera un alma capaz de conmoverse ante su anhelo, la joven se sentó cerca de él, lo fijó con la mirada suplicante. Mantenía la cabeza tensa e inmóvil y el oído atento. Debía estar a punto de sonar. Esa alegre vibración llenaría todo el cuarto de esperanza y en seguida la voz de Monique diría precipitadamente y regocijadamente: "Aledo está de vuelta". Clarisse no tenía la menor duda; todo sucedería según su deseo, como siempre hasta entonces. Pero, ¿vendría Esteban ileso? Púsose a hacer un cálculo de probabilidades; no llegaba a ningún resultado. La incertidumbre volvía a reinar en su interior.

Sentía ya escozor en los ojos a fuerza de tenerlos fijos en la cazuelita niquelada. Los entornó un instante y volvió a abrirlos temiendo que si dejaba de mirar se rompiera el encanto y el teléfono siguiera mudo. He aquí, se dijo con tristeza, que ni mi mirada ni mi sonrisa (porque también le había dirigido una sonrisa al aparato) pueden obligar a ese macito metálico a ponerse en movimiento.

Cansada de esperar, llamó a la centralita del Palace.

- Deme el Kurthaus, por favor.

Le parecía que tardaban una eternidad en dárselo y cuando hubo preguntado por Madame Raymond, la primera eternidad se le antojó un instante comparada con la segunda.

Por fin oyó la voz de Monique.

- Diga, diga, ¿quién es?

- Clarisse Lannoys. ¿Nada de nuevo?

- Nada. Monsieur Rothah espera aún. Si hay algo ya la avisaré.

- Gracias, Monique y... perdone.

Se quedó de nuevo mirando al aparato telefónico, esta vez con enojo e inquina.

Volvió al cuarto de Nelly.

- Oiga, Miss Branford, ¿está mejor?

Nelly hizo un gran esfuerzo para levantar la cabeza. A cada movimiento que iniciaba parecía que iban a partirsele las sienes. Oía unos tremendos golpes en el cráneo mientras una saliva amarga se le esparcía por la boca. Miró con desespero a Mademoiselle Lannoys.

- Oh... oh... - sufro tanto...

Iba a prorrumpir en sollozos pero se contuvo a tiempo. Escondió la cabeza en la almohada, se la cubrió con la colcha.

Clarisse se dirigió a la ventana, entornó los postigos y salió de puntillas.

En aquel momento el timbre del teléfono de su habitación se puso a sonar. Clarisse corrió al aparato, descolgó el receptor, acercóse el auricular al oído con el corazón palpitante.

-¿Mademoiselle Lannoys? - decía una voz de hombre.

- Yo misma. Diga, diga...

-¿No baja usted a comer?

Era el propio Herr Probst. La desilusión de la joven fué terrible. Apenas pudo balbucear.

- Si, gracias.

-¿Está usted enferma? - preguntó el paternal director con ansiedad.

- Estoy maravillosamente bien.- Y colgó bruscamente el receptor.

Le echó una mirada al espejo, volvió a ponerse colorete y una ligera capa de polvos. Bajó en seguida al comedor. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa por estar sola, enteramente sola en aquella gran sala, con un camarero sordo-mudo que la sirviera.

Todo el mundo ocupaba ya sus respectivos asientos y muchos pares de ojos se volvieron a mirarla. Saludó a derecha e izquierda, devolvió reverencias y sonrisas. Por fin se sentó a su mesa, cerca de un ventanal.

Estaba desplegando la servilleta cuando llegó Bonnard.

- Todo el mundo habla del accidente de Aledo - dijo después de saludarla -!Pobre muchacho!

- Aun no se sabe nada de cierto - objetó Clarisse.

- En estas malditas montañas siempre hay que temer lo peor - exclamó el francés mientras se alejaba.

Clarisse le siguió con la vista. Le vió pararse con Françoise Morex. Suposo que estarían comentando la desaparición de Esteban. Pronto no se hablaría de otra cosa. Después del almuerzo

se formarían corrillos. Hombres y mujeres, franceses, alemanes, ingleses y suizos comentarían con pasión ese nuevo accidente de montaña.

Comía precipitadamente con la idea de marcharse del comedor lo antes posible y evitarse el deprimente espectáculo.

Otto Probst se le acercó para preguntarle por Miss Branford.

- Con jaqueca - le contestó Clarisse con la vista fija en el plato para demostrar su deseo de no seguir hablando de la señorita de compañía.

El sagaz director lo comprendió y después de inclinarse profundamente, se alejó con paso ligero.

A un extremo del comedor Sikou Siu, sentado a la mesa, le estaba poniendo mantequilla a una rebanadita de pan. Practicaba ese acto con suma delicadeza y esmero como si de él dependiera la vida o la honra de alguien. Clarisse sintió ganas de reír, hasta se le torció la boca como si realmente fuera a hacerlo, pero la risa se trocó en llanto. Era triste, muy triste comprender de pronto que ese hombre de rostro amarillo, ridículamente sòlemne, era el mismo que ayer noche le parecía tan interesante, tan atractivo, casi fascinador. Inesperadamente sus ojos se encontraron; ambos inclinaron la cabeza con ceremoniosa cortesía.

Es un desconocido, se dijo Clarisse, es un extranjero mucho más desconocido y extranjero que el día que me lo presentaron. Entonces ella era aún una joven henchida de curiosidad, ávida de emociones para la cual la aureola de exotismo y de misterio que nimbaba al pintor japonés, resultaba poderoso aliciente. Desconocidos y extranjeros resultaban también Monique, Françoise, Bonnard, Moën y Maddison. (se daba cuenta en aquel momento). ~~Recepción ni desca~~

~~se descomponen~~. Todos sus compañeros de veraneo y las personas allí reunidas se le antojaban muñecos de guiñol. La divertieron durante unas semanas, pero la farsa terminó y ahora sólo veía en ellos rostros pintarrajeados y gesticulantes, reverencias rígidas, palabras huecas de ventrilocuo. Sufrió idéntico desencanto que un niño mimado a quien se despoja de todos los juguetes o a quien se le descompone el objeto más apreciado.

Sin esperar el resto del almuerzo, se levantó de la mesa, salió del comedor. Procuraba dar a sus pasos un ritmo regular y tranquilo pero así que hubo atravesado el umbral se hechó a correr hacia el ascensor. Temía que alguien la siguiera, que alguien le hablara.

Al pasar por delante de la telefonista sintió oprimírsele el corazón. Monique no había telefonado y era ya la una y media. Hubiera preferido ignorar la hora, pero no era posible atravesar el vestíbulo sin ver el enorme reloj que descarada y cruelmente extendía las agujas a través de la esfera.

Entró a ver a Miss Brandford; la encontró gimiendo aún con la cabeza entre las manos.

-¿No está mejor?

- Si... si... - balbuceó Nelly entre sollozos - gracias, señorita, gracias.

Clarisse se encerró en su habitación, tomó la novela de Charles Morgan Sparkenbruch, la abrió por la página señalada. Dos días antes Sparkenbruch era una historia excitante y amena; aquella tarde su contenido no le interesaba. Comprendía las palabras, escritas en aquella lengua que le era tan familiar como

la suya propia, pero las palabras carecían de sentido, eran monótonas, vacías...

Cerró el libro, fijó la mirada en el teléfono. Ese instrumento, tercamente encerrado en implacable mudéz, le ponía los nervios tensos.

~~Dejó el asiento, fijó la mirada en el teléfono. Ese instrumento, tercamente encerrado en implacable mudéz, le ponía los nervios tensos.~~

Dejó el asiento, se acercó a la ventana. La visión de la augusta serranía con sus enhiestos picos coronados de nubes grises, avivó su pesar. Era ahí, en una de esas hondonadas o detrás de esas cresterías y peñascales donde se hallaba el cuerpo muerto o herido de Esteban.

Su triunfante juventud y sus millones resultaban inútiles ante el cruel enigma de la montaña. Hubiera dado una parte de esos tesoros para que las agujas del reloj rodaran vertiginosamente y se conociera por fin la suerte del desaparecido: tranquilizarse por completo o perder por fin la esperanza. Esta esperanza era cada vez más débil, cada vez más vacilante.

Emprendió el camino del Kurthaus con ansia de enterarse de las diligencias que Rothah y Monique hubieran practicado para la búsqueda de Esteban. Al verla atravesar la terraza, el conserje salió a su encuentro:

- Herr Rothah y Madame Reymond han ido al poblado de Murren a requerir el auxilio de los guías.

Clarisse dió las gracias y se dirigió también allí.

Gracias a los dos comprimidos que le había dado Clarisse, Nelly iba saliendo ya de un largo y doloroso período de aturdimiento.

Algo muy grave le sucedió el día anterior, algo que comenzaba a pesar sobre su renaciente conciencia. Pero los aldabonazos de la frente no le permitían aún medir el alcance de lo sucedido. Incluso el menor esfuerzo mental le aumentaba la jaqueca. Tenía miedo de recordar, hubiera deseado dormir aún, dormir más, dormir para siempre. ¡Qué bueno no haber despertado!

La realidad venía por oleadas como la marea creciente. A cada nueva embestida de la memoria, pasaba como un relámpago de lucidez, se apagaba de nuevo, para volver a lucir un momento más tarde. Los retrocesos al país de las sombras se hacían paulatinamente más breves y los períodos de claridad menudeaban, se hilvanaban ya a través del caos, para formar pensamientos unidos y coherentes.

El sentido moral de los Branford, jamás desmentido aún en la familia por la aparición de un poeta, de un músico, de un actor o de un titiritero, obligaba a Nelly a reconocer la vergüenza de la noche anterior.

¡Se había emborrachado! Nelly no buscaba atenuantes. No pudo resistir la tentación de beber champagne, saciarse de esa deliciosa bebida (Deliciosa ayer porque hoy sentía náuseas sólo con evocarla). Hasta aquel fatal momento no se había embriagado nunca y no podía prever las consecuencias de semejante acto. Cuanto más bebía más deseaba beber y a medida que iba vaciando

do copas y más copas (siempre prodigiosamente llenas) pensamientos, y sensaciones se transformaban. Aquel horrible complejo de inferioridad desaparecía, llevándose con él las dudas de una posible felicidad. Esa ansiada felicidad Nelly, no sabía donde buscarla ni creía que existiera para ella. Pero el champagne le esparció por todo el cuerpo un calor juvenil y por el espíritu, una loca y absurda ilusión, la loca, la absurda, la deliciosa ilusión del amor.

Al componer esta palabra con el pensamiento, Nelly sintió nuevos y atroces aldabonazos en las sienes. Cuando éstos se calmaron algo, la idea del amor estaba aún allí bien impresa en el ánimo de la virtuosa solterona. Amor, amor, amor, ¡oh deliciosa y embriagadora esperanza!

Nelly sollozaba con la cabeza entre las manos y el terrible dolor de cabeza se mezclaba con el dolor de la desilusión.

El realismo inglés seguía funcionando a través de jaquecas y represiones. Aquel hombre (nunca más, ni de pensamiento, se atrevería a nombrarle Harry y tampoco Monsieur Bonnard), aquel hombre se había burlado de ella. Le bastó a Nelly considerar un instante quien era él, un ingeniero jefe de los ferrocarriles del Estado y ella, la señorita de compañía de una hermosa y rica heredera, para comprender en seguida que aquello había sido una de las espirituales chanzas del francés. Nelly le daba gracias al Señor de que le permitiera comprenderlo ahora mismo y librarse así de disgustos y verguenzas mayores.

La cabeza de Nelly seguía mejorando y los detalles de la famosa velada se le presentaban como escenas de una novela de

amor, todas a cual más deliciosas: exquisitas palabras de ternura y de pasión, dichas con voz ardiente y suave; tiernas y afectuosas miradas a través de los vidrios de las gafas... (!Oh, esa mirada de los miopes, tan insistente y acariciadora! Si Nelly hubiera de escoger marido alguna vez, lo quisiera miope. No podría amar nunca a un hombre que no fuera miope)...y... y... oh, vergüenza y delicia, aquellos besos apoyados, largos y cálidos que posaba él en su mano (los primeros y probablemente los últimos que recibiría en su vida).

De pronto Nelly, gracias a su racial sentido común, comprendía que estaba sin duda destinada a la castidad forzosa. Ningun hombre, ni en serio ni en broma, volvería a poner los labios en su mano. Pero alguien los posó ayer noche y eso no lo había soñado. Le sucedió a ella, a Nelly Branford, educada en la más severa y exigente moral anglicana cuando iba a cumplir los cincuenta años!

Era un milagro. Alguien, no podía recordar quien, lo dijo ya ayer noche: los milagros existen. Pero éste había sido un milagro pasajero, tal vez la ilusión de un milagro, y ahora...

Nelly volvió a sollozar con el rostro entre las manos. La vida era terriblemente injusta. Gracias a las bromitas de... de aquel hombre, ella conocía ahora palpablemente el sabor excitante de las caricias.

Redoblaba su llanto. ¿Cómo podría acostumbrarse de nuevo a la inmensa soledad del mundo? Si pudiera marcharse de Murren... Si tuviera la libertad de cojer la maleta y escapar a toda prisa... Pero ella, Nelly Branford, no representaba socialmente mu-

cho más que una maleta. Hasta que Mademoiselle Lannoys decidiera la partida, debería quedarse en la estación climática, igual que si no tuviera ni sentimientos, ni voluntad, fría, indiferente y vacía como las propias maletas de Mademoiselle que esperaban en lo hondo de un armario. La patrona parecía inclinarse ahora hacia el japonés. ¡Qué asco, un hombre de color! Nelly no podía creer que Clarisse se sintiera sinceramente atraída por aquel rostro amarillo con ojos de azabache y cabellos negros y lacios. ¡Caprichosa criatura! Preferir ese especie de mono a los tres blancos que la adoraban, sobre todo el español. Pero ¿qué le dijo Mademoiselle Lannoys a propósito de ese muchacha? Algo triste, algo como... "Perez... No era Perez, era García... Tampoco era García, tal vez Alvarez. Eso: "Alvarez ha sufrido un accidente de montaña". ¡Pobre Alvarez!

Nelly se secó las lágrimas, se sonó. Le dolía aún la cabeza y lamentaba sinceramente el percance del español (ya no estaba segura de que su nombre fuera Alvarez). No podía comprender la crueldad de Mademoiselle Lannoys cuya negativa de aceptarlo en matrimonio oyó perfectamente la otra mañana mientras fingía interesarse por el partido de tenis. Ser amada como lo era su patrona se le antojaba la mayor de las dichas. ¡Oh, si la farsa de ayer noche pudiera ser verdad! ¡Si Harr... si aquel hombre la amara de veras, como había fingido amarla! Ella no fingió, ella sintió y sentía todavía, en aquel momento, una atracción avasalladora, aunque inconfesable, por el francés. Lo amaba, lo amaba, sí. Podía repetirlo sin vergüenza y con una especie de amarga dicha; abrazada a la almohada, temblorosa, sollozante. Le pareció

oir la voz de su padre que decía: "~~Ma~~ Estás chocha, mi pobre Nelly". "Siempre serás la loca de la familia". La única loca de la familia, pensó. Y, cosa rara, no le dolía serlo ni lamentaba ya lo sucedido la otra noche. Ninguna mujer de la familia Branford, Nelly estaba segura, había recibido aquellos besos en la mano, ni escuchado aquellas dulcísimas palabras...

*

Monique había esperado que Aledo volviera al Kurthaus. Le costaba aceptar que aquel mozo resuelto y despreocupado, que por otra parte no intentaba escalar ninguna eminencia ni encaramarse a ningún glaciar, fuera una víctima más de la montaña. Pero cuando al lado de Rothah, de pie a la puerta del chalet, pudo asistir a la silenciosa y siempre impresionante partida de los rudos y hoscos montañeses armados de palos, picos, cuerdas y sacos, sintió que la abandonaba la esperanza.

Lo mismo en el Oberland que en los Alpes Réticos que en los poblados alpinos del Mont Blanc y de la Aguja Verde, cuando el jefe de los guías moviliza a cuatro o seis hombres para que salgan a la búsqueda de un desaparecido, los que esperan pueden contar con noventa y nueve probabilidades contra cien de que volverán sólo con el cadáver. Esta idea le parecía ^{Fam}espantosa a Monique, que ^{aún}trataba de hacerse ilusiones: tal vez lo encontrarán vivo aunque fuera con una pierna o un brazo roto, o los dedos o la nariz helados. Todo le parecía mejor que la muerte y esperaba, sabe Dios con que triste anhelo, convertirse en enfermera del pobre muchacho.

Monique recordaba a los guías del Valle de Aosta a los cuales vió partir una vez en busca de una muchacha que se había extraviado al pie del Grand Saint-Bernard. Alegres, decididos como si fueran a una fiesta, consolaban a la familia y se despidieron de ella con promesas de feliz retorno. Volvieron al cabo de unas horas, tal y como prometieron, pero ya no charlaban ni reían porque habían encontrado a la joven con el cráneo destrozado y los miembros helados. La traían en unas parihuelas y la dejaron en el vestíbulo del hotel ante los ojos secos y estúpidamente abiertos de los padres. El más joven de los guías, aquel que hablaba y prometía más, sollozaba inconsolable ante el cadáver. ¡Qué diferencia entre aquellos comunicativos y afectuosos montañeses y estos desabridos y cerrados suizos alemanes del Oberland!

Partían sin una mirada, sin una sonrisa, sin una palabra alentadora. Cumplirían con su deber como los mejores, expondrían la vida y tal vez la perdieran por salvar la de ese extranjero o recuperar su cuerpo, si había perecido. Pero nadie sabría, ni siquiera podría sospechar, lo que ocultaban esas almas disimuladas. Habían jurado sobre los Evangelios fidelidad y solidaridad a los compañeros de la montaña y hasta el agotamiento de sus fuerzas serían fieles a ese juramento. Funcionaban como máquinas perfectas, sin un destello de compasión o de simpatía aparente. Tal era la idiosincrasia de los naturales del macizo central.

Caminaron los primeros setecientos o mil metros que van del poblado de Mürren hasta lo alto de la primera loma donde el guía de vigilancia viera a Aledo por última vez, con paso passimbnioso y firme. Y en el dramático silencio de los que los veían alejarse, oíase retumbar la tierra bajo sus pisadas.

Se les vió por última vez en fila india destacándose en el vacío; un momento antes de desaparecer, Rothah volvióse entonces a Monique, vió que Mademoiselle Lannoys estaba también allí. Había llegado en silencio y asistido con emoción a ese acto tan sencillo e impresionante. Dirigiéndose a ambas y refiriéndose a los guías, Rothah explicó:

- Ahora se dividirán en dos grupos. Uno de ellos se dirigirá directamente a lo alto del pasturaje donde se halla un campamento de queseros y pastores. Puede que el señor Aledo se haya refugiado en algunas de esas manidas caso de hallarse enfermo o herido. El segundo grupo se encaminará a la falda del Eiger donde, según el informe de un rabadán de paso, vióse ayer noche una gran hoguera.

- Dios quiera que los unos o los otros den con él - suspiró Monique.

Rothah alzó los hombros.

- Nosotros hemos hecho lo único que podía hacerse, ahora que los guías hagan el resto.

Aquella tarde acudieron al Palace, desde donde se divisaba una gran extensión de país, muchos veraneantes de Mürren huéspedes de otros hoteles menos privilegiados, llevados por la curiosidad y el ansia de distracciones nuevas. En la estación climática no se hablaba aquel día de otra cosa que de la desaparición de Aledo. Era el tema casi obligado de las conversaciones y la montaña, el punto de mira de toda clase de instrumentos ópticos. Se habían movilizado con tal objeto anteojos de larga vista, prismáticos, catalejos, gemelos de todos los tamaños y sis-

temas. Alguien había dicho que un grupo de guías iba a encaramarse por aquellos tremendos riscos y el que más y el que menos, examinaba sistemáticamente las abruptas laderas, las sombrías hondonadas, los vertiginosos despeñaderos y las agudas aristas del Eiger.

En derredor del telescopio del Palace, montado sobre trípode en la terraza, se formaron algunos grupos. Mientras esperaban turno para pegar el ojo al lente, los veraneantes comentaban y lamentaban aquel probable accidente alpino, el cuarto o quinto de la temporada. Esta vez la víctima parecía ser cierto español que la mayoría no conocían ni de vista, Otros sabían de él que era un buen ballador de tango y algunos que habitaba el Kurthaus y frecuentaba la tertulia de Mademoiselle Lannoys.

Bonnard había prestado a Monique y a Clarisse unos prismáticos alemanes de gran potencia con los cuales las dos mujeres se disponían a examinar el Eiger desde una ventana. ¡Tarea difícil y minuciosa! Por más que dilataban las pupilas y se irritaban los párpados, no conseguían ver nada que pudiera relacionarse con el drama de Aledo.

Cansáronse pronto de mirar, abandonaron la atalaya, sentáronse una junta a otra en el interior de la habitación. Monique tomó la labor, Clarisse abrió el libro de Charles Morgan.

Un rato más tarde volvieron a atalayar el monte pero tampoco consiguieron descubrir la menor huella de los guías. Clarisse trató de interesarse por la novela pero al cabo de unos minutos la tiró despectivamente sobre el lecho, exclamando:

- Esta incertidumbre es horrible.

Monique abandonó también la calceta:

- Debemos tratar de serenarnos y saber esperar.

- Es lo más difícil. ¡Si pudiéramos hacer algo!

- Nosotras permanecemos inactivas, pero los guías buscan.

La pericia y el tesón de esos montañeses son incalculables. Dice Rothah que no volverán sin Aledo aunque tengan que buscarlo tres días con sus tres noches. Pero yo tengo la esperanza de que no tardarán en hallarlo. No puede haberse alejado mucho.

- Quien sabe... - suspiró Clarisse.

- Lo mejor sería pensar en otra cosa pero no es posible, claro.

- Oh, no, no es posible.

En aquel momento se oyeron exclamaciones y comentarios en la terraza. Sin cambiar una sola palabra las dos mujeres bajaron a toda prisa.

-¿Han visto algo?

- Nada - explicó el francés - o mejor dicho, nada que pueda relacionarse con el caso que nos interesa.

Monique se inclinó hacia Bonnard.

- Pero, ¿qué vieron?

- Vieron, y pueden verse aún, unos hombres que descienden la falda del Eiger con paso firme. Tienen el aspecto de gente sana y victoriosa, pero...

Probst, que se había juntado al grupo, intervino sin dejarlo terminar:

- Los guías que han salido en busca del señor Aledo no tienen tiempo material de haber llegado a esas alturas y menos de volver.

- Es una observación justísima - aceptó Bonnard.

A penas terminaba de decirlo cuando llegó Maddison.

- Los he seguido con los prismáticos hasta que han desaparecido detrás de una loma, luego...

- Se trata de otro grupo de excursionistas - interrumpió Probst.

- Perdón, yo no hablo del grupo, hablo de una pareja de guías.

Clarisse y Monique se acercaron al yanqui. David les explicó:

- Media hora después, los he visto salir del bosque y comenzar a trepar por una trocha. No sé que habrá sucedido a los otros dos, porque han salido cuatro ¿no es eso? Por más que he examinado toda la vertiente sur del Eiger, no he conseguido ver a nadie más.

- Pero a esos dos, ¿se les ve aún? - preguntó Clarisse con interés.

- No puedo asegurarlo - contestó David pasándole los prismáticos.

La joven estuvo algun rato mirando por ellos sin decir nada y de pronto gritó:

- ¡Los veo! Aún no han llegado al helero que se distingue como a media altura del monte.

- Pero ¿pueden ser los que han salido hace apenas tres horas? - preguntó Monique dirigiéndose a Probst.

- Si, claro, en tres horas tienen tiempo de llegar al helero. Hoy no se arriesgarán más arriba, buscarán al pie de las quebradas. Es el método que siguen siempre. He presenciado desde

aquí innumerables búsquedas de desaparecidos. Cada verano se extravían cinco u ocho extranjeros por las montañas de Mürren. El caso del señor Aledo no es nuevo.

El director del Palace se explicaba como un maestro de escuela ante un grupo de alumnos.

- Aventurarse sin un guía por esos andurriales, es positivamente una locura - comentó.

Monique le lanzó una mirada fulminante.

- Esa locura Aledo no la ha cometido.

Probst sonrió indulgente e incrédulo. Siguió sin abandonar el tono magisterial.

- El jefe de los guías jurados rogó a todos los directores de hotel que pusiéramos un cartelito en el vestíbulo adviertiendo a los huéspedes *que* no se iría a buscar a ningún desaparecido si antes de emprender la ascensión no se ponía en conocimiento de la casa el itinerario exacto de la excursión.

Clarisse replicó:

- Eso en caso de intentar alguna escalada, pero no si se trata de salir un par de horas por los alrededores de Mürren.

Para contestar a Mademoiselle Lannoys el tono de Herr Probst fué más untuoso, menos docto.

- Según dice mi colega Herr Rothah, el señor Aledo tenía la costumbre de ausentarse todos el día sin advertir nunca a la casa, ni informar a nadie de sus proyectos.

- Eso sólo ha sucedido una o dos veces - concretó Monique.

Pero Herr Probst no la hizo caso, siguió perorando ante el grupo de veraneantes:

- La juventud es imprudente, sobre todo tratándose de extranjeros que no conocen los peligros de la alta montaña. Creen siempre que pueden atreverse sin guía con cualquiera de esos tremendos gigantes, como si escalaran una loma o un cerro en sus latitudes.

Bonnard pareció de pronto atacado de fiebre patriótica.

- Los franceses son muy buenos escaladores.

Probst tomó un aire de superioridad.

- Quizás, pero muy imprudentes.

- Arriesgados y corajudos - corrigió el francés.

- No lo niego, pero lo triste del caso es que el... digamos coraje o locura de algunos, ha de pagarlo otro. Es mucho más peligroso explorar la montaña en busca de un desaparecido que encaramarse hasta el pico más elevado de una sierra si esto último se practica con las debidas precauciones.

-¿Cuántos guías han salido al encuentro de Esteban? - preguntó Bonnard.

- Solo cuatro - dijo Monique.- No había más disponibles.

Probst meneó la cabeza.

- Son pocos no teniendo ningún indicio del camino que iba a seguir.

- Se sabe que tomó el camino del pasturaje, luego desapareció en una hondonada.

- Lo que no comprendo es que el guía que lo vió no lo siguiera con los gemelos como es su obligación - dijo Clarisse.

- Hice la misma observación a mi colega Herr Rothah. Me ha explicado que al propio tiempo que el señor Aledo doblaba la

cumbre de la loma, descubrió una cuerda de excursionistas por las últimas cresterías del Eiger, a unos tres mil metros de altitud. Es un tránsito muy peligroso y hasta que hubieron vencido el mal paso el guía de vigía los siguió atentamente con los gemelos. Luego cuando quiso volver al señor Aledo éste había desaparecido en las quebradas o en los bosques. Pensó que habría regresado a Mürren y no se ocupó más de él.

Sonó la hora del te. La mayoría de los curiosos abandonaron la terraza aunque algunos se lo hicieron servir allí mismo. Así, entre sorbo y sorbo de la perfumada infusión, entre bocado y bocado de los deliciosos emparedados o golosinas, podían seguir observando los montes como si, de un momento a otro, esperaran descubrir en ellos algo sensacional. Todos habían ido a buscar a Mürren la calma y el reposo de la alta montaña pero estaban algo hartos de quietud y monotonía; la aparición inesperada de un nuevo drama constituía para ellos una variedad excitante.

Después del té, la terraza volvió a animarse. Cerca del telescopio se formaban sin cesar nuevos grupos que esperaban turno para aplicar la vista al lente. Aunque nadie sabía a que lado se dirigió el desaparecido, el rumor público se inclinaba por el Eiger. Era pues a esa agudo y solitario picacho que todas las miradas se dirigían. Paseábanse por las zonas boscosas que se extienden por los primeros contrafuertes, subían por las abruptas quebradas hasta el pie de los ventisqueros y del helero en forma de triángulo, y de allí se remontaban hasta las agudas aristas que se unen para formar la puntiaguda cima. Aquella tarde, una vaporosa nube se había enganchado en ella, parecía flotar como un velo.

El día palidecía ya sin que ningún observador descubriera en aquellos páramos el paso de los dos guías a los cuales parecía haberse tragado también la montaña.

Los grupos se disolvieron o se aclararon. Antes de que se hiciera de noche, los curiosos volvieron a sus respectivos hoteles, unos entraron en el Palace a vestirse para la cena; otros, como fascinados por el enigma del Eiger, seguían examinándolo aún con los prismáticos y el telescopio.

Yvonne Le Sentier era uno de ellos. Acompañada de su fiel Pierre, no dejaba de mirar a los montes a través de los cristales de aumento.

No creía necesario disimular su simpatía hacia el español y aunque no se dirigía a nadie en particular, los que se hallaban cerca de ella podían oírle repetir:

-¡Pobre Esteban, tan gallardo, tan bueno, tan franco, lástima de chico!

Con el peculiar acento parisino y su manera de cortar las palabras expulsándolas a un ritmo seco y acelerado de ametralladora, seguía hablando sin dejar de mirar a los montes.

- Esa mujer tiene la culpa. Ha jugado con él, le ha hecho perder la cabeza con sus coqueterías, le ha empujado a la desesperación.

Pierre no se cansaba de advertir:

- Habla más bajo, Yvonne.

-¿Y qué? Todos le hemos visto llegar al Kurthaus alegre, decidido, entusiasta. Poco a poco, a medida que pasaba horas y más horas en el Palace, se iba ensombreciendo, alejándose de todo el mundo, cayendo en horrible misantropía.

- Cállate, Yvonne, por favor.

La luz rosada de las cumbres palideció hasta tornarse anaranjada, luego lila, morada y, finalmente, gris. Esa ausencia de irisaciones bajo un cielo azul pálido por el que navegaban unas nubecillas cárdenas, bañaba el monte y toda la serranía de una melancolía lúgubre.

- Vamos, querida - dijo Pierre - René y Doris ya se marcharon.

La parisiense hizo un brusco movimiento.

- Esos dos no tienen alma, lo mismo les da que el pobre Esteban vuelva sano y salvo como que perezca en el hielo.

- No seas exagerada, Yvonne, se hace de noche, ni a simple vista ni con los prismáticos puede ya verse nada. ¿Qué vamos a hacer aquí?

- Cierto, cierto, el espíritu práctico os domina. Teneis razón, todos teneis razón, hasta ella que no pierde el tiempo examinando el monte. Ya se lo traerán vivo o muerto sin que la señorita se moleste.

Pierre no contestó. Asió a la muñequita por el brazo, con miedo de un respingo. Muy suavemente la empujó a la salida.

Por el camino del Kurthaus hallaron a Madame Raymond acompañada de Bonnard.

Yvonne había visto al francés en la terraza pero no a la ginebrina.

-?No estuvo usted mirando por el telescopio, señora Raymond?

- No - dijo Mónica - estaba con Clarisse en su habitación.

Hubo un silencio cargado de electricidad. Por miedo a que su explícita compañera soltara una nueva impertinencia Pierre intervino.

- Como debe usted sufrir, ¿verdad, Madame?

- Todos sufrimos - saltó Yvonne.

Monique notó el tono irritado de Mademoiselle Le Sentier.

- Clarisse, Sikou Siu, Maddison, Moën, Monsieur Bonnard, aquí presente y yo hemos formado un grupo veraniego delicioso al que se había unido Aledo. De manera que esta desaparición es un golpe tremendo para todos.

- La amistad - dijo Yvonne, con amarga ironía - es, cierto, una cosa deliciosa sólo que además de llenar nuestros ocios y ayudarnos a pasar bien las horas, implica también ciertas responsabilidades y obligaciones. ¡Dichoso el que puede evitar que un amigo caiga en la misantropía y en la desesperación!

- Pareces un pastor protestante, Yvonne - dijo Pierre para aligerar la tensión producida por las palabras de su compañera. Pero aún no había terminado de hablar cuando recordó que Monique debía ser calvinista, y añadió con tono jocoso:

- O un rector de parroquia rural.

Monsieur Bonnard intervino:

- Es mucho más fácil predicar la moral que practicarla.

- Al diablo la moral - saltó la parisina - lo que hace falta es tener el corazón en su sitio.

*

Cuando Monique dejó el Palace eran poco más o menos las

siete de la tarde. Clarisse volvió al lado de Miss Branford. Le preguntó si se sentía con ánimos de tomar algún alimento.

- Sólo una taza de consommé - fué la débil respuesta.

Clarisse telefoneó inmediatamente que se la subieran.

Ante la solicitud de su patrona, Nelly se sentía conmovida. Había en Mademoiselle Lannoys algo cambiado, Nelly no sabía qué, algo que la humanizaba, que la acercaba de pronto a ella como si las distancias se hubieran acortado y las tinieblas despejado en aquel cielo familiar.

La enferma sorbía el líquido caliente, Clarisse esperaba de pie cerca de la cama. Desde el fondo de sus hundidas cuencas, guiñando penosamente los párpados para ver mejor, Nelly descubrió las facciones de la joven, contraídas por el sufrimiento. De pronto recordó el accidente del español.

- ¿Qué se sabe del señor Alvarez?

- ¿De quién?

- De... del español. ¿No me dijo usted que sufrió un accidente?

- No sabemos aún nada.

Clarisse volvió la espalda a Nelly, se dirigió a la puerta.

- ¿Le apago la luz, Miss Branford?

- Si, señorita, gracias, muchas gracias.

De pronto Nelly sentía una especie de fraternidad con Clarisse, un parecido entre su propio dolor y el de su patrona. Ambas sufrían por culpa de alguien, cada una a su manera. A Mademoiselle Lannoys la agobiaba el exceso de amor y de solicitud de

los hombres, a ella la agobiaba la frialdad y el desprecio de los hombres y la burla cruel de uno de ellos. Pero en medio de su congoja, después del episodio de la fiesta en honor de Wronsky, Nelly se sentía elevada a una categoría superior: la categoría del conocimiento de un dolor ignorado hasta entonces. Exactamente como su patrona que por primera vez en la vida se hallaba ante un drama inesperado. Doble drama formado de remordimientos y pesar. Porque Nelly comprendía muy bien el desaliento de Clarisse; haber hecho sufrir a ese joven desaparecido, decirse que tal vez con algo más de bondad y algo menos de orgullo podía haber evitado la desgracia. ¡Horrible! ¡Horrible! ¡Pobre Mademoiselle Lannoys!

Nelly acababa de comparar los dos casos y hallaba el suyo menos dolorosa que el de su patrona. Oh, si, si, decía llorando de nuevo a raudales, ella es infinitamente más desventurada que yo. Yo puedo acusar a otro de haberse burlado de mí, de hacerme sufrir tremendamente. Mademoiselle Lannoys sólo puede acusarse a sí misma y si ese joven no vuelve, sentir eternamente su desaparición sobre la conciencia.

Después de estos pensamientos Nelly dejó de sollozar, se enjugó las lágrimas, arrellenó la cabeza en la almohada y se abandonó al reposo. Recordaba una frase de... de aquel hombre: Vamos a la cama a dormir con los angelitos. Era una broma más de las suyas, sin embargo, Nelly sintió que podía ser verdad. Algo como el ala de un ángel le acariciaba la frente, pasaba y volvía a pasar por sus párpados hasta que sintió que el espíritu se le deslizaba hacia un mundo mejor donde halló al fin el reposo y la paz.

Entretanto, Clarisse había vuelto a su habitación. Acercóse instintivamente a la ventana y se puso a mirar a los montes. Sus ojos, como hipnotizados, permanecían fijos en el Eiger. La Noche principiaba a instalarse en el valle. Invadió primero las hondanadas boscosas, subió lenta y segura hacia las escarpadas laderas. Las manchas oscuras de los bosques empezaban ya a confundirse con el vacío. Grandes zonas de sombra azulada se extendían como inmensos lagos de los cuales surgían las aristas del contrafuerte, las crestas agresivas del roquizo, grises y cárdenas.

Era un paisaje grandioso de una hermosura inhumana. Clarisse no le apartaba la vista tratando de asociarlo a la débil esperanza de un Esteban sano y alegre. Pero esas inhóspitas fortalezas de piedra y de hielo alejaban de la mente toda idea de vida humana.

A medida que la noche se iba tragando el valle y los montes, y del caos surgían sólo las recortadas cimas teñidas de un gris sucio y lechoso, se le debilitaba más la esperanza. La montaña era un monstruo insaciable, escogía sus víctimas entre los hombres jóvenes, puros y ardientes, alucinándolos con su fría hermosura.

Para no verla cerró la ventana de golpe. Puso entre esos tremendos picachos inhóspitos y su desolación, la débil barrera de unas tablas.

La luz eléctrica la sumió en una atmósfera menos obsesiva pero más cruda, más real. Siempre veía a su propia imagen reflejada en alguno de los espejos y esa presencia de mujer joven

y elegante parecía insultar el recuerdo de Esteban. Si Clarisse hubiera podido pensar en él como en un hombre a cuya dicha se ha contribuido, ahora mirara serenamente a cualquier parte sin estremecerse ni apesadumbrarse. Pero la última frase que le dedicó fué: Traeme más edelweiss, Esteban. Si Esteban había muerto pensando en ella (rogaba a Dios que no fuera así) ¿qué consuelo podía hallar en esas palabras banales y egoístas? Una amante por el contrario, le habría dicho: "Ten mucho cuidado, Esteban. No te expongas, Esteban". Y así mismo hablara una madre o una hermana. Pero ella no, ella solo dijo Tráeme más edelweiss, Esteban. ¡Lástima que al componer una frase no pensemos siempre que puede ser la última que oiga el que nos escucha!

Por costumbre echó una ojeada al reloj pulsera. Iban a ser las siete y media, la hora de cenar; debía bajar al comedor, volver a representar el papel de cada día a la misma hora: contestar a las preguntas indiscretas, aceptar los comentarios banales o impertinentes. La comedia continuaba, pero pronto iba a terminar, se le decía el corazón. Nadie la echaría de menos, sólo Esteban lo habría sentido sinceramente y, por desgracia, ése no estaba allí, había pocas probabilidades de que volviera. ¡Ah, pero si volvía, si ella podía verlo de nuevo sano y enamorado como dos días antes... todo se iluminaría, todo resplandecería!

Por un momento Clarisse trató de imaginarse que Esteban aparecía en el salón del Palace, con smoking y pechera blanca, el rostro cetrino coronado de negra cabellera, los dientes relucientes y bien plantados y aquella nube de humo de sus eternos cigarrillos y le decía: "Clarisse, ¿quieres ser mi mujer?"

- Si, Esteban, si - dijo Clarisse en voz alta. Oyó su propia voz y alzó los hombros con algo de desdén. Era inútil imaginárselo, probablemente no volvería y si volvía... tiempo tendría ella de pensar en la respuesta.

Entretanto había empezado a vestirse para la cena. No olvidaba el menor detalle que sirviera al embellecimiento de su persona, aunque no se proponía agradar a nadie en particular, ni se acordaba de mantener el prestigio de rica heredera joven y elegante. Practicaba esos gestos por instinto y costumbre, obedeciendo maquinalmente a una antigua ley profundamente arraigada en su naturaleza. Se componía ante el espejo y, ora uno, ora otro, pasaban por su mente recuerdos vagos: miradas, palabras, sonrisas de sus admiradores, relacionadas con el matiz del cutis o del cabello, con el color o la forma del traje. Eran homenajes lejanos que se encendían y se apagaban en la vacuidad de su pensamiento igual que los faros de una costa lejana vistos desde el mar. Pero el faro más resplandeciente, el de luz más brillante y fija, se había apagado tal vez para siempre.

Al salir del ascensor encontró a Maddison que se dirigía con ppisa a la terraza.

- Han aparecido luces en los primeros contrafuertes del Eliger - exclamó tomándola familiarmente del brazo.- Vamos a ver.

Se acercaron al telescopio. El que lo manejaba en aquel momento era un inglés. Bonnard estaba a su lado y discutía con él.

- No es posible - decía el inglés - que esas luces movibles que divisamos sean ya las de los guías que han salido esta tarde.

-?Por qué no? Esa clase de alumbrado no se usa más que para

buscar a un desaparecido. A estas horas ningún excursionista transita por esas berenjenales.

- Solo se ven dos puntos luminosos - insistió el inglés.

- Razón de más - manifestó el francés.- Salieron cuatro guías en busca de Aledo, se dividieron en dos grupos. Esas antorchas encendidas corresponden sin duda al grupo que se dirigió al Eiger.

- Los que iban al campamento del pasturaje ya deberían estar de vuelta - opinó David.

Clarisse se acercó al inglés.

- ¿Puedo yo también mirar por el lente?

El hombre se apartó para cedérselo.

- No se acerque demasiado - advirtió - puede desenfocar el objetivo.

Clarisse no veía más que tinieblas. Iba ya a desistir de mirar cuando distinguió en la negra masa dos diminutos puntos rojos vacilantes. Lucían a intervalos y volvían a desaparecer. Clarisse dilató las pupilas, inmovilizó los párpados para ver mejor y pudo por fin observar que se movían. Notó que avanzaban muy lentamente y a sacudidas bruscas, se imaginó que cada una de aquellas sacudidas era el paso de un hombre cuyo brazo sostenía en alto una antorcha encendida. Se imaginó también como la llama de las antorchas se proyectaba a lo hondo de una grieta del glaciar o al fondo de un barranco donde pudiera yacer una persona herida o muerta. Sentíase profundamente conmovido al pensar que existían hombres corajudos y abnegados, capaces de llevar a cabo esa ruda y peligrosa tarea. Se avergonzaba de haberlos considerado hasta entonces como a perfectas máquinas al servicio de los excur-

sionistas. Ahora al representárselos en aquel lugar inhóspito, a aquella hora extemporánea, luchando con el frío y la oscuridad, recordó que eran seres como ella con entrañas y corazón, seres que podían sufrir y morir por tratar de salvar a un desconocido o rescatar su cuerpo, mientras alguien, una madre, una esposa, una amiga, temblaba tambien por su suerte.

Las piernas le flaqueaban y abundantes lágrimas acudieron a sus ojos. De manera que los puntitos rojos se confundieron en la oscuridad.

Entretanto la vida seguía caminando al mismo ritmo que de costumbre. Los veraneantes se interesaban sinceramente por aquel joven desaparecido y lamentaban una vez más las inevitables tragedias de los Alpes, pero había sonado la sacrosanta hora de la cena: hombres y mujeres, amigos y conocidos de Esteban, acudieron al comedor, se sentaron a la mesa, comieron con aquel sólido apetito propio de las grandes altitudes. De siete y media a nueve, en el Palace, en el Kurthaus y demás hoteles y pensiones no se oyó más que la grave sinfonía gastronómica: retintín de cubiertos y loza, tañido de cristalería. Nadie hablaba ya de Aledo, no por falta de interés sino porque se había agotado el tema.

El salón del Gran Hotel vióse muy desanimado aquella velada. La mayoría de los huéspedes, fatigados de la noche anterior, se fueron directamente de la mesa a la habitación. Los que pasaron al salón languidecían a ojos vistas.

Los Fellow's Rhyth^h se habían marchado al mediodía llevándose sus ritmos fantásticos y sus melodías disparatadas. Sin ellos la espaciosa sala del Palace parecía una catedral en vísperas de Semana Santa.

La orquesta de la casa, por orden de Herr Probst, no interpretaba aquella noche más que habaneras y valeses lentos y alguna que otra lánguida melodía de Toselli. Por otra parte nadie tenía ganas de bailar ni de escuchar. El runrun de los cinco instrumentos acompañaba los bostezos y los suspiros de la escasa concurrencia.

Bonnard y Sikou Siu se enfrascaron en una partida de ajedrez. Inclinado sobre el tablero, cada uno de los dos contricantes parecía exprimirse la mollera con el vivísimo deseo de ganar.

Monique, Clarisse, Françoise, David y Peter tomaban café y licores, fumando cigarrillos en derredor de una mesita. Ahora uno, ahora otro, cada miembro de la tertulia, a excepción del danés, componía una frase banal que se perdía en el vacío o era contestada con monosílabos o movimientos de hombros y cabeza. Monique y Françoise, sobre todo, trataban por todos los medios de animar la conversación. Pero nadie, ni ellas mismas, se interesaban por lo que decían.

Peter estaba pensando en el poco acierto que mostró al escoger Mürren para veranear. Su flirteo con Clarisse, cierto, le había ocupado agradablemente mientras respiraba el aire sano y vivificante de los montes y recreaba la vista en la incomparable hermosura de la serranía alpina. Pero se interesó demasiado por la francesita, pensaba en ella a todas horas y hasta llegó a creer que aquel sentimiento podía ser definitivo. Y ahora, de pronto, veía claramente que se había equivocado. La actitud de la joven ante la desaparición del español no era la de una amiga pesarosa, era la de una enamorada inconsolable. Peter se sentía

defraudado. Hasta el día del baile en honor de Wronsky, Clarisse flirteó con el japonés, con el yanqui, con el español y con él mismo sin que ninguno de los cuatro pudiera descubrir quien era el preferido, lo cual dejaba campo libre a la esperanza. Ahora, ilógicamente, pensaba Peter, Clarisse se inclinaba por el desaparecido, se mostraba tan compungida que ningún pretendiente podía conservar la más pequeña ilusión. Clarisse estaba allí, a dos metros escasos de él, tan bonita como de costumbre pero tan inaccesible como si valles, ríos y montañas los separaran. Total: un final de veraneo lamentable. La melancolía le sumergía al mismo tiempo que una sensación de cansancio le cerraba los párpados y los contenidos bostezos le contraían desagradablemente los músculos de los carillos,

- Peter, váyase a dormir.

El danés miró a Françoise. No era la primera vez que la oía darle el mismo consejo. Estaba casi seguro de ello. Eso quería decir que, a pesar de sus esfuerzos, no había logrado disimular el sueño que le agobiaba. El rubor invadió sus mejillas.

- Perdón - murmuró.

Pero había transcurrido tanto tiempo entre la frase de Françoise y ese perdón, que Clarisse lo miró de soslayo con cierta extrañeza.

- Después de la velada de anoche estamos todos medio muertos de cansancio - dijo la licenciada para disculpar a Moën.

- Eran las tres cuando ~~me~~ acostó - saltó David.

Se había puesto de pie muy decidido.

- Con el permiso de ustedes.

Peter admiraba el carácter resuelto del yanqui. !Qué bien

sabía alejarse de lo que le aburría o contrariaba! Se animó a seguir ~~ese~~ ejemplo.

- Entonces, buenas noches - dijo abandonando la silla e inclinándose ante las damas.

Salieron juntos del salón. Peter asió a David por el brazo.

-¿No será una grosería dejar a las tres señoras solas?

David se echó a reír.

- Se ha dado usted cuenta algo tarde. No quedarán solas mucho rato. Siu y Bonnard están ya terminando la partida.

- Ah, ¿se fijó usted en ese detalle? Yo no. ¿Quién ganaba?

- Síu, por supuesto. Es un gran jugador. ¿No quiere usted acompañarme a tomar un whisky?

- No, gracias. Voy a acostarme.

- Bueno, pues que duerma usted bien.

- Lo mismo le deseo.

- La desaparición de ese muchacho me ha puesto algo nervioso. Necesito un par de vasos de whisky antes de meterme en la cama.

El yanqui y el danés se separaron.

David se instaló en el bar. Simpatizaba con la pena de Clarisse y deseaba ayudarla y consolarla. Sabía empero que todo su afecto y buena voluntad debían por fuerza estrellarse contra la dureza del destino; Si, después de todo, la pobre pequeña se daba cuenta ahora de que amaba al español, lo único que podía hacer por ella era ir a buscárselo. Y lo hiciera de buena gana aún a riesgo de su integridad física y de su satisfacción personal, si no hubieran salido ya cuatro expertos montañeses mu

cho más capacitados que él para esa clase de deporte. ¿Consolarla? De momento no cabía ni intentarlo. Clarisse no le veía ni le oía. Lo mejor era librarla de una presencia inútil y por lo tanto, enojosa y para consolarse a sí mismo... bueno, David no conocía nada mejor que el whisky.

Antes de subir a su dormitorio dió una ojeada al salón. Vió que efectivamente, Bonnard y Sikou Siu se habían reunido a las tres mujeres. Françoise hablaba animadamente y todos los rostros se inclinaban hacia la licenciada con aparente interés.

Aquella velada el propio Bonnard parecía haber agotado todos los recursos. Lo único que se le ocurría era comentar jugadas de ajedrez y semejante tema no distraía a las señoras. Ni una sola vez en todo el día había preguntado por Nelly, y en medio de su sufrimiento personal, Clarisse se preguntaba con acombro si era posible que Henri olvidara hasta ese punto la existencia de la infeliz solterona. Debía sentirse avergonzado de su conducta de ayer, esa era la única explicación posible.

Siu no fumaba, no hablaba y tampoco aparentaba escuchar. Sus ojos parecían más soslayados que de costumbre y sus labios, en aquel rostro de máscara impassible, dibujaban una sonrisa singular, una sonrisa de Buda. Esa impassible máscara tenía no se qué de infinitamente lejano, más que nunca hermético y misterioso.

Bonnard se sentía abandonado de todo el elemento masculino, enteramente solo y sin fuerzas para ayudar a matar el tiempo a las desoladas mujeres. Por decir algo, preguntó:

-¿Donde están nuestros amigos Maddison y Moën?

- Se fueron a acostar - explicó Monique.

-!Que galantes! - saltó el francés con ironía.

- La galantería - observó Françoise sonriendo - se practica apenas en los países germánicos o anglosajones.

- El compañerismo y la simpatía, son propios de cualquier país - replicó Bonnard.

- Hace un momento que usted y Siu jugaban al ajedrez prescindiendo en absoluto de nosotras - lanzó Monique con voz suave.

-?Es un reproche?

-!Oh, no! Entre compañeros no caben semejantes compromisos. Cada uno hace lo que mejor le parece.

Siu volvió lentamente el rostro hacia Monique, acentuó su sonrisa de Buda. No parecía ya una divinidad hermética y orgullosa, solo un diosecillo caritativo e indulgente.

- Lo que mejor nos parezca si, pero esgogiendo siempre lo que no moleste ni hiera a nadie.

-!Bravo! - exclamó Françoise - excelente lección de cortesía oriental a estos bárbaros occidentales!

El pintor sonrió vagamente y volvió a hundirse en ese mundo ignoto y particular de donde su sentido social le había obligado a salirse. Aunque parecía muy lejos del Palace y de sus compañeros de tertulia era en ellos, única y exclusivamente en ellos que pensaba. El drama de aquel día le acaparaba la imaginación. Entre los íntimos de Clarisse, en frases más o menos veladas, algunos atribuían la desaparición de Aledo o un acto deseperado. No se había pronunciado la palabra suicidio, era evidente, emperó más ^{que} de uno lo creía posible ya que las últimas veces que se vió al español en compañía de Clarisse fué en actitud con

trariada y hasta violenta. Pero Siu no creía en el suicidio. Recordaba las palabras y las actitudes de Esteban Aledo y analizándolas minuciosamente llegaba a una conclusión negativa. Era un joven entero y digno, demasiado viril para cometer un acto semejante. Porque, aun suponiendo que, efectivamente, hubiera decidido suprimirse (el japonés no era enemigo de la autodestrucción) nunca escogiera esa clase de muerte teatral y de mal gusto: Llamar la atención de centenares de personas, poner en movimiento a los directores de hotel, a los guías jurados, a la policía rural. No, esa muerte espectacular sería más digna de un hortera o de un botones pretenciosos que de un hombre con pudor y dignidad.

Siu lamentaba que ese simpático muchacho se hubiese enamorado sinceramente de Clarisse. La culpa la tenía la edad. El joven español estaba pasando por ese período de la vida en que un hombre sensible y honrado cree a ciegas en el amor. Va hacia el amor arrastrado por la fatalidad, confundiendo, por exceso de buena fe, el amor con cualquier otro sentimiento inspirado por una mujer joven y hermosa.

La idea de la hermosura de Clarisse le apartó de la idea básica. Clarisse, cierto, era atractiva y deslumbrante como un objeto raro y complicado. Poseía esa perfección física que por sí sola constituye una potencia. Esperar que tuviera también un alma era ya pedir demasiado. Daba su luz, daba su perfume, era como una flor o una mariposa: suave, luminosa, deliquescente, efímera. El alma de un insecto o de una planta consiste en ese don generoso de su belleza y ^{de} su fragancia a los que se le acercan y, acaso también en esa sutil indiferencia ante el amor de

los hombres.

Hasta la desaparición de Aledo, Clarisse había sido una especie de hermoso ejemplar de loto azul o de mariposa irizada (Siu recordaba su propio candor al pretender una o dos veces hacerse comprender de Clarisse, ¡cómo si las flores y los lepidópteros pudieran o debieran comprender a los hombres!). Aquel día Clarisse había dejado de ser ese objeto deleitoso, obra gloriosa de la naturaleza, para convertirse en una mujer como cualquier otra. Sus rasgos fisionómicos crispados por el sufrimiento eran los de una pobre criatura débil y vulnerable envejecida de repente. Como si sus abuelas y tatarabuelas se hubieran dado cita en aquel hermoso semblante para deplorar juntas a los hijos y esposos desaparecidos a través de las generaciones.

-¿Cómo va la pintura, Siu?

Era Bonnard, por decir algo.

- Bien, trabajo bastante.

- No lo veo nunca con los pinceles en la mano.

- Pinto mucho en mi habitación.

- Yo creí que copiaba siempre del original.

- Así es, amigo mío, copio del original pero tan pronto de memoria como teniéndolo ante mis ojos.

- He observado - intervino Monique - que se pasa usted horas y más horas sentado en el césped sin leer ni escribir ni dibujar.

- Parece que no haga nada, ¿eh? Pues estoy trabajando. Observo a mis futuros modelos.

- Y, ¿no los toca nunca? - preguntó Françoise.

- ¡Nunca! No recuerdo haber cogido en mi vida una flor ni

tocado a una mariposa.

- ¡Es admirable! - exclamó la licenciada.- No comprendo a esos naturalistas que asesinan a todos los insectos que encuentran.

- Tienen sus razones - observó Henri - y esas razones son de peso si se juzga por el lado de la ciencia.

Dicho eso bostezó con disimulo tapándose la boca con la mano. Luego ofreció cigarrillos a la redonda.

Clarisse rehusó, Monique dijo que prefería sus Goldflag, Françoise y Siu aceptaron.

Mientras el francés se inclinaba ante Monique para darle fuego y el japonés hacía lo mismo con la licenciada, Clarisse suspiró:

- Empieza a hacer frío.

- Pronto veremos a los veraneantes desfilar - observó Monique.- En cuatro días ésto se quedará desierto.

- ¿Piensa usted marcharse pronto? - le preguntó Françoise.

-- Aun no, quiero antes saturarme de aire puro.

- ¿Y usted, Siu?

- Para mí no se trata solo de terminar mi veraneo ~~de~~ Murren, se trata de algo más grave: volver al Japón y, probablemente, no volver más a Europa.

Todos le miraron con cierto interés como si, de pronto, descubrieran en aquel ser de rostro amarillento, ojos soslayados y sonrisa de Buda, el más auténtico exotismo: la más remota lejanía.

- Díganos la verdad, Siu - habló Françoise con juvenil interés.- ¿Cómo se le ocurrió venir a Europa?

- Venir a Europa, señorita, se le ocurre a cualquier hombre de mi país medianamente culto y curioso, sobre todo si es un artista.

- Bien, pero, ¿a usted?

Como tardara en contestar Bonnard intervino.

- No va a pretender que en Tanegasima conocía ya la existencia de los lepidópteros y de las plantas del Oberland.

- Pues sí, figúrese usted, fué precisamente en Tanegasima donde leí el libro de un autor inglés que detallaba minuciosamente la flora y la fauna alpina, especialmente la del macizo central.

- Pero, ¿vino usted exprofeso a verlas y a pintarlas? - inquirió Monique.

- No, mi viaje fué única y exclusivamente dedicado a París. Miró a Clarisse, continuó:

- Vine ^{atraído} por su fama de capital del mundo artístico. Clarisse le sonrió débilmente.

-¿Defraudado?

-!Oh, no! Entusiasmado, seducido, vinculado en espíritu a París para siempre. Dejaré a Francia abandonándole la mitad de mi alma.

- Y a Mürren, ¿no sentirá dejarlo? - preguntó Monique.

- Lo sentiré por usted^o y por las mariposas.

- Así pues- saltó Françoise -¿no ha hallado en estas montañas una belleza única en el mundo?

- No... no... Perdone, señorita. Tal vez hiero sus sentimientos patrióticos. Excúseme, por favor. El paisaje alpino me

deja frío. Todo es demasiado grande, demasiado majestuoso. La visión de esos gigantes blancos formados solamente en semicírculo me hace el efecto de una reunión de empedernidos monstruos indiferentes al hombre, peor aún: hostiles al hombre. Es un paisaje inhumano, anti artístico. No puedo concebir a nadie pintándolo.

- Pero, señor mío, usted pinta en Mürren - exclamó Bonnard.

- Pinto flores y mariposas como pudiera pintarlas en la India o en el Japón - dijo suavemente Sikou Siu.- Si me obligaran a representar estas montañas sobre un papel o una tela, me consideraría condenado a trabajos forzados.

- Sin embargo - observó Françoise con cierto resentimiento - el espectáculo de estas cimas al atardecer de un día sereno de verano, es un sujeto capaz de tentar a cualquier pintor por insensible que sea.

-?Y en el rigor del invierno - subrayó Monique- cuando los bosques, las praderas, los tejados aparecen blancos y deslumbrantes bajo un cielo limpio y azul como una turquesa?

- Todo excesivo, todo exageradamente blanco o azul, elevado o ingente - recalcó el pintor japonés.- Prefiero la ventana de un chalet adornada con geranios, un palmo de césped donde crece el miosotis silvestre o los botones de oro, una brizna de (por la cual se desliza una mariposita colorada) hierba y, más que nada, una mariposa o una flor aislados del resto del paisaje, con su hermosura propia, independiente.

-?Entonces, usted admira más una bellorita o una genciana que la Jungfrau o el Finsteraar?

- Exactamente.

Diéronse cuenta en aquel momento de que Bonnard cabeceaba.

- He aquí el resultado de mis discursos, *dijo Siu*

El francés abrió los ojos con pena.

- Mil excusas, queridos amigos. Me siento muy cansado.

- Por nosotros no haga cumplidos, Bonnard, váyase tranquilamente a la cama.

- Gracias, Clarisse.

Se levantó pesadamente.

- Yo también me ~~retiro~~ retiro - anunció Françoise.- Buenas noches a todos.

Cuando la licenciada y el francés hubieron desaparecido, Clarisse dijo a Monique:

- Bajaré con usted hasta el Kurthaus.

Miró al japonés con una sonrisa triste y suplicante.

- Siu me acompañará.

- Con muchísimo gusto - dijo éste abandonando el asiento con presteza.

Unos minutos después Clarisse, Monique y Sikou Siu dejaban el Palace. El reloj de péndolo del vestíbulo marcaba las once y cuarenta y siete minutos.

- Hasta la obscuridad es aquí excesiva - comentó el pintor al salir.

- No va a pretender usted que el Oberland carece de períodos de luna -replicó Monique.

- Lógicamente ha de tenerlos, pero yo no recuerdo haber visto una noche clara.

- Estaría usted bailando o jugando al ajedrez porque aquí

hay plenilunios espléndidos. ¿No es cierto, Clarisse?

- Si. Recuerdo haber presenciado sorprendentes efectos de luna en la nieve y el hielo, las cimas de los montes fosforecían y los glaciares fulguraban como el agua del mar.

Había entorno a los tres noctívagos algo completamente inhumano y sobrecogedor; el silencio. Ese silencio de la alta montaña, el silencio de aquellos desiertos de hombres que parecía no sólo reinar en el valle sino extenderse hasta los confines del mundo. No era como un vacío sino como una presencia invisible y amenazadora. Los envolvía y los penetraba como la misma oscuridad. Oscuridad y silencio parecían rechazarlos como si su presencia en aquel lugar y aquellas horas resultara, un sacrilegio. Hasta el roce del calzado en la tierra endurecida del camino producía una estridencia profanadora.

Pero las criaturas humanas no pueden comprender que haya algo superior a ellas, no se avienen a ser dominadas por dos elementos tan vagos, el silencio, la oscuridad. Desean dominar, imponerse.

- Huele a heno - dijo Sikou Siu.

- Y a musgo - completó Monique.

En efecto, empapados de relente, las praderas y los bordes del arroyuelo exhalaban una fragancia deliciosa.

La ginebrina se paró, obligando a los demás a imitarla.

- ¡Miren que hermosura de cielo!

Más arriba de la tupida muralla de los montes, la bóveda celeste aparecía dilatada y luminosa. Mirándola fijamente podía adivinarse la profundidad inconmensurable del espacio por donde

navegaban esos miles de mundos desconocidos habitados quizás por seres racionales que luchaban también con el amor y con la muerte.

Volvían a caminar, el hombre iba delante, las dos mujeres lo seguían. De súbito Siu se detuvo bruscamente. Monique y Clarisse habían visto también algo que las sobresaltó y las detuvo: una luz amarillenta y vacilante. Parecía la de una linterna colgando de la mano de un transeunte. Brillaba, se oscurecía, desaparecía del todo durante unos instante y de pronto lucía con más fuerza. Sus débiles rayos oblicuos se proyectaban aquí y allá; se alargaban o se reducían; iluminaban la tierra del camino o la hierba del prado.

Simultáneamente sonaron pisadas de varios hombres, se acercaban lentas y firmes, repercutían sordamente a gran distancia. De vez en cuando, oíase también el chirrido de los clavos de las suelas en los cantos y una voz bronca.

A medida que el ruido de pisadas se hacía más perceptible, también el radio de luz se ampliaba y cada vez la visión fugaz de la hierba o de la tierra se precisaba y duraba más. Era como si en el mundo negativo de la oscuridad y el silencio se abriera de pronto una grieta por la que penetrara la vida de los hombres.

La mirada de los tres amigos no se apartaba de aquella claridad vacilante que dejaba ver a intervalos dos piernas humanas, de la bota a la rodilla aproximadamente, las cuales se movían a la regularidad mecánica de dos bielas bien engrasadas y debían

corresponder al montañés que llevaba el farol. Llegó éste cerca de los tres noctívagos sin parecer darse cuenta de su presencia. De las piernas se pararon, la luz del farol se desvió a un lado

y hasta se notó una respiración cercana que se cortó un instante. Todo pasó en el espacio de un segundo. Enseguida se reanudó la marcha, se regularizó la respiración y las fascas luminosas volvieron a proyectarse al camino. El hombre de la linterna pasó sin dar las buenas noches, dejó en el ambiente efluvios de cuero engrasado y de humo de pipa.

Detrás venían dos montañeses más; llevaban unas parihuelas y en ellas un cuerpo rígido metido de cabeza en un saco de montaña que no le llegaba más que a las rodillas, sujeto a ellas por una cuerda.

La visión duró lo que un relámpago, lo suficiente empero para dejar gravada en la imaginación de los tres espectadores aquellas canillas desquiciadas y bamboleantes. Mientras la lúgubre comitiva se fundía con la noche, desaparecía en las sombras y no quedaba de ella más que un débil resplandor palideciente y el eco perdedizo de unas pisadas, Sikou Siu, Clarisse y Monique volvían a caminar.

No hicieron el más leve comentario, no se oyó tampoco ni una exclamación ni un suspiro, como si los tres caminantes se hubieran convertido en seres sin alma o en autómatas.

Así llegaron al Kurthaus donde todos los huéspedes estaban acostados, las luces apagadas y el silencio debidamente establecido.

El conserje dormitaba. Al oír el chirrido de la puerta abrió los ojos, se puso en pie.

-¿Está aún el señor Rothah en su despacho - preguntó Monique.

- Si, señora.

Los tres se dirigieron allí.

La puerta permanecía abierta, Rothah telefoneaba.

- Bien - decía en alemán - bien, bien...

Un momento de silencio y después:

- Claro... claro... naturalmente, tiene usted razón.

Por fin colgó el aparato, se quedó mirando a los tres amigos. Primero a Madame Reymond, su cliente, luego a Mademoiselle Lannoys y por último al japonés. Trató de sonreír por cortesía pero no logró más que un guiño patético.

-¿Qué? - dijo Monique con voz temblorosa adelantando un paso hacia la mesa escritorio.

- Tengo noticias del señor Aledo - se decidió a contestar Rothah.

Miró con desolados ojos a la ginebrina, volvió la vista hacia la francesa y en seguida hacia Sikou Siu. La presencia de otro hombre pareció darle ánimos.

- Malas noticias - precisó.

Hubo un prolongado silencio. Rothah manoseaba un pisapapeles de cristal verde con multitud de prismas.

Monique no cejaba de darle vueltas a la alianza.

- ¿Lo han encontrado?

- Si... si... hace apenas una hora que me lo comunicaron. Estaba al pie de un despeñadero, muerto, naturalmente.

Aun cuando todos esperaban la noticia, la recibieron como un latigazo. Por absurdo que parezca, a pesar del macabro encuentro, hasta aquel preciso instante habían conservado alguna confianza. La mirada que fijaron ^{en} a Rothah semejaba una acusación

como si por haber pronunciado la palabra muerto Aledo dejara de existir definitivamente

Rothah se sentía compungido, casi avergonzado. Como le siguieron mirando con una expresión entre suspicaz y expectante, creyóse obligado a añadir:

- Parece que resbaló desde un campo de edelweiss.

-¿Desde un campo de edelwiess?

Esta pregunta había salido de los labios de Clarisse. Rothah se apresuró a contestar.

- Sí, señorita. Esas flores suelen crecer en lugares muy escabrosos y casi siempre al borde de los precipicios. Los montañeses del país van a cogerlas y a venderlas a los veraneantes. En esta época del año quedan ya pocas, sólo una o dos, las que nadie se ha atrevido a cortar.

El rostro de Clatisse había perdido el color. Seguía mirando a Rothah pero no lo veía.

- Cuando los guías lo han encontrado - prosiguió el suizo-alemán, tenía aún una de esas flores fuertemente asida entre los dedos.

Apartó la mirada de Mademoiselle Lannoys para fijarla en Madame Raymond, lamentó:

- Si se hubiera despeñado a tres mil metros de altitud, desde una arista o cornisa aislada o resbalando por uno de esos peligrosísimos pasos que nosotros llamamos chimeneas habría muerto como un auténtico alpinista... pero, a una hora escasa del hotel, por querer coger una edelweiss!...

-¿Van a traerlo aquí? - preguntó Monique.

-No... no... Para ello precisaría pasar por trámites

complicadísimos. Lo llevarán a Lauterbrunnen para la autopsia. Dice el juez que es mejor enterrarlo allí.

Añadió con cierta emoción:

- Le dije que el señor Aledo era católico, le rogué que avisara a un sacerdote de esa religión para acompañarlo al cementerio y rezar unos responsos.

Los ojos de Monique se humedecieron.

- Gracias en nombre de los suyos, señor Rothah.

- Nadie tiene que agradecerme nada. Es lo menos que podemos hacer por ese desventurado extranjero. También he avisado a la familia.

-¿A la madre?

- Supongo que sí. Lo hice a nombre de la persona a quien iba dirigida aquella tarjeta que hallamos en su mesa escritorio.

-¡Pobre mujer! - suspiró la ginebrina.

Clarisse se sentía aliviada al pensar que esa pobre mujer, al abrir el fatídico parte, se hallaría a muchos cientos de kilómetros de Mürren. La mirada de sus ojos nublados por las lágrimas no se fijarían en ella con expresión acusadora. Miró de soslayo a Monique que la estaba observando también: los ojos de la ginebrina eran inquisitivamente helados, como si adivinaran la lamentable historia de la edelweiss. Entonces Clarisse volvió la vista a Siu. Recordaba que el japonés había sido testigo de aquella desdichada frase: Traeme más edelweiss, Esteban, pero el pintor miraba al suelo obstinadamente, no pudo ella descubrir lo que pensaba. Sintió un deseo vivísimo de marcharse de Mürren. Mañana mismo mandaría preparar las maletas a Miss Branford. Ne-

lly se alegraría también de perder de vista a Henri y al Oberland. De pronto Clarisse odiaba furiosamente las montañas, sobre todo las del Macizo Central. ¿Por qué habría escogido ese lugar para su veraneo? ¡Esos enormes bloques de hielo y de piedra, esos interminables bosques sombríos y húmedos! Peor aún, esas gentes que jugaban al tenis, al ajedrez, danzaban, paseaban, charlaban y sonreían mientras las más impenetrables tinieblas les poblaban el alma! Sólo el pobre Esteban irradiaba luz y esa luz se apagó para siempre. La visión de aquel cuerpo yacente y rígido cuyas canillas bamboleantes salían del saco de montaña, iba a levantarse ante ella cada vez que el amor o la dicha la solicitaran.

-¿Vamos, Siu?

El japonés inclinó la cabeza pero no se movió. Estaba pendiente de Monique, cuya expresión le llenaba de piedad. Hacía ésta desesperados esfuerzos para contener el llanto y, de pronto, se dejó caer en un sillón, dió rienda suelta a las lágrimas.

- Perdón - sollozó.

Rothah habría querido hallar alguna palabra consoladora pero, por mucho que se devanaba el seso no podía dar con la frase apropiada.

Tampoco acertaba Siu a expresarle su simpatía.

Monique se sobrepuso por fin, sacó el pañuelo del bolso, se enjugó los ojos y la boca, levantó el rostro hacia Rothah.

- Quisiera ir a Lauterbrunnen, asistir al servicio fúnebre y al entierro.

- Iré con usted - decidió el suizoalemán. El primer funicular sale a las siete.

Clarisse se sentía expulsada del círculo de amistad que ~~rodeaba al difunto. Se dirigió al japonés~~

rodeaba al difundo. Se dirigió al japonés, repitió nerviosamente:

-?Vamos, Siu?

Fué sólo un relámpago, intuición o perspicacia, en la impasibilidad de aquel rostro asiático creyó Clarisse adivinar una expresión lejana de conmiseración y desprecio.

Dieron unos pasos hacia la salida. Mademoiselle Lannoys se paró un momento para decir:

- Buenas noches, Monique, buenas noches, señor Rothah.

El director del Kurthaus dobló la cerviz.

- Buenas noches - respondió Monique con frialdad.

Nunca más frecuentaría a esa criatura cruel y presumida. Mientras permaneciera en Mürren no volvería a subir al Palace aunque para ello tuviera que renunciar a la agradable compañía de Bonnard y de Siu.

- Vayase a descansar, Madame Reymond - aconsejó Rothah - mañana hemos de levantarnos antes de las seis si queremos alcanzar el funicular de las siete.

- Si, tiene usted razón, buenas noches.

Mientras subía a su habitación, iba recordando aquel delicioso paseo al Valle de los Helechos. Esteban sostenía ya esa tremenda lucha interior entre la mujer y la montaña sin decidir a quien de las dos consagraría aquellas horas de su existencia vibrantes de pasión juvenil. Y ahora, una de las dos lo había vencido. Pero, ¿cual? seguía preguntándose la ginebrina. Esteban murió en la montaña pero no por la montaña. El propio Rothah, hombre sencillo de origen montañés, había comentado esa muerte

lamentando que no fuera más heroica: "¡A una hora escasa del hotel, por haber querido coger una edelweiss!"

Esteban no tenía derecho a que la gente del país respetara su memoria como sucedería si se hubiera matado al intentar escaramarse al Scherek o al Aletch. Sólo las pocas que sospechaban para quien era esa edelweiss, guardarían de él un recuerdo piadoso.

En definitiva, era Clarisse quien lo había vencido con su venenosa hermosura. Sin ese desgraciado encuentro en un hotel de los Alpes, Aledo escalara el Eiger, el Monch o una de las cimas del Finsteraar y volviera a su país feliz y orgulloso de sus conquistas alpinas. ¡Ah, Clarisse, Clarisse, no quisiera encontrarme en tu lugar!

Entre tanto, Mademoiselle Lannoys y Sikou Siu, envueltos en sus confortables abrúgos, volvían lentamente al Palace.

Ninguno de los dos se lo había propuesto pero ambos lo sentían: Iban juntos por última vez. No se decían nada y ese silencio era nuevo entre ellos, un silencio de calidad desconocida, embarazoso y molesto.

Clarisse se sentía inquieta al lado de ese hombre misterioso que se deslizaba a su vera en la tétrica quietud de la noche, sin tratar de ayudarla a soportar el peso del sufrimiento ni a distraerla de sus cavilaciones. Sentíase de pronto muy sola. Al abandonarla Esteban, Monique, Sikou Siu y los demás la abandonaban también. Todos se iban detrás de Esteban! Antes todo era solicitud y halagos, hombres y mujeres se disputaban su compañía y ahora... ahora que había dejado de ser, segurament@

para siempre, una muchacha coqueta y fina convirtiéndose en una mujer consciente y pesada, como si el valor intrínseco de su persona equivaliera al de un juguete descompuesto, todos le volvían la espalda. Pero ¿qué quería decir todos? Ninguno de ellos era ya nadie para ella: ni Monique, ni Sikou Siu, ni Bonnard, ni Moën, ni Madison. Intrascendentes, banales, ni más ni menos que esas fotografías de personajes de actualidad que aparecen en las revistas ilustradas y uno olvida a los cinco minutos haberlas hojeado. La famosa tertulia del Palace, admiración y envidia de muchos huéspedes, que en un momento dado llenaba enteramente su vida, hasta hacerla olvidar que existía un mundo más allá del círculo de montañas del Oberland, se le antojaba de repente una de las mencionadas revistas ~~de~~ olvidada en la sala de espera de un dentista, polvorienta, arrugada y pasada de moda. Ningún cadáver auténtico podía serlo más que esos hombres y mujeres que excitaron su curiosidad y sus sentimientos y ahora le parecían yertos y fríos. El muerto era el único que vivía y viviría en ella, lo presentía con una especie de pavor. Su figura crecería, se le fijaría en el corazón idealizada por la ausencia definitiva. Era una gran victoria para Esteban pero la pagó con la vida. ¡Si por lo menos pudiera conocer su triunfo!

Clarisse se paró un instante y levantó la vista al firmamento como si quisiera comunicarse al alma errante de Esteban en ese acontecimiento trascendental.

Creyó oír una voz, venida de no sabía donde, la cual le aconsejaba dejar en paz a las almas errantes fueran quienes fue

Clorfen y estuvieran donde estuvieran. ¿Qué le importaba ya a Esteban lo que ella pensaba y sentía? Aligerado de ese amor terreno volaría lejos del valle donde tanto sufrió, se elevaría hasta las cumbres de las nieves perpetuas que sus piernas mortales no alcanzaron a hollar o iría a reunirse con su pobre madre en su patria lejana.

En casa Mientras Clarisse establecía el primer contacto con el doctor, teniendo ya conciencia de ello, Sikou Siu, en silencio, seguía caminando a su lado. Para él esa mujer no significaba más que un evaporado perfume de gardenia, creación de un célebre modisto parisiense y una respiración algo irregular de pulmones con sobrealiento. Si se hubiera sentido aún el huésped del Palace, sensual, y galante, tal vez tratara de consolar a esa muchacha estrechándole furtivamente una mano o dedicándole una frase rebuscada poética o sentimental de esas que, por lo menos, satisfacen a quien las pronuncia. Pero la inesperada y trágica muerte de uno de sus rivales en galanteo, acababa de dar al traste con una época de su vida. Ese cambio brusco le producía cansancio y hastío. La mano que llevaba hundida en el bolsillo del gabán, estrujaba inconscientemente un sobre olvidado allí un par de días antes. El contacto sedoso del papel despertaba poco a poco en su conciencia un eco lejano y suave. Era una carta de Tanegasima que había leído varias veces y sabía casi de memoria. Al recordar ciertos pasajes le parecía oír el dulce susurro de una humilde voz femenina:

Señor mío y amado esposo:

Vuestro prolongado silencio me autoriza a pensar que continuáis gozando, con salud y satisfacción, de esas

maravillosas montañas donde hay praderas con mil variedades de flores y mariposas multicolores de incomparable hermosura.

Aquí, nuestros hijos crecen y se fortalecen sin dejar de instruirse y educarse. Como vos lo dispusisteis al partir para Europa, siguen yendo a la Escuela Inglesa donde, según vuestro deseo reciben también lecciones de francés sin olvidar nuestra lengua patria.

las

En casa, cada día a la hora de comidas, se evoca con respeto y amor la persona del padre ausente. Toda mi humilde capacidad se emplea en mantener en el corazón de nuestros pequeños, vuestro prestigio de ciudadano modelo y de gran artista.

Estos últimos días, ha llovido en abundancia, el césped del jardín, limpio y reverdecido, brilla como una preciosa esmeralda. El mandarino que se levanta frente a la ventana de vuestro estudio, está cubierto de bolas de un precioso amarillo dorado, exhala un perfume delicioso y alegra todo el interior del aposento. No olvido cuanto lo amabais y al mirarlo una y otra vez, siento como un mensaje vuestro diciéndome que un día no lejano, volveréis al hogar donde os esperan vuestros hijos amados y vuestra esposa sumisa,

"Flor de Ambar."

Oberland Suizo, 1948